

Ubaldo García

Presencia de Bolívar *en Trujillo*





Presencia de Bolívar en Trujillo

1ª. edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

© Ubaldo García

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana

X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Tik Tok: @elperroylarana

Edición y corrección

Yhoiner Parras

Diagramación

Odalís Vargas

Diseño de portada

Oliver Sánchez

Imagen de portada

Retrato de Simón Bolívar de Edgar Álvarez Estrada, 2008

Acrílico sobre tela, 165x115. Cortesía de PDVSA La Estancia

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5778-7

Depósito legal: DC2025000825

Ubaldo García

**Presencia de Bolívar
en Trujillo**

Prólogo

El profesor Ubaldo García es un ingeniero agrónomo tachirenses a quien el ejercicio de la docencia llevó con su familia a Trujillo. Allí se integró y se quedó cultivando la enseñanza de la ingeniería, a la par que la historia regional. Desde muy joven se apasionó por la historia patria, motivación sembrada por una profesora de historia del Liceo Sánchez Carrero donde estudió bachillerato. Se convirtió en un acucioso investigador de historia y adquirió importantes conocimientos sobre nuestro Libertador y la historia regional de Trujillo.

Le he conocido inicialmente por sus audios de historia breves, instructivos y pedagógicos, y por los debates candentes de los cuales hemos participado en un grupo de Whatsapp del Movimiento Cultural Guayanés Bolívar Insurgente. También hemos coincidido en Caracas en actividades relacionadas con la militancia en la Historia Insurgente. Ubaldo produce y modera un excepcional programa radial de gran audiencia a través de la Radio Nacional de Venezuela, «Cabalgando Hacia Carabobo», y ha producido, con la cooperación de Alejandro Díaz, una serie de videos para TVFanb denominados «Camino del Sur».

Cuando el profesor Ubaldo García me invitó a hacer el prólogo de esta obra me sentí muy honrada, pues él es una persona muy estudiosa y conocedora de nuestra historia patria y,

además, un aplicado comunicador historiográfico a tiempo completo, incansable en la labor de transmitir audios y videos por las redes y por televisión, produciendo y moderando amenos y pedagógicos programas de radio, así como escribiendo y publicando artículos de prensa y libros como el que hoy prologamos. Ubaldo ama la historia de la patria y su ahínco en la difusión significa la firme convicción de que ella nos ayudará a reconocernos en las hazañas del pasado, pues allí está escrito, y aún por construir, nuestro proyecto de nación y de grandeza, legado por el padre de la patria, donde está sellado el destino que tenemos en el mundo, el de ser un pueblo Libertador.

Bien nos repitió siempre nuestro Comandante Eterno Hugo Chávez Frías, “No haremos el futuro grande que estamos buscando si no conocemos el pasado grande que tuvimos” y, en consecuencia, sembró como políticas públicas el estudio y la difusión de nuestra historia. Ubaldo me comentó una vez que su madre Rosa García de García, mujer del pueblo, de pocos estudios formales pero buena lectora de historia, opinaba que en cuanto a ideas para orientar el futuro de la Patria bastaba con Bolívar. La historia contada por Ubaldo tiene una hermosa distinción: no solo es historia, sino también geografía; es la mirada de un naturalista quizás por su profesión de ingeniero agrónomo, que nos va describiendo los caminos por donde van las marchas del ejército patriota, la naturaleza de sus paisajes, y las bellezas de los mismos en un lenguaje cinematográfico, sencillo y accesible.

Los caminos que describe los identifica por sus nombres populares. Por ejemplo, el camino de Mocooy, o el camino de Calderas; describe las distancias y las dificultades de los mismos y las horas empleadas en recorrerlos; nos dice que el Libertador prefería los caminos de la montaña porque los hombres se enfermaban menos que en los territorios bajos, ya que las fiebres mataron a muchos hombres de todo rango. Sucedió en el 1821

que en el camino a Cúcuta desde Angostura enfermó Juan Germán Roscio, vicepresidente de la República, y murió al llegar. También va identificando los pueblos que están en los caminos, sus miedos a la guerra o sus alegrías con los triunfos patriotas, así como las fiestas, la gastronomía y las ocasiones donde al Libertador le tocó dar *jalones* de oreja a alguna población que no colaboraba en el suministro de víveres. Estos detalles nos dan una idea de cómo se desenvolvía la guerra en esos pueblos, en cuanto al esfuerzo colectivo que significaron. De esta forma, el lector habitante de los pueblos mencionados se identificará más rápido con la historia y el trabajo de los cronistas se facilitará.

Comenté a un amigo, asiduo visitante de Trujillo, Clemente Scotto, de esa característica de la escritura de Ubaldo, y la asimilé a una expresión que usa el Libertador en una carta al naturalista Humboldt: “mirando con encanto”, que no es solo andar, sino observar y admirar; no solo la naturaleza, sino también el protagónico patriotismo de los pueblos insurgentes, con su entrega para corresponder con hombres y con la logística al ejército Libertador. Además del paisaje, Ubaldo nos describe a los hombres, en especial al Libertador, su carácter, el mando severo, su optimismo y su fe en el triunfo, que transmitía con carisma a sus hombres, sembrador de moral, disciplinado, planificador meticuloso, cuidando todos los detalles, organizando la logística, el entrenamiento de los reclutas, la provisión y cuidado de los animales, la correspondencia, el estudio del terreno con los baqueanos, disponer de los espías, la eficiencia de los posta, la diplomacia con el clero.

En resumen, *Presencia de Bolívar en Trujillo* es un diario que nos cuenta de la participación de la provincia de Trujillo en cuatro momentos estelares de la gesta independentista narrados en 4 capítulos, a saber:

- Capítulo I: La Campaña Admirable del 14 de junio a 5 de julio de 1813
- Capítulo II: Planificación y preparación de dos escenarios: la paz como resultado del Armisticio o la continuación de la guerra, abarcando desde el 6 de octubre hasta 4 de diciembre 1820
- Capítulo III: Preparando la campaña de Carabobo 23 de febrero hasta el 12 de marzo de 1821
- Capítulo IV: Preparando la salida para la Campaña del Sur.

Cuando observamos el corto tiempo de cada uno de los momentos estudiados respecto a su impacto político militar, no podemos menos que admirarnos de la eficiencia de las acciones del Libertador y de su liderazgo para conducir tropas y ganar la voluntad de los pueblos. Al preguntarnos por qué Trujillo ocupó un lugar tan importante en los tiempos de la independencia, nos explica el profesor que se debió a las ventajas de su posición geográfica y de la voluntad patriótica de sus pueblos:

La comarca trujillana tenía entonces tres balcones para la vigilancia y control: uno era Betijoque, alcabala hacia el puerto de Moporo en la laguna de Maracaibo; otro, Carache para mirar los movimientos de la llamada entonces provincia de Caracas y los pueblos de Carora y El Tocuyo; y el tercero, Boconó, punto obligado en el camino hacia Guanare o a Barinas por Niquitao y Calderas... Es tierra montañosa de gente patriota para resistir contra los posibles ataques de los españoles por la fachada de los llanos occidentales.

Cumplidas sus objetivos en Trujillo toma de nuevo los caminos andinos, ahora hacia Maracaibo para realizar la supervisión del embarque de la tropa hacia Santa Marta, en Valera, comparte con la población y recibe las quejas de sus dolores; ordena el pago de deuda de Antonio Nicolás Briceño contraída para comprar armas y hace una carta muy hermosa donde pone a disposición del Congreso todos sus bienes por los de Francisco Iturbe quien lo ayudo a salir

del país cuando cayó la Primera República ya que en el Congreso había una medida de expropiación de bienes a los españoles. Y por último nos dice el profesor Ubaldo, que Bolívar sale de Betijoque para el puerto de Moporo navegando hacia la grandeza por los ríos Catatumbo y Zulia, hasta llegar al Congreso de Cúcuta a juramentarse como presidente de Colombia y luego seguir a Guayaquil

Los relatos, de *Presencia de Bolívar en Trujillo*, nos embelesan al describir tanta actividad y tanta grandeza y nos recuerda las palabras de José Domingo Choquehuanca, párroco indígena de origen inca, cuando el Libertador, pasó por el pueblo de Pucará, en el altiplano peruano, el 2 de agosto de 1825: “Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece el tiempo con el transcurrir los siglos y así como crece la sombra cuando el sol declina”.

MARÍA MAGDALENA ZAMBRANO.

CAPÍTULO I

Campaña grandiosa, Campaña Admirable: 14 de junio al 5 de julio de 1813

El último día de febrero de 1813, Bolívar y sus hombres tomaron la ciudad de Cúcuta. En el parte de guerra dice: «Hemos alcanzado la más completa victoria, apoderándonos de estos floridos valles, al español comandante Correa lo han recogido en el campo de batalla, gravemente herido en la cabeza». Era el mismo coronel don Ramón Correa, al que siete años después abrazaría en Trujillo como enviado del rey para las negociaciones del armisticio.

Bolívar venía desde Cartagena de triunfo en triunfo, y en la tarde de aquel día escribe al poder ejecutivo de la unión: «Ya tiene usted terminada la campaña de Cúcuta, libertando una bella porción de la Nueva Granada de los tiranos que la asolaban; ahora sólo nos resta por vencer a los opresores de Venezuela». Así de sencillo. Bolívar soltó aquella frase como si avanzar sobre Caracas y contra el poderoso ejército español hubiese sido una tarea tan fácil; opinan los que lo conocieron que decía las cosas, y todos quedaban esperando que hiciera la rectificación, así fue en el Monte Sacro o en Casacoima. Ahora, parado junto al río Táchira les gritó a los oficiales que se negaban a seguir: «Este caudal de agua no es un lindero, ni tampoco divide a nadie; las fronteras las trazaron los españoles para mantenernos separados y facilitar la dominación». Al día siguiente desde

San Antonio escribió: «La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, soldados de la unión, corred a colmaros de gloria; adquiriéndooos el sublime renombre de libertadores de Venezuela». En los valles de San José se preparó para el avance, mientras esperaba el permiso del gobierno. Eran pocos hombres. Unos cuantos se llenaron de intrigas y envidias contra aquel loco caraqueño que todo lo acomodaba sin tomar muy en cuenta los peligros. Entre aquellos enemigos solapados empezó a despuntar desde entonces Francisco de Paula Santander, el cucuteño que durante mucho tiempo actuaría tirando piedras para tratar de detener los avances del gran Simón.

El día 14 de mayo de ese 1813 pasaron las aguas del río Táchira unos 450 hombres y desde ese momento hasta el 6 de agosto, se pueden contar 85 días; menos de tres meses fueron suficientes para la entrada triunfal a su Caracas natal. El análisis nos dice que fue una proeza de la guerra, marchando casi siempre en contra de la lógica militar. Para muchos una locura, un suicidio enfrentar con tan pocos hombres y recursos, a una fuerza enemiga diez veces mayor, con una base de suministros tan insegura y tan lejana, así como con una población acostumbrada al gobierno del rey, fanatizados por una religión aliada con la monarquía y el Vaticano; es como para imaginarnos la alegría de aquel hombre entrando a su casa en el momento más glorioso de su vida. Los detalles de aquella campaña son un catálogo de aciertos, suertes, éxitos y estrategias cumplidas. El día 5 de agosto, Bolívar le escribe a su amigo don Cristóbal Mendoza: «La empresa que las armas de mi mando tomaron a su cargo, ha sido coronada del modo más feliz por las capitulaciones que ayer he concluido», y al día siguiente proclama a los caraqueños: «Por fin, compatriotas míos, vuestra república acaba de renacer, caraqueños, aceptad con gratitud los heroicos sacrificios que han hecho por vuestra salud mis compañeros de armas». Un tiempo después, los escritores empezaron a llamar aquella grandiosa empresa Campaña Admirable, como la conocemos todos.

CAMINO A LOS CIELOS TRUJILLANOS

Bolívar permaneció en Cúcuta desde el 28 de febrero de 1813 hasta el 14 de mayo en que, cruzando el río Táchira, avanzó con su tropa sobre el territorio. Así en carta para el presidente de la Unión, le dice: «Si vuestra excelencia me deja obrar con libertad y arreglado a las circunstancias podremos lograr muy grandes ventajas y colmase el ejército y el gobierno de la unión de una gloria inmortal, yo parto pasado mañana para Mérida y Trujillo a donde voy a obrar con la mayor celeridad. Cuartel general de Cúcuta 12 mayo de 1813».

El día 18 escribe desde la población de La Grita, y dice que seguirá el camino hacia Bailadores al día siguiente, desde donde escribe una proclama para favorecer a las personas que emigraron con las fuerzas españolas de Ramón Correa para que vuelvan a sus casas sin ningún problema. En los días siguientes, anda por el valle del río Mocotíes hasta la población de Estanques, pasan el río Chama hacia San Juan de Lagunillas y llega a la ciudad de Mérida, el día 23 de mayo de ese 1813. Diez y siete días permanece Bolívar en la ciudad de las nieves perpetuas, y desde allí controla el avance de la campaña. Existen numerosas cartas con órdenes, proclamas y discursos con los que responde a todos siempre con el patriotismo encendido y la fe en la razón para encontrar la libertad.

En la madrugada fría del jueves 10 de junio, el centro del Ejército Libertador inicia el ascenso hacia Mucuchíes, donde establecieron el campamento al anochecer para seguir hacia las tierras trujillanas, después del sitio llamado Apartaderos, donde se dividen los caminos que van a Barinas por la cuenca del Santo Domingo o a la izquierda siguiendo el río Motatán, que corre hacia la cuenca del lago de Maracaibo. El itinerario seguido por el Libertador en aquellos días fue después de pasar la serranía a 4.118 msnm, seguir en descenso por Chachopo al pueblo de Timotes; en sus cercanías existe la llamada Raya, que

es el lindero entre Mérida y Trujillo, y desde donde se remonta la cordillera hacia la izquierda para caer en el colorido valle del río Bomboy, que es tierra de los pobladores de la puerta de los Andes o San Pablo del Bomboy, y más abajo Mendoza, un lugar paradisiáco por su clima y la fertilidad de sus suelos, donde pernoctó el Libertador la noche del 13 de marzo de 1813.

JUNTO AL RÍO BOMBOY, TERRITORIO CUICA
14 DE JUNIO DE 1813

La carta escrita por Bolívar para el teniente coronel Atanasio Girardot, dice al final: «Cuartel General de Mendoza, 13 de junio, a las 2 de la tarde». Aquel detalle nos hace pensar que la salida desde Timotes donde con seguridad durmió la noche anterior, hubo de ser muy de madrugada para llegar a tan temprana hora de la tarde, y más aun conociendo las dificultades topográficas de las regiones recorridas. Por supuesto que existía para Bolívar la ventaja de que esos territorios habían sido liberados por la vanguardia, y todo estaba previsto para su llegada.

En el documento dice: «Es preciso e indispensable preparar la marcha para ir atacar a los caracheros; para ellos dispondrá usted que todo esté listo para el 15 del corriente; yo llegaré mañana a esa ciudad al mediodía o un poco más tarde, y de nuestra visita resultará el modo cómo debemos actuar». Sabemos que entre el pueblo de Mendoza que existe más arriba de Valera y la ciudad capital, hay una distancia de unos 55 Km aproximadamente, los que según notas de la época se recorrían por un camino que iba bajando por el valle del río Bomboy hasta la hacienda El Cucharito, propiedad del sacerdote patriota don Francisco Antonio Rosario; después se hallaba la bifurcación de las rutas hacia la bajada del río para cruzar el Motatán y ascender hasta la gran meseta llamada Sabana Larga (Carvajal, la Cejita, Chimpire), pasando después las aguas del río Jiménez hasta muy

cerca del pueblo de Pampán, para bordear el río Castán y entrar en la garganta formada en Tucutuco por las escorrentías de la montaña para llegar al llamado Valle de Los Mucas, donde actualmente se puede ver la cúpula de la vieja catedral de la ciudad de Trujillo.

Tenemos una carta escrita por Bolívar al día siguiente, desde Trujillo, para don Camilo Torres, encargado del poder ejecutivo de la unión que dice: “En cumplimiento de lo que en mi oficio del 7 del corriente anuncié a usted, me puse en marcha desde Mérida el 10 hacia esta ciudad a donde he tenido la satisfacción de llegar hoy”. Podemos entender entonces que las jornadas recorridas por Bolívar fueron: de Mérida a Mucuchíes, 10 de junio; de Mucuchíes a Chachopo, 11 de junio; de Chachopo a Timotes, 12 de junio; de Timotes a Mendoza, 13 de junio; y de Mendoza a Trujillo, 14 de junio.

POR PRIMERA VEZ EN TRUJILLO

Con toda seguridad, Bolívar fue recibido en las afueras de la ciudad. Desde hacía varios días, Atanasio Girardot estaba actuando y haciendo gobierno en estas tierras republicanas, por lo que la gente y los sacerdotes con su feligresía saldrían para agradecer la presencia del Libertador. Para su descanso y hospedaje se había preparado la vieja casona de la calle real arriba de la plaza, propiedad de don Jacobo Antonio Roth, desde donde despacharía la comandancia en la actividad republicana; por la noche escribe para el presidente de la Unión en Bogotá, contándole de su llegada, y entre otras cosas le dice: «En el tránsito hacia esta ciudad recibí los partes del comandante de la vanguardia; los enemigos aterrados han desaparecido sin tener el valor para presentar batalla, la sola vista de nuestras tropas ha sido bastante para que nos abandonara la provincia de Trujillo y se embarcara precipitadamente por la laguna hacia Maracaibo».

Aquella tarde, la capital trujillana entraba con brillo en los anales de la historia de América; ya desde los tiempos de la primera república, se había ganado una estrella en nuestra bandera; el genio

caraqueño había tomado puesto principal en estos territorios, desde donde se vivirían muchos capítulos de nuestro glorioso pasado. La provincia era la frontera con los territorios de Caracas, balcón para mirar hacia El Tocuyo y tierra montañosa de gente patriota para resistir contra los posibles ataques de los españoles por la fachada de los llanos occidentales. Bolívar no conocía la región andina; por los baquianos, supo de las distancias, de los obstáculos naturales, de sus bellezas y de su importante ubicación geográfica para las batallas que vendrían; no hay documentos que lo digan con claridad, pero Trujillo se quedó en la organización estratégica, en la mente del Libertador y los acontecimientos de lo que vendrá nos dará luces y páginas enaltecedores de la lucha por la emancipación.

PROCLAMA DE LA GUERRA. 15 DE JUNIO DE 1813

Hemos leído siempre que fue muy de madrugada en esta fecha cuando el Libertador dictó la proclama conocida como de «La guerra a muerte» y que muy nervioso caminaba a trancos largos en el corredor de la casa de la calle real hasta el momento que rubricó aquel papel tan interesante para el devenir de la guerra. No vamos a dar opiniones, ni tampoco en este trabajo pretendemos evaluar las acciones del caraqueño, sólo andaremos en la descripción de los momentos más importantes y los días transcurridos de nuestro Simón en los cielos de Trujillo.

Unas dos semanas atrás, desde Mérida, Bolívar había escrito sobre la guerra total contra los españoles; existe un manifiesto como reacción a la noticia de los fusilamientos de un grupo de patriotas en Barinas y del conocimiento de la debacle del pequeño ejército del coronel Antonio Nicolás Briceño capturado en los caminos de Uribante Abajo hacia Guasdalito. Bolívar en Trujillo se llena de heroísmo y grandeza y ante los disminuidos recursos, establece unas condiciones de igualdad en la contienda para tratar de llamar a los americanos a la lucha para su

emancipación; y traza una línea entre naturales y españoles para apresurar la participación de la gente de los pueblos, en favor de la liberación. Tristemente, no existía aún la conciencia americana, y apenas se abrían las compuertas para una guerra fratricida. Los españoles, amparados en la santa religión, seguían manipulando a la población, y los mantuanos, desde su posición de aristócratas, no eran opción apetecible para la total suma de los pueblos a la rebelión.

Aquel mismo día Bolívar escribe una alocución, que titula, «¡Viva la independencia!» y en ella dice entre otras cosas: «Los pueblos bendicen al Dios que conduce nuestro ejército Libertador; éste recibe los homenajes mientras el duro y tosco español mancha sus manos asesinas en la inocente sangre de los americanos». Y en otro documento de aquel día en Trujillo dice: «Las circunstancias exigen el ataque a los enemigos de Barinas por Guanare para impedir la reunión con las fuerzas que están en San Carlos». Era un pedido desesperado para que el gobierno de la unión permitiera el avance sobre los nuevos territorios.

TRES BALCONES PARA LA VIGILANCIA. 16 DE JUNIO DE 1813

Bolívar escribe desde la ciudad de Trujillo: «Hoy salió la vanguardia al mando del teniente coronel Girardot a atacar el pueblo de Carache y con su liberación tendremos una vía franca para recibir noticias de la provincia de Caracas». Desde aquel día, la región trujillana se convirtió en el cuartel general para organizar los avances sobre los componentes realistas y un punto de resistencia para aguantar las cargas si eran que venían los escuadrones del rey.

La retaguardia se había quedado en Mérida, y Bolívar le envía notas para que inicie su marcha hacia Mucuchíes y, desde allí, venir a Boconó por el camino de Las Piedras, Aracay, La Vega y Niquitao; era necesario vigilar a los enemigos de Barinas, haciendo amagos sobre el camino de los Callejones y mantener libre los altos páramos de las posibles fuerzas de don José Tízcar, quien era el

comandante español que mantenía el control de los llanos de Barinas. En carta para el coronel José Félix Ribas le dice: «Usted debe incorporarse con la vanguardia en Boconó para marchar después hacia donde el enemigo nos llame, traerá usted todas las municiones que hayan llegado desde Cúcuta; los útiles de zapadores son de absoluta necesidad, procure usted traerlos todos».

Como puede verse, la unión de los cuerpos del ejército será en el cruce de caminos en Boconó para seguir hacia Guanare por Biscucuy; por esta razón, es necesaria la vigilancia sobre estos territorios, y Bolívar le escribe también a don Miguel Uzcátegui, teniente de justicia del pueblo de Boconó: «Siendo de suma importancia para nuestras operaciones saber el estado de nuestros enemigos espero que usted envíe frecuentes espías que observen todos los movimientos; igualmente, pondrá usted el mayor celo para que no vayan al territorio ocupado por los enemigos, noticias ni hombre alguno que pueda informar de nuestras acciones». La comarca trujillana tenía entonces tres balcones para la vigilancia y control: uno era Betijoque, alcabala hacia el puerto de Moporo en la laguna de Maracaibo; otro, Carache para mirar los movimientos de la llamada entonces provincia de Caracas y los pueblos de Carora y El Tocuyo; y el tercero, Boconó, punto obligado en el camino hacia Guanare o a Barinas por Niquitao y Calderas.

POR EL CAMINO DE MOCOY. 17 DE JUNIO DE 1813

«Ayer marchó La Vanguardia hacia Carache», escribió Bolívar el 17 de junio de 1813, refiriéndose a la tropa que, bajo el comando del neogranadino Atanasio Girardot, había salido de Trujillo siguiendo el camino que baja junto al río Castán hasta donde se juntan las aguas del Moco y, de allí por la ruta de Santa Ana río arriba por un valle cerrado de mucha cuesta hasta las altas montañas, donde sobresalen los yagrumos plateados entre la vegetación; alineados

y sus filas van andando los soldados hasta la cima desde donde se miran las tierras secas de los jirajaras; andando en la larga travesía, las primeras avanzadas se acercan a la aldea de Santa Ana, una cuchilla con casitas de bahareques y techos de paja alineados al lado del camino, donde será necesario pernoctar para, mañana, seguir en completo descenso hacia el valle del río Carache.

Manuel Cañas era el comandante de las fuerzas realistas que tenían como cuartel general a Carache, una población donde los españoles, en unión a la Iglesia católica mantenían el dominio del fanatismo de la monarquía. Hasta estos cielos andinos había llegado en años anteriores el famoso indio Reyes Vargas y el padre Andrés Torrellas que eran furibundos seguidores del rey; trajeron las amenazas de la corona hasta estos pueblos de Trujillo y las bendiciones de un rey enviado de Dios y en concordancia directa con la Santa Inquisición y el Vaticano. Atanasio Girardot en el reporte para el Libertador dice: «Marché en busca del enemigo más allá del pueblo de Carache, logré acampar al anochecer a su vista como a una legua de su campo establecido en la altura de Pozo Seco, pero temerosos de que los sorprendiera aquella noche abandonaron la ventajosa posición que ocupaban y se trasladaron a la toma de Agua de Obispos, que llaman Las Rancherías de Matías, mucho más arriba».

En la ciudad capital continuaban las actividades para la organización de la guerra; incansables eran las órdenes para la preparación de la logística. Bolívar espera una nota del ejecutivo que le permita avanzar; las distancias son muy grandes, y no podrá esperar hasta que los postas vayan y regresen de Cúcuta. En la cabeza del caraqueño hay una lucha grande y será en aquellas horas cuando piensa: «Yo me determino para hacer continuar nuestros progresos, antes que la suerte se canse de protegerme y que mi conducta obtenga la aprobación de ustedes —refiriéndose al poder ejecutivo de la unión— que después de la libertad de mi país, es lo que más deseo».

Desde Mérida Bolívar había escrito sobre la guerra a muerte. El día 8 de junio de 1813, en alocución a los merideños y ante las noticias de los fusilamientos de Barinas se dispone a radicalizar los procedimientos: «Un ejército de hermanos os ha vuelto al regazo de la patria que los tiranos habían destruido; ya sois otra vez ciudadanos de la república. Los verdugos que se titulan nuestros enemigos han violado el sagrado derecho de la gente y de las naciones, y últimamente, casi en nuestra presencia, han hecho una espantosa carnicería en Barinas con los prisioneros de guerra y con los pacíficos compatriotas de esa ciudad. Nuestra bondad se agotó ya y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América y nuestra tierra será purgada de estos monstruos. Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte».

En estas palabras Bolívar se refiere al fusilamiento ocurrido en Barinas el día 22 de mayo de ese año 1813, en la persona del alcalde Juan José Briceño Angulo y de un grupo de conspiradores contra el poder español que fueron delatados cuando preparaban la llegada del coronel trujillano Antonio Nicolás Briceño quien, capturado en el camino entre San Cristóbal y Guasqualito, también fue fusilado junto al grupo acompañante el día 15 de junio, el mismo día en que Bolívar firmó la proclama de guerra a muerte en Trujillo. Ahora, Bolívar ha dado el paso hacia el restablecimiento del poder en Venezuela; se atreve a desobedecer las órdenes recién llegadas desde la Nueva Granada y responde: «Acabo de recibir los oficios de ustedes en que mandan detener el curso de nuestras operaciones, por consecuencias de las funestas noticias que se han recibido de Santa Marta y Guasqualito que son de muy poco valor y sólo tendrán importancia si nosotros cometemos la debilidad de quedarnos en la inacción; ahora más que nunca debemos obrar con celeridad y vigor, volar sobre Barinas y destrozarles su fuerzas para dejar a

la Nueva Granada libre de los enemigos que la pueden subyugar; quizás el Dios protector de la justicia ha permitido que nuestro ejército supere los obstáculos y haga prosperar la causa de la libertad». Desde aquellos días el genio de América muestra sus cualidades de jefe de los combates por la independencia de todo el continente; muchos de los que se habían quedado en Cúcuta y los mismos miembros del congreso de la unión creían que era suficiente con liberar hasta Trujillo para la tranquilidad de Santa Fe y Cartagena, Bolívar en estas últimas frases le da a entender que las luchas tenían que ser conjuntas y que la unión era impredecible para aspirar a una república soberana y en paz.

TRIUNFO EN CARACHE. 19 DE JUNIO DE 1813

Llegaron los jinetes a la ciudad de Trujillo casi al anochecer; bajaron por entre las torrenteras del río Moco y con las noticias de la vanguardia de Atanasio Girardot, y Bolívar casi de inmediato, trasmite las buenas nuevas al encargado del supremo poder ejecutivo de la unión: «Los enemigos se retiraron cobardemente antes de presentarse nuestras tropas desamparando al pueblo de Carache. Yo sigo en su alcance y por lo visto son como cuatrocientos hombres de infantería y sesenta de a caballo».

Bolívar se dispone a contar las buenas nuevas al presidente de la Unión y le dice: «Estos felices acontecimientos nos deben animar a seguir nuestra gloriosa carrera, hasta dejar purgada la tierra americana de los monstruos españoles. Los valerosos soldados de la Nueva Granada, han tomado a su cargo la libertad de Venezuela que ya ve más de la mitad de su territorio bajo los augustos estandartes de la independencia». En cada carta, en todos los mensajes posibles, Bolívar hablaba sobre la necesidad de la unión y sobre la importancia de organizar las luchas conjuntas; la experiencia de las discordias con algunos oficiales neogranadinos en Cúcuta le habían abierto los sentidos para actuar en favor de la

unión entre los pueblos y tratar de erradicar el caudillismo regional que miraba siempre las fronteras en los territorios de América. En este día 19 de junio, el teniente coronel Atanasio Girardot informa sobre el encuentro con el enemigo del día anterior en el lugar de Agua de Obispos, más allá de Carache: «Al amanecer del día de ayer, levanté mi campo y me puse en la marcha solicitando el encuentro con el enemigo y efectivamente a la hora y media tuve la dulce satisfacción de verlo formado en número de cuatrocientos fusileros y cincuenta caballos».

La batalla de Carache fue una amplia victoria para las armas de la república; dice el comandante Girardot: «Que se escuchó el grito de viva la libertad, y al cabo de una hora nos hicimos dueños de sus campos poniéndolos en la más espantosa derrota». A Carache regresó la vanguardia con las reliquias y banderas colectadas, con los prisioneros y los caballos cargados de municiones y planearon después de los fusilamientos para con los españoles capturados en combate, marchar al día siguiente, desandando el camino a Santa Ana y a la ciudad de Trujillo.

SALIERON LAS AVANZADAS. 29 DE JUNIO 1813

Bolívar escribe para el encargado del ejecutivo de la unión desde la ciudad de Trujillo, comentando el triunfo de la vanguardia en la batalla de Agua de Obispos, en Carache: «El resultado de esta acción es decisiva superando el mayor obstáculo que se nos oponía, para continuar nuestra marcha hasta Caracas». Aquí ya les indica a las autoridades que está listo para continuar en contra de las órdenes y del permiso restrictivo que sólo le permitiría llegar hasta Trujillo. Desde Boconó le ha llegado una carta de algunos ciudadanos que recién venidos de Barinas están dispuestos a colaborar y a servir contra el gobierno del rey; dicen que la posición del enemigo es muy complicada, que son débiles en fuerzas y que la gente del pueblo no los apoya; el Libertador no se cansa de exponer los beneficios de

seguir en la campaña y les dice: «No podemos dudar que nuestra campaña en Barinas será igual a las de Santa Marta, Pamplona, Mérida y Trujillo, donde nuestras armas han hecho temblar a los enemigos de la libertad».

En otra comunicación para el supremo congreso de la nueva granada expone sus planes: «Pienso reunir todo el ejército por Guanare para cortar de este modo la comunicación entre Caracas y Barinas, sin dejar de aprovechar la ventaja que nos presente el enemigo de atacarlo con suceso y acabar de una vez la guerra, que en Barinas debe concluirse, porque nuestra marcha hacia la capital, será después como un paseo militar». En estas palabras se puede ver que Bolívar era un mar de optimismo; esa moral de ganar y avanzar la transmitía a todos sus hombres; era su trato carismático, un recurso de líder incansable que inyectaba a la tropa la energía y la fe para buscar, sin descanso, la victoria. Aquel mismo día envió un escuadrón montado para Boconó con el objetivo de cuidar los caminos y establecer la necesaria vigilancia sobre Barinas y Guanare.

PONGAMOS LA VIGILANCIA. 21 DE JUNIO 1813

El espionaje se activa desde la ciudad de Trujillo; Bolívar dicta la orden para los próximos movimientos. Le escribe al coronel José Félix Ribas quien todavía se encuentra en la ciudad de Mérida organizando la retaguardia, y le dice: «El ciudadano Pedro Montenegro que vino de Caracas a Guanare y de allí a Boconó, dijo que leyó un parte firmado por el comandante de Barinas donde informa que salieron unos cuatrocientos hombres por el camino de Los Callejones para atacar al pueblo de Las Piedras, y que salieron también tropas en igual número hacia Guasualito». Dice el Libertador en sus letras que aquellas noticias parecen exageradas por cuanto duda de la existencia de tan abultado número de soldados en esa ciudad; pareciera, entonces, que los patriotas no tenían conocimientos claros

sobre los recursos de sus enemigos pues, como se verá más adelante, el número de hombres en el ejército de José Tízcar era superior a estas apreciaciones, sólo que el jefe español no era un estratega para la guerra en estos terrenos.

Domingo Monteverde, en sus planes de reconquista para la Nueva Granada había nombrado comandante de tropa principalmente a hombres de la marina, sin la experiencia en el comando de batallones de infantes y caballería. Según se conoce, en los planes realistas estaba avanzar desde Guasualito para Cúcuta y San Cristóbal, atacando a las fuerzas de Bolívar por la espalda y dejando a los patriotas sin puestos de reserva y almacenes, sólo que Bolívar no tenía previsto quedarse en Trujillo y siempre había pensado en llegar a Caracas lo más pronto posible. A José Félix Ribas le ordena que acelere la marcha por Mucuchíes y Santo Domingo para batir las avanzadas que vienen desde Barinas, mientras prepara la salida del teniente Luis Marquí hacia Boconó por la Cristalina, montando la vigilancia arriba de la montaña en el camino de Guanare para impedir todas las comunicaciones con el enemigo y, a su vez, el comandante evitara todo exceso y desorden tanto en el tránsito como en el pueblo.

El camino desde Barinas a Mérida pasaba por Barinitas y continuaba por la cuenca del río Santo Domingo hacia arriba siguiendo por la izquierda, en una ruta de difícil tránsito por lo escabroso, de complicado ascenso en un encajonamiento de las aguas que vienen de las altas montañas; muchas fueron calzadas cortadas en la piedra que sólo permitía el paso de un caballo en fila, y hasta necesario era demorar para evitar los peligros de caer en los acantilados. Era un paso construido en los tiempos en que los españoles transportaban el tabaco de Barinas, las plumas de garza y el añil de los llanos por la cordillera en cargamentos de indígenas y esclavos para llegar hasta Gibraltar, un puerto en el lago de Maracaibo que permitía la

navegación y salida de aquellos valiosos productos hasta los mercados europeos. En la ruta hacia Mérida, el itinerario a seguir era: Barinas, Quebrada Seca, Barinitas, El Puente, Las Piedras, Apartaderos, Mucuchíes, Mucurubá, Tabay y Mérida.

MUJERES GUERRERAS. 22 DE JUNIO DE 1813

Día de júbilo en Trujillo: muy de mañana, entraron dos jinetes para informar que muy pronto llegará la vanguardia, que viene bajando por Mocoy, con las reliquias del triunfo alcanzado en Carache. Todos se movilizan en la ciudad; las campanas de la iglesia matriz sueltan sus sonidos al viento de la trujillanidad para llamar a la gente al encuentro de los muchachones que, orgullosos, vienen triunfadores. Bolívar cuenta: «Esta mañana ha entrado en esta ciudad la vanguardia al mando del teniente coronel Atanasio Girardot, que después de perseguir al enemigo hasta la provincia de Caracas, ha regresado cargada de despojos, de víveres y prisioneros, acompañada de muchos emigrados de distinción, que vinieron a unirse con nuestras tropas desde Carora y El Tocuyo, los cuales nos aseguran la completa derrota de Monteverde en Cumaná y el próximo sacudimiento del estado de Caracas».

La gente salió y las tropas fueron recibidas por los habitantes de la ciudad con transporte de gozo y gratitud. Bolívar, acompañado de la plana mayor del ejército, así como de los ciudadanos más ilustres, felicitaron al comandante Girardot y a los oficiales por su buena conducta y brillantes sucesos. Podemos pensar que en aquel momento de altas emociones la gente estaba alborozada. Bolívar con su carisma moviendo los corazones y las voluntades para que todo lo que faltaba pareciera fácil, levantó su voz y les dijo: «Las tropas que infectaban la provincia de Trujillo acaudillados por el miserable Correa y el cobarde Manuel Cañas han desaparecido con vuestra sola presencia, nuevos trofeos nos esperan en los campos de Barinas y Caracas, volaremos a cubrirnos con la

doble corona de laurel y del olivo, subyugando a nuestros enemigos y dando la libertad a nuestros hermanos».

Es en esta proclama donde Bolívar hace referencia a una batalla ocurrida por aquellos días en San Carlos en la que participaron las mujeres de aquella población. La información fue transmitida por un ciudadano llegado a Carache desde Carora después del encuentro de Aguas de Obispos; un prófugo que cuenta sobre una revolución ejecutada por mujeres en que murieron algunas y otras muchas cayeron prisioneras, después de haberse adueñado del cuartel, en donde resistieron con valentía. El Libertador no desaprovecha ningún acontecimiento para encender el patriotismo en los pueblos, y les dice: «Todos estamos lidiando por la libertad o padeciendo por ella, hasta el sexo bello, las delicias del género humano, nuestras amazonas han combatido contra los tiranos de San Carlos con un valor divino; los monstruos y tigres de España han dirigido las infames armas contra los cándidos y femeninos pechos de nuestra beldades; han derramado su sangre, han hecho expirar a muchas de ellas y las han cargado de cadenas porque concibieron el sublime designio de liberar a su patria. Las mujeres, sí, las mujeres combaten contra los opresores y nos disputan la gloria de vencerlos, entonces marcharemos a San Carlos para romper las prisiones en que gimen esas verdaderas velonas todo hombre será soldado puesto que las mujeres se han convertido en guerreras». Bolívar aplicaba la psicología del convencimiento para llenar a los hombres de patriotismo y usaba todos los recursos hasta en los más difíciles momentos.

APATÍA DE MANTUANOS. 23 DE JUNIO DE 1813

Bolívar le informa al congreso de la Nueva Granada sobre las últimas noticia traídas por los emigrados que llegaron desde Carora y Barquisimeto, así mismo alerta al coronel José Félix Ribas sobre la posibilidad de un encuentro con el enemigo que se dice ha salido

desde Barinas por el camino de Los Callejones hacia el pueblo de La Piedras: «Podrá usted atacarlo con suceso —le dice— y si no puede batirlo se retira hacia Mérida y nos informa de inmediato para tomarles la espalda nosotros y no dejarlo escapar».

El Libertador en Trujillo pone el grito al cielo para forzar mucho más a la ciudadanía a la participación; este tipo de actitudes ya le había dado buenos resultados; hay veces que es necesario sacudir a la gente para llamarla hacia la competencia patriótica regionalista; entonces, le escribe una carta al gobernador y le dice entre otras cosas, que desde que llegó a la provincia dictó las órdenes para que se reunieran todas las bestias existentes en la región, así como los recursos económicos, sumas de dinero para los gastos del ejército y, además, la conformación de una compañía de jóvenes reclutas, unos cien hombres para engrosar las filas republicanas, y hoy ha pasado más de una semana y nada se ha cumplido. En un terrible jalón de oreja agrega: «Yo no puedo concebir cómo la provincia de Trujillo, que ha sido libertada por las armas de la unión a costa de los más duros sacrificios, rehúsa hacer los servicios indispensables al ejército; yo no veo que esta ciudad haga nada en favor de sus libertadores y sí veo una apatía y una independencia por la causa que defendemos. Si para mañana no tenemos trecientos caballos para transportar nuestros bagajes a Guanare, diez mil pesos en plata para pagar las tropas y los cien reclutas listos para avanzar, consideraré a Trujillo como país enemigo y será en consecuencia tratado como tal». Bolívar sabía que muchos de los mantuanos, tenían recursos cómo ayudar al movimiento del ejército y su manutención. Ya conocía el comportamiento de las oligarquías andinas y en actuación de severa reprimenda, les dice, que si no hay colaboración y acuerdo no podrán llegar a los objetivos previstos y en la carta al gobernador le completa: «Es necesario poner en juego todos los resortes de su actividad para obligar a los propietarios a exhibir sus caudales y

caballerías». Y como cierre, le agrega un listado de los propietarios que pueden prestar las cantidades necesarias, las cuales serán entregadas de agrado o por la fuerza.

Era entonces en aquellos tempranos días de la larga guerra, como un adelanto a lo que sería la actuación de aquel general nacido entre las élites de los criollos caraqueños. Muchos de los trujillanos de entonces, conocían los orígenes de aquel representante de la aristocrática familia Bolívar y Palacios. Parecía que todo estaba cambiado, se habían alterado los roles y los resortes a los que se refería aquel loco militar eran los intereses intocables de las altas clases sociales trujillanas. Bolívar ahora desde su posición de jefe supremo revolucionario gritaba pidiendo apoyo y Trujillo que siempre fue patriota, se esmeró en aquellas horas en recoger los caballos y las mulas, en acopiar la plata necesaria y en organizar a los muchachos para ser soldados de la emancipación.

ASAMBLEA DEL CLERO Y EL GOBIERNO. 24 DE JUNIO DE 1813

Bolívar convocó a todos los notables de la ciudad de Trujillo para una asamblea general del gobierno; allí estaban los miembros de la municipalidad, los representantes de la Iglesia, los oficiales del ejército y el pueblo en general. En un magistral discurso les dijo: «Magistrados y notables del estado Trujillo: vuestras calamidades han sido tan crueles y conocidas que penetrado el congreso de la Nueva Granada del justo dolor, ha tomado a su cargo el glorioso empeño de socorrer a nuestra afligida patria y ha enviado un ejército a libertaros de los verdugos que con tanta ignominia os tenían subyugados». Bolívar cuenta sobre los avatares de su ejército y menciona detalles ocurridos en los días anteriores, las alegrías al ver correr hacia el lago a las fuerzas españolas enviadas desde Maracaibo, y las grandes emociones del triunfo sobre los realistas en Carache; enaltece la actitud asumida por el presidente de la Nueva Granada y su apoyo para la liberación de sus hermanos venezolanos.

El objeto de aquella reunión era dar cumplimiento a lo dispuesto en el congreso de la unión para establecer gobierno en los pueblos liberados, dejando a todos en posesión de sus sagrados derechos y en paz como una conquista de todas las victorias. Para agradecer a las acciones militares sobre la provincia y la presencia de un ejército en su mayoría neogranadinos, el señor presidente del estado don Jacobo Antonio Roth expresó: «Señor general, la assolada provincia de Trujillo que las armas benéficas de la Nueva Granada han restituido a su antiguo rango de estado soberano, no encuentra expresiones bastantes para explicar el júbilo que siente al verse redimida de la tiranía feroz con que la abrumaba el gobierno español». Termina llenando de gratitud a los miembros del ejército y ofreciendo su apoyo y amistad para las luchas en el porvenir. Después habló el presbítero José Antonio Rendón en representación de la Iglesia para pintar el cuadro espantoso de los sufrimientos de los ministros de Dios, sus prisiones, cadenas y grillos aplicados por el solo hecho de profesar la religión, y amar la libertad predicando la justicia.

De inmediato Bolívar respondió agradeciendo las actividades de los pastores de la Iglesia y sus virtudes felicitando al padre Rendón por la gloria que refluye sobre la justa causa de la independencia, teniendo por apóstoles de sus principios al patriótico clero de Trujillo. Al terminar las asambleas todas aplaudieron y se vieron muestras de afecto y cariño entre el pueblo y sus libertadores. Aquel mismo día, Bolívar ordenó la salida de la vanguardia por el camino que desde San Jacinto se empina por sobre las montañas hacia el llamado Páramo del Atajo que por La Cristalina, transmonta la cordillera hasta el hermoso valle del río Boconó.

Es muy conocido que los representantes de la Iglesia en la ciudad de Trujillo y sus pueblos en tiempos de la independencia, en su mayoría se sumaron a la revolución, en contra de las órdenes

sacerdotales de los altos jefes que apoyaban a la monarquía y sus relaciones con el Vaticano. A continuación, un listado de los curas trujillanos que junto al pueblo apoyaron la liberación de la patria:

- Álvarez, José Ignacio: Cura de Betijoque. Redactor de la Constitución de Trujillo. Secretario de la Junta de 1810.
- Briceño Altuve, Antonio María: Vocal de la Junta Patriótica de Mérida.
- Duran Surmay, Antonio José: Cura de Burbusay. Capellán del Ejército Libertador.
- Hurtado de Mendoza, Luis Ignacio: Firmante del Acta de la Independencia por la Villa de Obispos.
- Gamboa, José Ricardo: Cura de Niquitao. Recibió a José Félix Ribas en la Campaña Admirable.
- León Valladares, Salvador Vicente de: Cura de Boconó. Capellán del Ejército Libertador en 1813.
- Manzaneda y Salas, Enrique: Escuqueño. Cura de Trujillo. Vecino de Mérida, juró el Acta de Independencia.
- Monzant, Bartolomé: Cura de Trujillo. Firmante del Acta de Instalación de la Junta Gubernativa de Trujillo en 1810.
- Ramos Venegas, Juan Nepomuceno: Cura de Tostós. Se sumó a la tropa republicana en 1813.
- Rendón, José Antonio: Cura de Trujillo. Orador en la iglesia matriz de Trujillo, en 1813.
- Rosario, Francisco Antonio: Cura de Mendoza. Constituyente y firmante de la Constitución de Trujillo en 1811.
- Rosario, Nicolás: Cura de Betijoque. Reclutó hombres para atacar las fuerzas españolas en 1815.

- Subiaga, Juan Antonio: Cura de San Jacinto. Llamó a los feligreses a derramar su sangre por la patria en 1812.
- Durán Vázquez, José Martín: Capellán de la Capilla de San Antonio de Padua de Burbusay. Capellán del Ejército Libertador.
- Durán, Juan Evangelista: Cura de Burbusay. Capellán del ejército republicano.
- Durán, Joaquín: Cura de Burbusay. Acompañó a Urdaneta en la retirada gloriosa. Formó parte de la expedición de Haití.

SIN PERMISO DE LA UNIÓN. 25 DE JUNIO DE 1813

El Libertador en Trujillo sacudió la mata duro y exigió el cumplimiento de los deberes del pueblo con la campaña libertadora; principalmente pidió los recursos económicos a las familias de la aristocracia trujillana que tal vez no estaban muy de acuerdo con la revolución y mucho menos en invertir sus caudales en la manutención de unos hombres que pregonaban la igualdad, la eliminación de los títulos nobiliarios y la vuelta a la constitución de 1811, que tantos problemas había traído en estas comarcas andinas. El gobernador bajo la presión de todos, no aguantó aquellas altas exigencias y puso su cargo a la orden por lo que Bolívar nombró como sustituto al ciudadano Guillén, y en una carta del 25 de junio de 1813 le dice: «Está usted encargado provisionalmente del gobierno en la provincia trujillana y sus primeras obligaciones son para con el ejército: debe usted recoger cuantas mulas y caballos haya en el estado, el dinero necesario para pagar las tropas y los hombres para que tomen las armas y sirvan de arrieros».

Era necesario entonces apretar la tuerca imponiendo a los ricos propietarios las cuotas según su riqueza, esgrimiendo los castigos o multas que se aplicarían a los que se negaran a dar los aportes y pechando al pueblo en general según sus

oportunidades, Bolívar al final le dice: «Recordará usted que el único principio de su conducta será la salud del pueblo». Eran necesarios 10.000 pesos para las necesidades primarias del ejército, por lo que en otra carta le recomienda que «la distribución de los pagos entre los ciudadanos ricos del estado se hará de acuerdo a sus posesiones, teniendo cuidado de no cargar a algunos que no pueden satisfacer esas exigencias; usted pedirá a los que no sean hacendados cantidades pequeñas, sin perjuicio de que los que públicamente se les conoce tener dinero efectivo, exhiban sumas mayores».

Bolívar en Trujillo, aquella tarde, deja todo preparado para marchar al día siguiente hacia Boconó, y seguir los planes en la recuperación del poder en Venezuela; una larga jornada de unos 60 km aproximadamente. Con aquel paso, el ejército republicano entraba en desobediencia al congreso de la unión neogranadina, se alejaba mucho más de su cuartel de reserva y almacenes en Cúcuta, y asumía como propios los riesgos de una campaña contra un enemigo con muchos mayores recursos.

EN BOCONÓ. 26 DE JUNIO DE 1813

Con la tarde de este día, la gente salió a las afueras del pueblo de Boconó para recibir al jefe de la revolución. Llegaron hasta el paso del río donde las aguas se hacen vadeables un poco más abajo del recodo que se forma en la curva grande donde la corriente choca con el barranco y se hace apacible. Al frente de la comitiva, está Atanasio Girardot quien ya ha establecido campamento en el pueblo, el teniente de justicia don Miguel Uzcátegui y, con su feligresía, en vistosa procesión, el padre Salvador Vicente de León. Es día sábado, y hay mucha gente en la calle principal por donde transita la caravana. En la plaza están los oficiales de la vanguardia en formación. Bolívar desmonta, saluda con su sombrero y en franco diálogo con

el cura entra a la iglesia cuyo patrono es San Alejo; los habitantes de la población gritan y cantan en sus alegrías.

En una de las casonas que existían alrededor de la plaza hospedaron al honorable visitante. Aquella noche, don Simón escribió una carta para el gobernador de Trujillo en la que le da instrucciones en la recolección de los recursos necesarios, importante documento para empezar a contar los días que el alto mando del ejército republicano se quedaría en Boconó. Desde Cúcuta, se había trazado la estrategia de llegar a estas montañas para seguir hacia Guanare y desde ya dice Bolívar en la conversa: «Estamos esperando a los hombres de José Félix que están avisados y saben de la necesidad de acelerar la marcha para sorprender al enemigo». El frío y las lloviznas llenaron la noche en las altas montañas de los territorios cuicas, los anillos de seguridad estaban activados, la vigilancia en todos los caminos se había previsto; los edecanes del jefe llegaron a su posada con los baqueanos de la región, los conocedores de caminos, atajos y posibles salidas hacia los llanos por la vía de Batatal y Biscucuy. Era necesario el interrogatorio sobre las distancias, lugares para el descanso, capacidades para forrajear los caballos y, por supuesto, sobre los peligros en las rutas para el avance de las tropas en territorio enemigo. Arriba en la montaña, en el camino hacia Guanare, está la vigilancia en el sitio de La Defensa, necesaria por si vienen los realistas y para controlar el tránsito de las personas que pudieran llevar o traer informaciones.

JARDÍN DE VENEZUELA. 27 DE JUNIO DE 1813

Todo en el pueblo de Boconó son preparativos para la marcha; la vanguardia salió en la mañana hacia la boca de la montaña; los zapadores van al frente para limpiar el camino hacia Biscucuy; los vecinos, conocedores de la ruta, han dicho que la distancia es como para dos jornadas, por lo que es muy importante marcar un campamento a mitad del camino que ofrezca seguridad, agua y pastos

para las bestias. Después del sitio llamado El Batatal, no hay muchas casas y será necesario buscar un lugar para pernoctar junto al río más allá de El Morro (actual población de Campo Elías).

Bolívar ha salido a la plaza, siguen todos a la espera de José Félix Ribas que viene desde Mérida por Niquitao; en la esquina, se entabla un diálogo con algunos pobladores; el Libertador está admirado con la belleza del paisaje, el contraste de los verdes en la serranía, las flores y el buen clima. Hermoso pueblo, lindo lugar; caminando saluda a algunas damas que se asoman a las ventanas, y se le escucha decir: «¡Esto es un jardín! ¡Boconó es el jardín de Venezuela!». Desde entonces, aquella frase se quedó en la memoria de los habitantes del pueblo que con orgullo recordarán aquel momento en la historia de la región. No existe documento para probar las palabras de Bolívar en Boconó aquel día de junio de 1813, durante su primera visita, pero es muy posible que en franca conversación con la gente haya pronunciado esa frase. Existe una carta de una educadora valerana Emilia Dupuy de Enríquez quien, casi setenta años después, hace referencia al momento. Doña Lourdes Dubuc de Isea, Cronista de Boconó, en su libro *Proclamación de la heredad. Boconó: estancias y vivencias*, refiere que la expresada maestra, en carta para el Dr. Sálvano Velazco le comenta la frase atribuida al Libertador en su primera visita a Boconó y fundamenta autorizadamente, lo que con orgullo permanece en la memoria de este pueblo: «Sabiedo por informes que la ciudad de Boconó tienen una posición topográfica bellísima y hermoçada por una naturaleza fértil y risueña. Creo se podría con el tiempo, imitar en algo el elíseo francés. Entonces se podría repetir aquella frase del Libertador que según muchos dijo al visitar esa ciudad: Este es el jardín de Venezuela». (Carta al Dr. Sálvano Velazco. *El Progresista*. N° 5. Boconó, 28 de enero de 1881).

SEGUIREMOS MAÑANA. 28 DE JUNIO DE 1813

La carta que tenemos firmada por Bolívar en Boconó aquel día nos cuenta de los apuros y el nerviosismo por los que estaba pasando en aquellas horas; la retaguardia venía muy retardada y la campaña corría riesgos si no se actuaba con rapidez; éste era ya el segundo día de espera, las avanzadas ya habían regresado para informar del camino libre hasta Biscucuy por lo que tal vez aquella tarde se le escuchó decir a don Simón: «Nada que llega José Félix, saldremos al amanecer».

Según los documentos existentes y las distancias en los caminos es muy seguro que en el mismo momento la tropa de la retaguardia de Ribas cumplía con la jornada entre Las Piedras y Las Mesitas (La Vega) en donde estableció campamento para recuperar las fuerzas gastadas por tantos esfuerzos en los ascensos de la cordillera, y continuar hacia Niquitao al día siguiente. En Boconó, Bolívar escribe al comandante José Félix Ribas: «Es de suma importancia que usted inmediatamente que reciba ésta, se adelante y venga con la mayor celeridad a tratar conmigo en esta villa». La estrategia trazada desde Cúcuta a inicios de campaña incluía un encuentro en el cruce de caminos en Boconó para evaluar los éxitos y las debilidades, para contar y estimular la tropa y continuar hacia Guanare; Bolívar le dice a su tío político: «Traiga todas las mulas que encuentre, la harina y los hombres que puedan tomar las armas. Yo pienso seguir mañana a reunirme con la vanguardia que marchó ayer, así que nuestra entrevista debe ser hoy».

Por las vueltas de la vida y las exigencias de la campaña, el encuentro de aquellos dos hombres sería casi un mes después en la ciudad de San Carlos pues, como sabemos, la retaguardia fue enviada por la vía de Chabasquén y El Tocuyo en los días siguientes al encuentro de Niquitao. Para los que han dicho que el Libertador pernoctó en una casona de la Boca del Monte están las dos cartas de Bolívar escritas en el

cuartel general de Boconó de Trujillo el 26 al llegar de la capital y el 28 de junio cuando dispone marchar al día siguiente.

POR EL CAMINO DE LOS PANTANOS. 29 DE JUNIO DE 1813

El día 29 de junio muy de mañana, Bolívar emprendió la marcha hacia Guanare. Al respecto, existe una narración que dice: «Salimos en ascenso por una larga sabana entre dos quebradas». Eran Mitimbón y la Segovia, que por aquellos días seguramente estarían crecidas con aguas de las altas montañas. Ese mismo día se movía José Félix Ribas con sus hombres; habían pernoctado en La Vega, y marchaban hacia Niquitao donde completarían otra jornada en sus afanes por llegar a tiempo a Boconó para el encuentro con el centro del ejército republicano. Un retraso inesperado había sufrido la retaguardia en Mérida; los recursos que venían desde Cúcuta no llegaron a tiempo; los caminos en la cordillera eran muy fuertes, y en especial el ascenso desde el pueblo de Las Piedras por Aracay hasta las crestas de la sierra, habían golpeado fuerte a los hombres que por mucha resistencia necesitaban largos descansos.

Bolívar decidió avanzar, José Félix no llegó. No se podía dar más tiempo, era un gran riesgo permitir que las fuerzas españolas del centro del país vinieran para reforzar Barinas; esa ruta seguida por el Libertador pasaba por Los Pantanos, El Alto de San Antonio, El Batatal y río Saguáz donde pernoctaron para seguir, al día siguiente 30 de junio, hasta la población de Biscucuy. José Félix, con unos cuatrocientos hombres provenientes de Mérida, llegó a Niquitao a la media tarde del día 29 de junio. Venían como comandantes el coronel Vicente Campo Elías y el capitán José María Ortega, un muchacho sobrino del presidente Antonio Nariño que había venido a Cúcuta con los recursos y los hombres desde Bogotá en un pedido que había llevado José Félix para la unión neogranadina.

Eran los famosos reinosos, valerosos guerreros que aportaron mucho en esa campaña de 1813.

El padre José Ricardo Gamboa, habló largo y tendido con los comandantes patriotas; la gente apoyó con alimentos y aguardiente a los soldados quedando todos comprometidos con las luchas por la independencia. Boquiabiertos y muy asustados se quedaron los pobladores de Boconó cuando, por fin, vieron salir a los últimos caballos por las encrucijadas de la calle arriba; muchos se encerraron en sus casas para pedirles a los santos por los muchachos que se fueron con los insurgentes. Bolívar, el caraqueño, estuvo por estas calles y conversó con todos. Parecía buen hombre, aunque nervioso y altanero.

El obispo de Mérida, Hernández Milanés había gritado en el púlpito que eran malos porque actuaban contra el rey que era enviado de Dios; pero en los tres días que pasaron en el pueblo el jefe con sus soldados no cumplieron con los alegatos del obispo que, según dijo, venían arrasando con todo, atacando las iglesias, violando a las mujeres y destruyendo todo a su paso. Aquel 29 de junio los pocos atrevidos que salieron a la plaza encontraron que las puertas del templo estaban abiertas de par en par, no se sabía nada del padre León hasta que leyeron un papel con su letra que dejó clavado en la puerta en el que se despedía de sus feligreses y exponía las razones por las que les tomó la parada a los guerreros que marchaban contra el poder español, y se fue con ellos para servir de capellán. Salvador Vicente de León, el cura de Boconó en conversa con don Simón, no tuvo poder ni fuerza para negar que Dios estaría en adelante con los hombres que actuaban contra la injusticia. Ese mismo día, Bolívar pernoctó con la vanguardia del ejército libertador a orillas del río Saguáz. Es conocido que para la época no existía aun la población de Campo Elías que en un principio se menciona como El Morro. Existen algunas narraciones del camino

seguido por el obispo de Caracas don Mariano Martí que visitó la región en 1777 y escribió detalles de las jornadas, distancias y campamentos. Bolívar y su comitiva siguieron al día siguiente cruzando la raya que divide al estado Trujillo y llegó a la población de Biscucuy.

LLEGARON CON LA TARDE. 30 DE JUNIO DE 1813

El miércoles 30 de junio por la tarde, se asomaron los primeros jinetes de la retaguardia del ejército libertador por las calles de Boconó que dan hacia el camino de Tostós y Niquitao. José Félix Ribas y sus cuatrocientos hombres mostraban los rigores del camino y los barro colorados del río Burate. Llegaron a la plaza para enterarse de que el Libertador había partido ya, y después de hablar con los baqueanos, siguieron por la calle arriba hacia Los Pantanos, para ir a pernoctar en la casa grande que se encuentra en la Boca del Monte, en el paso del viejo camino hacia El Morro y Chabasquén. Allí esperaron las luces del nuevo día para seguir la marcha y acompañar la estrategia de cortar la comunicación de los españoles en Guanare, y caer de sorpresa sobre los batallones que los realistas tienen en Barinas.

Podemos entender cuáles eran las preocupaciones del coronel José Félix Ribas al llegar a Boconó, y teniendo un poco de luz en la tarde, ordena seguir para estar más cerca de Bolívar; tal vez sean los apuros la causa por la que la retaguardia no pernocta en el pueblo y deciden seguir para montar campamento en la boca de la montaña, arriba donde los yagrumos asoman sus ramas plateadas en la serranía.

IREMOS POR ELLOS. 1º DE JULIO DE 1813

Entre la noche y la madrugada del 30 de junio de 1813, se escucharon latir los perros entre las sombras de las frías montañas. Los vigías gritaron la seña y se dejó ver la presencia de un mensajero entre las neblinas del campamento de la Boca del Monte, más arriba de Boconó, en el viejo camino de Chabasquén. ¿Quién vive? y se presenta el jinete: ¡Juan Guillén! Traía un mensaje de urgencia para

el comandante de la retaguardia, del ejército republicano. «Que le manda a decir desde Niquitao, el alcalde Juan José que viene por el camino de Calderas una gente armada, y que son muchos y traen cañones y caballadas».

El coronel José Félix Ribas ante tan extraña noticia dispone la contramarcha, y después de intercambiar opiniones con el coronel Urdaneta le ordena a la tropa: «Saldremos al amanecer. Si nos buscan nos encontrarán más rápido de lo que ellos esperan». Al amanecer de aquel día, la gente de Boconó escuchó el ruido de la tropa, el piafar de las mulas y el traqueteo irregular de las ruedas de un pesado cañón que bajaba por la calle principal con destino a los caminos de la Vega Abajo. Era la retaguardia del ejército republicano. Al frente, José Félix Ribas, Rafael Urdaneta y el comandante don Vicente Campo Elías. Pasaron por la plaza, enfrentaron con decisión los barriales de La Sabanita, cruzaron con dificultad las crecidas aguas del río y, más tarde, se miraron subir por el camino de la Loma de San José hasta la encrucijada de El Canjilón, que los llevará hasta las explanadas pedregosas de Escorá y finalmente, a la pintoresca y vieja población de Niquitao.

Llegaron a las 9 de la noche, y de inmediato salieron las avanzadas, páramo arriba, para explorar la oscuridad y detectar la presencia de los realistas que vienen desde el sitio de La Vega. Con la noche aquellos soldados tratarán de dormir y soñar con la libertad, para mañana madrugarle a la muerte o a la vida, y con la ayuda de San Bernabé arrebatarle la patria mancillada a la dominancia de más de 300 años.

UNA MAÑANA EN TIRINDÍ. 2 DE JULIO DE 1813

Aquel viernes se dio en el campo de Tirindí, en plena serranía trujillana, la célebre Batalla de Niquitao. Con las primeras luces de la madrugada, en el pueblo los hombres se prepararon para buscar al enemigo, y a eso de la 9 de la mañana, se encontraron los ejércitos. Venían desde Barinas por el camino de Calderas, y los fríos

cordilleranos habían hecho estragos entre aquellos hombres acostumbrados a los calores del llano. El coronel José Félix Ribas comanda la tropa republicana que busca con la seguridad del triunfo, a los españoles: son capacheros y merideños, son cucuteños y reinosos que han tenido tiempo suficiente para entender por qué pelean y cuentan con la moral más alta de los que consideran que con ellos está Dios y la razón de la patria libre.

Entre los frailejones del Llano del Ataque, en Niquitao, se empezó a definir la campaña de 1813, y los realistas encontraron las primeras muestras de que los hombres americanos estaban dispuestos a la lucha desigual contra los invasores, hasta encontrar la luz de la independencia total y la alegría de la patria nueva y soberana.

DESPUÉS DE LA BATALLA. 3 DE JULIO DE 1813

Amanece en la población de Niquitao, corazón de los andes venezolanos. Hay mucha gente en las calles, y aun se escuchan los cantos patrióticos de la noche de fiesta y alegrías. Las humaredas se levantan al cielo, mientras que los paisanos ofrecen el café mañanero a los soldados de José Félix Ribas, que ayer dieron la pelea en el campo de Tirindí y espantaron al león ibérico en veloz correría por los atajos de Calderas y Santo Domingo. Entre ellos, el más alegre de todos, es el joven comandante José María Ortega Nariño, quien recibió su bautizo de fuego en los desfiladeros de la montaña. En improvisados mesones en la plaza se organizó el juicio a los prisioneros españoles.

En la plaza se agruparon los prisioneros y fueron presentados ante un improvisado tribunal de guerra; capitanes y sargentos españoles con caras asustadas extienden sus miradas hacia las calles del pueblo que muestran a los soldados vencedores en feliz descanso, junto a las humaredas que se levantan al cielo. Se presenta un muchachón como de unos 20 años, dice llamarse José Jiménez Sánchez, que nació en Cádiz y que ha servido al ejército del rey desde los tiempos de la invasión de Monteverde. Aquel

prisionero, cuenta que vinieron por Calderas con el comandante José Martí unos ochocientos hombres, y que la gente de Barinas, en su mayoría, anhela un gobierno libre e independiente; en su pálido rostro, se dibuja una falsa sonrisa, le tiemblan los labios; ha jurado decir todas la verdades pero se acorrjala ante la mentira para tratar de salvar su vida. Después de firmar su declaración, expone que siempre fue un hombre adicto a la libertad de América, y que esperaba una oportunidad para pasarse al campo patriota; que durante la batalla no mandó a sus soldados para hacer descargar algunas y que quiere se ponga esto en su declaración para que sirva de defensa a los cargos de los que se le acusa.

Aquel joven español no sabía que unas dos semanas antes se había firmado el decreto de guerra a muerte en Trujillo y que, aunque sus esperanzas fueran muchas, al final no valdrían de nada para salvarle. Unas horas después, sonaron los disparos del pelotón de fusilamiento que cortaron los sueños de los oficiales españoles capturados en la batalla en el Llano del Ataque, más arriba de Niquitao.

PARTE DE GUERRA. 4 DE JULIO DE 1813

Desde Niquitao, José Félix Ribas escribe el parte de la batalla para el Libertador, en el que le dice: «Señor general, hallándose acampada mi división la noche del 30 en el sitio llamado la Boca del Monte, recibí parte del teniente de Niquitao, en que me avisaba la salida que habían hecho los enemigos al sitio de La Vega». Era el segundo día de descanso, y alegrías jubilosas para la tropa que había salido airosa del combate del llano de Tirindí. El valeroso José Félix se extiende en detalles del antes y después de la batalla, y se lisonjea en contar los premios del esfuerzo de sus hombres: «Cuatrocientos cuarenta y cinco prisioneros, cuatrocientos cincuenta fusiles, sesenta sables, ciento sesenta tiros de cañón, veinte y seis mil cartuchos de fusil, dos mil seiscientas piedras de chispa, doscientos cincuenta cartucheras

con sus fornituras, siete cajas de guerra sus ollas de campaña y sus bagajes. Todo ha caído en nuestras manos».

Al final de la narración le dice: «Mañana pienso seguir a Boconó y de allí marcharé sin dilación a Guanare a incorporarme al grueso del ejército». Aquel día, en las calles de Niquitao, seguían sonando los cantos patrióticos; la gente brindaba a los soldados y se preparaban los asados y sancochos con apio, papas y guajes de la serranía trujillana.

LLEGARON LOS GUERREROS. 5 DE JULIO DE 1813

Llueve y llueve en el valle del río Boconó en las alturas trujillanas; es 5 de julio de 1813. Por todos estos caminos, se movieron los ejércitos republicanos que luchaban por la emancipación. Vinieron desde Trujillo y siguieron por el camino de Guanare; llegaron desde Mérida por la cuenca del Burate y contramarcharon para dar la pelea en la pequeña explanada de la columna, más arriba de Niquitao ¿Qué tenían aquellos hombres para el tránsito y su logística? Casi nada ¿Qué facilidades había para sus movimientos? Pues no será malo decir que muy pocos eran los recursos: malos caminos, ríos crecidos, neblinas, humedades y muy pocas condiciones para las pernoctas y la alimentación. Todos conocemos las crecientes del río por estas épocas de tantas aguas, y no podemos encontrar explicación para el paso de tanta gente con tan poco caballos, pesados cañones, fusiles y pólvora para prender las mechas de la libertad ¡Dios! es como un cuento, pero sabemos que fue verdad, que existió José Félix con su melena de león y el gorro frigio, que desafió el poder español y lo venció, y que un día de julio de 1813 los boconeses vieron desfilar por sus calles a los hombres que fueron a Tirindí a demostrar que Dios estaba con la razón y la patria.

Salió la gente hasta las afueras del pueblo para recibir a la tropa invicta que venía de Niquitao; por estos lados ya todos sabían del triunfo

en el combate de Tirindí; sólo que ahora querían saludar a los vencedores y admirar las reliquias tomadas al enemigo. José Félix es todo un león rugiente de emociones y valentía, de abundante cabellera; viene entre sus soldados, conversa con todos y saluda, con su gorro frigio, que lució como emblema de libertad en la batalla; vienen también el maracaibero Rafael Urdaneta, el liberal español don Vicente Campo Elías, y un poco más atrás, montando un macho grande de patas embarrialadas, el muchachón de Bogotá, José María Ortega Nariño. Ahora son muchos más de los que fueron a la palea; a ellos se han sumado los prisioneros que han abrazado la causa republicana: desmontan en la plaza, conversan con la gente, entran en la iglesia y reciben cariños, tragos de café, chimó y aguardiente de los pobladores; más tarde, siguen el camino hacia La Sabana que los llevará hasta Los Pantanos para ir a pernoctar en el lugar de la Boca del Monte, en donde unos días antes había quedado una guarnición en espera de la retaguardia del Ejército Libertador para seguir la marcha hacia la gloria de la emancipación.

CAPÍTULO II

Segundo viaje por la cordillera

Cuando se supo del alzamiento de los oficiales y soldados en Cádiz aquel 1º de enero de 1820, Bolívar adivinó que vendrían nuevos tiempos, y hasta escribió que «Pronto los españoles cambiarán sus políticas de guerra y vendrán para conversar». Después de la campaña de Nueva Granada y la exitosa ganancia de todos los territorios del virreinato de Santa Fe, el ejército republicano era una fuerza poderosa, y Bolívar un líder con autoridad dentro de su oficialidad así como entre sus enemigos; el llamado ejército expedicionario español estaba disminuido, y don Pablo Morillo había perdido el empuje de sus primeros años en América.

Desde que llegaron los primeros jinetes a Táriba y San Cristóbal, para conversar sobre un posible armisticio por julio de 1820, la estrategia de los patriotas fue avanzar todo lo posible para tomar territorios importantes, y que cuando se encuentren los comisarios para el diálogo quedar bien parados para todo lo que viniera; tal vez se escucharía entonces decir a nuestro Libertador: «Llegaremos hasta Trujillo por la serranía». Era la provincia trujillana una región con muchas condiciones propias para resistir, ubicada en la frontera de las tierras montañosas, con acceso a los Llanos, y hacia Maracaibo por la laguna; tenía buen clima y pueblos que podrían servir para establecer guarniciones de seguridad y permanencia por si llegaban tiempos de paz y también, por si

era necesario, seguir la campaña hacia la provincia de Caracas. Bolívar que había permanecido en la comarca trujillana más de dos semanas durante la campaña de 1813, conocía la región y sus caminos; también recordaría que bajo estos cielos fue bien recibido y su gente patriota siempre apoyó los avances por la libertad.

En una táctica de engaño, le escribió al jefe español para decirle que iría con su ejército por los llanos de Guasualito hacia San Fernando donde estaría esperando a los comisionados, y casi de inmediato, autorizó la marcha de los batallones para La Grita en ruta hacia los páramos merideños. Bolívar con su comitiva salió de San Cristóbal el 27 de septiembre de ese 1820 al amanecer, siguiendo el itinerario: Táriba, Mesa de Aura (Campo del Aura), El Zumbador, La Angostura, La Grita, Páramo de la Negra, El Delgadito, La Playa, Bailadores, Estanques, San Juan, Ejido y la ciudad de Mérida, donde entró el día 1º de octubre. Desde Mérida, escribe cartas para Santander, para el jefe del estado mayor y firma las órdenes para sus hombres que, con la vanguardia, siguen avanzando hacia las altas montañas. El día 4 de junio, Bolívar pernocta en el pueblo de Mucuchíes, y su siguiente posada es en Timotes. Fue una marcha muy rápida para presentarse en Trujillo causando una gran sorpresa a las fuerzas enemigas.

MISIÓN A NIQUITAO Y BOCONÓ. 6 DE OCTUBRE DE 1820

Bolívar pernoctó en Timotes, y muy de mañana se organizó la marcha por el camino que sigue paralelo al río Motatán montaña abajo. Después de La Raya, el andar se hace lento por el ascenso; es necesario transmontar la cordillera para llegar al hermoso valle del río Bomboy. Después de San Pablo, por entre suaves hondonadas, se llega a Mendoza, un viejo pueblo donde se asentaron los encomenderos en los tiempos de la llegada de los españoles. La mirada se encuentra con los verdes de la agricultura en tierras fértiles, potreros para los caballos y las reses, y altas montañas sin vegetación que

se levantan cerca del cielo. Desde Mendoza se emitieron órdenes para arreglar la llegada del Libertador a Trujillo, y se comisionó al ciudadano J.J. Maldonado para pasar a los pueblos de Niquitao y Boconó, a procurar ganados y toda especie de víveres para el ejército.

En una carta firmada por Pedro Briceño Méndez, secretario de Bolívar, le menciona: «Los víveres serán recogidos sin excepción alguna y a sus dueños se les dará un recibo para su pago, pues todo será satisfecho». Más adelante, le recuerda que es un hombre de su confianza y en sus manos pone la suerte de la manutención de la tropa: «Todos los jueces y autoridades de los pueblos auxiliarán a usted, esta comisión producirá grandes beneficios, pero es ahora mismo». Había que pensar en las ofertas de paz y mientras tanto preparar a los hombres con sus caballos por si viene la guerra.

CAMINO A TRUJILLO. 7 DE OCTUBRE DE 1820

Amaneció en Mendoza un día nublado y con mucho frío; desde la madrugada se han escuchado ruidos de mulas en las caballerizas. Después de un café amargo salen los hombres al camino real entre las neblinas; el padre Rosario vino con su enorme cruz de madera para bendecir la caravana, y más abajo, en la hacienda El Cucharito, ya estará listo el desayuno de arepas, cuajada y caraotas con carne que han preparado para tan especial transeúnte. La ruta los llevará por Valera, paso del río San Genaro, Sabana Larga, Pampanito, Tucutuco, Moco y la ciudad de Trujillo.

Bolívar se detiene en Valera, y en Sabana Larga revisa el terreno y sus alrededores, con la intención de una batalla en donde puedan actuar los caballos de sus guerreros, los afamados lanceros de pantano de Vargas y Boyacá, que son una punta de lanza y cerrojos para enfrentar al ejército de Morillo. Con la tarde noche, entra a la calle principal de Trujillo; hay mucha gente para recibirlo. La vanguardia hace dos días que pasó en persecución de los escuadrones de Miguel de La Torre; se han

presentado tiroteos en el camino de Mocoy a Santa Ana; la posada para el Libertador es en la casona de la calle arriba, residencia de don Jacobo Antonio Roth y doña Teresa Briceño de Roth.

LAS PRIMERAS ÓRDENES. 8 DE OCTUBRE DE 1820

Bolívar amaneció en la ciudad y ha dictado cartas para varias personas. Al vicepresidente le dice: «Estos bellos países están exaltados de placer al verse rescatar por las armas de Colombia y todo nos promete que la campaña del año 20 será como la del año 13, que por todas partes marcó la victoria». Desde que salió de Táriba, habían transcurrido menos de dos semanas. Fue una marcha rápida por Mérida y la serranía; no muestra cansancio, y al contrario, se multiplica para la organización de todos los frentes: Nombra al coronel Cruz Carrillo gobernador político y militar de Trujillo, envía al teniente coronel José Rafael de Las Heras hacia Boconó para establecer la guarnición y vigilancia en el camino hacia Guanare y Barinas, comisiona los baqueanos para recoger ganado en los llanos del Cenizo, prepara los aposentos para un hospital de campaña, va a la iglesia matriz para santiguarse, y habla con el vicario el padre Ignacio Briceño, arregla lo referente al equipaje del ilustrísimo obispo de Mérida de Maracaibo que acompañaba las tropas españolas.

Al coronel Gómez, uno de sus mejores oficiales le da instrucciones: «Acampe usted en un lugar en que haya buen pasto para las bestias y que su partida sirva de avanzada del ejército, que si Santa Ana es buen puesto y hay pasto será el mejor y que mande dos o tres espías diariamente donde el enemigo para que traigan noticias detalladas de la situación». Era una máquina con mil resortes para accionar, mantenía pies de plomo y mente clara para dictar y organizar todas las actividades.

MARCHA POR LA CORDILLERA. 9 DE OCTUBRE DE 1820

Dos días después de haberse llegado a Trujillo, Bolívar encarga de la gobernación de Trujillo al coronel José de la Cruz Carrillo, y de una vez le dicta las instrucciones que más bien parecen un plan de

gobierno: «Sus primeras y más urgentes ocupaciones son: organización política y de las rentas de la provincia, las subsistencia del ejército que exige medidas eficaces, la remonta de la caballería, el establecimiento del hospital y el arreglo de los postas son los objetos esenciales y de su trabajo constante».

Era necesario preparar la alimentación en el tránsito de las tropas que se estaban moviendo desde Cúcuta, unos tres mil hombres componentes de los batallones Bogotá, Anzoátegui, Tunja, Vargas y tiradores de la guardia; su adaptación y mantenimiento eran las tareas más preocupantes en la mente del Libertador. En las órdenes de aquel día para el estado mayor, dice: «Que de ahora en adelante las marchas sean con mucho cuidado y con los descansos necesarios». Por aquellos primeros días Bolívar casi siempre estaba dictando cartas para responder a las complicaciones de la campaña. Aquel día leyó la correspondencia de Páez en la que le da cuentas de la respuesta de un coronel español que quiso sobornarlo para la causa realista, y entre otros elogios le dice: «Aplaudimos la contestación que usted ha dado al comandante de Guadarrama y le informa que envié hacia su cuartel en misión especial al edecán Diego Ibarra con instrucciones de boca para evitar confiscaciones en la ruta».

EL CAMINO MÁS CORTO. 10 DE OCTUBRE DE 1820

Desde Trujillo, Bolívar organiza la campaña y envía postas a todos los frentes; la ciudad ha tomado mucho movimiento por estos días; se requieren baqueanos, concedores de los caminos, buenos jinetes y de alta responsabilidad; en las encrucijadas se han instalado las fraguas para hacer los casquillos y acomodar las lanzas; desde la casona de la calle arriba despacha el Libertador; a cada momento salen los hombres con las órdenes; ha enviado al edecán Ibarra hacia los llanos en busca de Páez, y sin embargo en otra carta le dice: «Necesito saber a punto fijo qué día se moverá usted, qué marchas más o menos piensa hacer, qué número de tropa lleva, infantería,

cuantas armas, ganados, caballos, municiones y bagajes; necesitamos noticias desmenuzadas que las remita luego luego, y que las traiga un edecán bien montado de confianza», y le da una recomendación: «El camino de Santa Bárbara es el más corto».

¡Dios Santo! Había que andar desde Achaguas muchas leguas hacia el piedemonte, cruzando ríos y sabanas; en Santa Bárbara de Barinas tomar la ruta de Mucuchachí, después hacia la población de Canaguá, avanzar por los pueblos del sur de Mérida para caer a San Juan de Lagunillas y la ciudad de Mérida; desde allí, pasar el páramo de Mucuchíes y por Mendoza, acercarse hacia las tierras trujillanas: una enorme lejanía, misiones casi imposibles. Por allí venían las madrinas de ganado; hoy sabemos que fue verdad, y que las órdenes se cumplían porque ellas iban envueltas en la vida de los hombres que volaban sobre las patas de sus caballos para darles cumplimiento y acercarse, en cada momento, más a la liberación de la patria.

UN RUEGO A DIOS Y UN TIRO A LA MONARQUÍA. I I DE OCTUBRE DE 1820

Hasta hoy, no se sabe nada de los españoles. En el cuartel general de Trujillo, se trabajaba para la guerra, mientras se espera que aparezcan de un momento a otro los hombres con banderitas blancas enviados del rey. Nadie descansa, y la presencia de Bolívar pareciera que mueve los resortes de la gente de todos los frentes. Ayer llegaron los enviados a El Cenizo, con las madrinas de ganado que, ubicadas en improvisados corrales, estarán disponibles para la matanza.

El Libertador planea visitar los pueblos de occidente para controlar las guarniciones, organizar el sistema de postas, vigilancia y comprometer a los curas y alcaldes en la recolección de granos, víveres y bestias para la remonta. Le escribió una carta larga al general Bermúdez que comanda el frente oriental para que se prepare para avanzar sobre Caracas pues él dice que si Morillo

se mueve hacia Calabozo y San Carlos estará desguarnecida la capital y será presa fácil para tomarla por el ejército de Oriente. Desde esta lejana ciudad de los andes, el hombre de las dificultades mueve los hilos de sus alfiles sobre el tablero, no descansa, y como es un jefe de palabra, obra y oración, le escribe al presbítero Dr. Antonio Yanes, y endulzándole la píldora lo compromete en la lucha del pueblo contra la monarquía: «Me he enterado que el ilustrísimo señor obispo lo ha encargado a usted de las vicarías de La Grita, San Cristóbal, Cúcuta y Pamplona con las facultades necesarias para el socorro espiritual de los habitantes; aplaudo que la elección haya caído en usted, que es una persona distinguida por su patriotismo y virtudes; esperamos que corresponda con su influjo a la confianza que hace el gobierno a los sentimientos de usted». De esta forma, Bolívar le echaba un tiro a la monarquía y una rogadita a la Iglesia que desde siempre había estado de lado de la dominación europea

CAMINO A SANTA ANA. 12 DE OCTUBRE DE 1820

Muy de mañana traen las cabalgaduras; Bolívar se ha levantado muy temprano. Mientras saborea el café, impone las órdenes a sus oficiales, dicta una carta para el gobernador de Mérida, sale a la calle y saluda al escuadrón de caballería que le acompañará en el viaje a Carache y los pueblos del occidente. La estrategia de la campaña indica que es necesario tener el control de las poblaciones vecinas: Carache, por mirar hacia las tierras de El Tocuyo; Betijoque, es baluarte sobre las zonas bajas del lago; y Boconó, camino obligado hacia Guanare y Barinas. La presencia del Libertador en Carache es importante para mostrar sus fuerzas y marcar los territorios como propios; era como asomarse a las puertas de la provincia de Caracas y latirle a sus enemigos: «Aquí estoy sino me han visto», pues en algunas oportunidades de la guerra vale mucho el escándalo para amedrentar.

La caravana de jinetes baja por el camino junto al río Castán hasta donde se junta con el Mocoy, y sigue en suave ascenso entre los cañaverales; después, el camino se vuelve escabroso y empinada la cuesta hasta la cima de las montañas marcadas por las blancas ramas de los yagrumos; arriba hay una larga travesía desde donde se miran otros cielos, tierras secas de cactus y cujíes; a la izquierda, una cuchilla poblada con casitas de paja. Santa Ana es mitad de camino entre Trujillo y Carache; desmontan para saludar las avanzadas que ya tienen las brasas prendidas y las costillas de res adobadas para la comitiva. El Libertador desde su descanso llama al secretario Pedro Briceño y le dicta: «Santa Ana 12 de octubre de 1820. Al cura y alcalde de Carache, avisándole que su excelencia va mañana, que tengan reunido al vecindario para las doce del día que llegará el Libertador, pues quiere hablarles personalmente. Dios los guarde muchos años».

¡VAMOS, CARACHE! 13 DE OCTUBRE DE 1820

La marcha de la caravana de jinetes es lenta, van bajando, han partido con la cruz del día, desde Santa Ana. En la mañana sirvieron guajes sancochados con queso y una sopa gruesa de caraotas, arepas de maíz pelado y café endulzado con las panelas de los pequeños valles del río Mocoy, donde crecen las cañas de tallos gruesos y succulentos. Adelante van con vistosos uniformes una docena de húsares de la guardia; después, viene la pesada; Bolívar anda a pasitrote en su mula prieta pensando en las cosas de la guerra y preparando el terreno para las negociaciones de paz con los hombres del rey.

Ya se vislumbraban las vegas del río Carache, playa grande de rocas blancas y grisáceas que se esparce entre los verdes intensos que contrastan con los cerros sin vegetación. Carache siempre fue monarquista. Aquel mediodía han salido algunos paisanos para saludar al visitante; los principales, se fueron atrás de la tercera compañía de los españoles que pasaron hace ocho días en desbandada; en el

centro del poblado sobresale la pequeña torre de la iglesia bajo la invocación de San Juan Bautista y, al frente, una cuadra de sabana limpia con algunos cujies de amplia copa que sirven de paraguas a la tropa. Es más de mediodía. Bolívar, después del descanso, sale a la plaza para hablarle a la gente que se ha agolpado en las encrucijadas de la iglesia: “Salud mis amigos, un ejército de paz está entre ustedes para darles la independencia, Caracas vera bien pronto un acto de justicia, volviendo nuestros enemigos a su patria y la nuestra a sus hijos. La paz o la victoria nos dará el resto de Colombia”. Con el atardecer el Libertador convida a los coroneles de caballerías Julián Mellado y Juan Gómez para subir hasta el sitio de la batalla de Agua de Obispos, donde el valeroso Atanasio Girardot batió a la tropa española en la campaña del año 13 y así, podrán asomarse más allá de la serranía y, ¿por qué no?, disfrutar de un buen baño al aire libre entre las aguas oscuras de la quebrada del vino que es punto obligado para el refresco de los transeúntes.

UN INDIO GUERRILLERO. 14 DE OCTUBRE DE 1820

Aquel sábado, muy temprano, llegó la correspondencia. El Indio Reyes Vargas sigue muy activo con la guerrilla para divertir a la tropa española por los lados de Cubiro, Quíbor y El Tocuyo. Dice O’Leary en sus memorias: «A pesar de su oscuro origen, el indio era grande en el territorio occidental, y su natural sagacidad hacía muy valiosa su participación; fueron muchos los episodios en que el coronel Vargas con su gente acosó la retaguardia del ejercito realista».

Desde Carache, aquella mañana, Bolívar le da instrucciones: «Deseo que venga a mi cuartel de Sabana Larga que es el único campo militar que representa ventaja para una batalla decisiva». Se puede entender que el Libertador le dice que se mueva desde Carora y Siquisique por el camino de Monay para evitar quedar cortado por las fuerzas españolas; después del mediodía, el secretario Pedro Briceño Méndez, cumpliendo órdenes, le escribe al cura de

Burbusay: «Se le comunica al Padre Antonio Durán que mañana irá allá su excelencia». Y de una vez informa al sacerdote Vicente de León, de Boconó, y al comandante que pasado mañana Bolívar ira a esa población y que estará de regreso a la capital trujillana el martes 17, entre las 2 y 4 de la tarde.

UN BAILE EN BURBUSAY. 15 DE OCTUBRE DE 1820

El camino de Carache a Burbusay transcurre por tierras secas y vegetación xerofítica. Al dejar el río, la caravana de jinetes sigue junto a un arroyo de aguas grises y abundante sedimentación; a veces la ruta se convierte en lecho de piedras finas y granzones de la quebrada Miquía; más adelante, el paisaje se abre entre mesetas formadas por siglos de erosiones, lugar de fértiles suelos que serán áreas de alta producción agrícola.

Bolívar llegó a Burbusay después de las 4 de la tarde, saludó a los paisanos, conversó con el padre Durán y se dispuso que, después de la comida, se daría una velada en la casa de teja frente a la plaza, y que estaban invitadas muy especialmente todas las damas del pueblo; es memoria oral de los vecinos que Bolívar participó del baile hasta después de la medianoche. Sabemos también que el pueblo fue sitio de pernocta en la ruta hacia Boconó, enclave importante —así como Tostós y Niquitao—, para la ubicación y mantenimiento de batallones patriotas. El Libertador había encontrado en estas regiones los mejores y más amplios espacios para la ubicación de sus hombres: buen clima, pasto para los caballos y abundantes baticimientos para la tropa.

EN EL JARDÍN. 16 DE OCTUBRE 1820

Amaneció el lunes luminoso, y con mucho viento en este pueblo de Burbusay. Los papeles más viejos hablan de Burrosay, Buruçai, Buruzai, hasta adoptar la actual grafía. Por estos mismos lugares, pasó en comitiva el obispo de Caracas don Mariano Martí unos

43 años antes en visita pastoral, y para llegar a Boconó siguió por el camino real de San Miguel, un pueblo de indios donde existe, desde hace más de 400 años una iglesia de muy buena construcción con arquitectura en forma de cruz con paredes de mampostería y techos de buena madera cubierta de tejas. Es muy posible que fue esta la ruta seguida por Bolívar; subieron hasta la llamada puerta del páramo, El Molino, San Miguel, El Río, La Loma y después de un suave descenso, se llega a Boconó por la parte alta.

Los vecinos salieron con arcos de guafas (bambú) y flores para recibirlo; allí estaba su viejo amigo el padre León, quien había actuado en la campaña del año 13 como capellán espiritual del ejército republicano. Era la segunda vez que estaba en este bonito pueblo al que en una conversación informal con los lugareños había llamado “El Jardín de Venezuela”. Por la noche restituyó en su cargo al alcalde José Antonio Briceño, y como era su costumbre le acomodó un plan de gobierno: «Le encargo la recolección de víveres para el batallón que va a venir aquí, los cuales serán abonados dando cuenta al gobernador de la provincia; estos víveres deben recogerse de aquí, Niquitao, San Miguel y Tostós y que se recojan también las bestias. Que embarguen los bienes de los emigrados con el enemigo y que la propiedad de todo el que no se presente en 15 días, se confisque a favor del estado». El frío de la cordillera se siente fuerte, las neblinas han llenado la plaza, mañana será otro día, hay que reemplazar algunas mulas, el camino es largo, iremos por el páramo de La Cristalina.

AGUAS CRISTALINAS. 17 DE OCTUBRE DE 1820

Hoy madrugaron todos porque el trecho entre Boconó y Trujillo es largo y no puede haber dilaciones que atrasen la llegada. Para Bolívar no es nueva la geografía y sus obstáculos naturales; ya en

1813 había pasado por aquí pero en sentido contrario; el obispo Mariano Martí dice que son unas 14 leguas, una distancia larga para una sola jornada. Además, el camino es escabroso y en ascenso fuerte hasta el llamado Páramo del Atajo, donde corren las quebradas de aguas cristalinas. Hace casi una semana que salieron en recorrido por los pueblos que dan al occidente; la presencia del Libertador es primordial para el cumplimiento de las órdenes; su figura y su palabra son documentos o aval de cumplimiento. Pasaron San Jacinto como a las 4 de la tarde, y llegaron a la ciudad casi con el anochecer. Bolívar se asombra con la cantidad de cartas y correspondencia que ha llegado, y le dice a Briceño Méndez: «Revisaremos todo eso por la mañana».

EN PLENO DESPACHO. 18 DE OCTUBRE DE 1820

Muy de mañana, se reúne Bolívar con su secretario para despachar la correspondencia; son muchas las cartas que han llegado, el coronel Pedro Briceño Méndez se apresura a escribir para la vicepresidencia de Venezuela, y le dice: «Como el Libertador ha estado los seis días últimos recorriendo diferentes pueblos que conducen a occidente y han llegado muchos documentos de usted, apenas he tenido tiempo de dar cuenta a su excelencia y se contestarán después de los que requieren de mayor urgencia».

Aquel día miércoles escribe ocho cartas para los distintos frentes de guerra: ordena a Juan Bautista Arismendi que prepare la invasión desde Margarita, a José Antonio Páez le pide un informe de sus movimientos, responde al gobierno chileno sobre el interés de una alianza estratégica, a Santander le exige el envío de armas y municiones, resuelve problemas domésticos de sus oficiales, hace correcciones sobre las marchas de los batallones por la cordillera merideña, pide ganados que vendrán desde los llanos por Santa Bárbara y Canaguá. No parece que estuviera a la puerta de un ciclo de conversaciones para pactar un armisticio; al contrario, su cuartel

de Trujillo es un hervidero de voluntades con diferentes objetivos y él un director que mueve las notas de una gran obra musical.

UN GOLPE BAJO. 19 DE OCTUBRE DE 1820

Trujillo despierta con el ajetreo de los soldados que mueven los caballos hacia el potreraje en las vegas del río Castán; se cargan pastos y cañas para picar en los pesebres y mantener las bestias en la mejor disposición. Bolívar en la casa de la calle arriba, llamó a Briceño Méndez para continuar el despacho de la correspondencia: hoy ha dictado 17 cartas respondiendo asuntos distintos: la logística para los batallones que llegan, las órdenes para los frentes de guerra, las recomendaciones para la construcción de los casquillos, la organización de la justicia para controlar las fuerzas del mal entre sus hombres y en general un mundo de actividades que, como hormigas, se plantean y se cumplen en la continuidad de la campaña.

En una carta para el vicepresidente se deja ver un hecho curioso que nos muestra que en la guerra todo se vale y que las trampas también caben hasta en la correcta visión que tenemos del Libertador. Por aquellos días había mucha deserción de soldados y oficiales realistas, y Bolívar planea un golpe demoledor para debilitar a los españoles; la carta dice: “Mucho ganaríamos con la seducción de 3 o 4 jefes de importancia, Linares nos dijo en San Cristóbal que en caso de considerarse perdida la campaña y no querer hacer la paz, ellos tienen el recurso de embarcar para Panamá la estructura del ejército expedicionario y remplazar la totalidad de sus fuerzas con los criollos que darían un golpe de mano”. Eran las triquiñuelas de la guerra, los mensajes por lo bajo con palabras de engaño para mover la voluntad de los hombres que en aquellos días habían perdido la fe en un rey lejano que no cumplía con las aspiraciones de la gente. Bolívar concluye su

recomendación: “Si logramos convencer a estos guerrilleros, será más fácil agitar su defección”.

CON OLORES DE TRAPICHE. 20 DE OCTUBRE DE 1820

Dice el secretario Pedro Briceño Méndez: «Su excelencia ha querido hoy salir a recorrer los pueblos vecinos a la laguna, una de sus mayores preocupaciones es asegurar los víveres y el ganado para alimentar al ejército en los días que vienen». Muy de mañana, salen de la ciudad de Trujillo, los acompañan un grupo de oficiales y unos 40 húsares de la guardia. En Sabana Larga se paran un buen rato; Bolívar explora la meseta de poca vegetación arbórea; después hay un pronunciado descenso antes de pasar el río para seguir por el camino hacia Valera, un caserío alrededor de una iglesia que se empieza a construir bajo la advocación de San Juan Bautista.

Los cañaverales ocupan casi toda la amplia meseta, y desde los trapiches se levantan los dulces aromas de los dulces de las cañas. La caravana se detiene antes de seguir a Escuque; Bolívar escribe una carta y ordena que: «Una partida de cazadores a caballo a cargo de un buen oficial y excelente práctico vayan al lugar de las Piñas donde aseguran que hay de mil a mil novecientas reses, que todo se traiga y que se hagan esta correría con prontitud y reserva».

PONGAMOS ORDEN. 21 DE OCTUBRE DE 1820

En Escuque esperaban al Libertador con voladores y recámaras; un arco con flores y carruzos armaron los vecinos en la esquina de la plaza junto a la vieja iglesia que existe bajo advocación del niño Dios. Bolívar anda en romería de paz y convencimiento sobre la gente para llevarla a apoyar la campaña libertaria y, sin embargo, no pierde tiempo para enderezar entuertos y dictar las normas aplicando la justicia necesaria. Le escribe al gobernador: «Estoy enterado que aquí no se han preparado en suficiente cantidad de víveres para los batallones en tránsito y que han sido muy mal asistidos, que tampoco

han comunicado a estos pueblos la proclama para la libertad de los esclavos que tomen las armas, no se ha publicado la orden para la organización de la milicia, que la posta está muy mal establecida y en fin que se está perdiendo el tiempo en el arreglo de la provincia». Les jala las orejas a los mandamases y los obliga a entrar en la ley, que se confisquen todos los bienes de los que emigraron. Y cierra la carta diciendo: «Estamos resueltos a castigar los jueces de tránsito si no cumplen su deber, pues el gobierno paga todos los gastos del ejército libertador».

EN BETIJOQUE. 22 DE OCTUBRE DE 1820

Con la tarde noche del día de ayer, llegó Bolívar a Betijoque. Es la primera vez que viene a esta población que es un balcón de muy buen clima para mirar hacia las tierras planas que dan hacia la laguna. Aquí deben pernoctar todos los que camino a Maracaibo bajan hasta el puerto de Moporo para embarcarse. Por aquí paso corriendo don Ramón Correa en la campaña del 13, y hace poco el obispo Lasso de la Vega también huyó hacia la ciudad de Maracaibo. En el transcurso de este día, atraparon al ladrón que desde hacía varias semanas había desviado el tránsito con una fuerte suma de dinero enviada desde Cúcuta para los gastos de la campaña; cuatro días antes desde Trujillo Bolívar le escribe al jefe del estado Mayor y sus preocupaciones son siempre el bienestar de la tropa que viene avanzando por la cordillera, y en una parte de la correspondencia dice: «Aun no se sabe dónde están los 20 mil pesos que vienen con el capitán García y que hacen tanta falta».

Pues bien, desde Betijoque Pedro Briceño informa: «Que se encontró ayer el dinero en Sabana Larga, que se forme un proceso sumario de la conducta de los capitanes Eliechea y García para que sean juzgados, en tanto su excelencia sea dado por enterado de las faltas que ellos han cometido». Había que pensar en un armisticio y en las vueltas del enemigo, había que organizar la compañía para

atacar si las negociaciones fallaban y, también, habría que andar extirpando la corrupción y poniendo orden entre los propios, que en muchos momentos no terminaban de entender que se estaba creando una república soberana.

UN TAL MONGO. 22 DE OCTUBRE DE 1820 (II)

En días pasados fueron enviados a los llanos de El Cenizo algunos prácticos junto a cazadores de a caballo para revisar la existencia de abundante ganadería y que sean traídas las reses pronto o como dice el Libertador luego luego, con prontitud y reserva. Entre los que llevan la comisión, existe un tal Mongo que se menciona en la correspondencia desde Betijoque, y que sin seguir las instrucciones ha causado tropelías entre los propietarios. Bolívar le dice al gobernador: «Tengo mil quejas contra Mongo por el mal uso en estos lugares de la comisión que se le confió, que se haga una investigación para asegurar que ha desfalcado al gobierno, me dice el comandante del Cenizo que Mongo cargó la primera vez con 32 reses y 20 bestias, y después llevo 40 reses y 10 bestias, que también ha pedido dinero al comisionado sin saber para qué ha matado varias reses y 7 cabras, que se haga una sucinta información porque estamos resueltos a castigar a Mongo con el ultimo rigor si es culpable y a los comisionados de justicia si resultan calumniadores».

Había llegado el momento en que el ejemplo estaba en la casa y era necesario poner orden para pisar firme en el nuevo andar republicano.

LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS. 23 DE OCTUBRE DE 1820

Dice Pedro Briceño Méndez: «Su excelencia hoy ha querido llegar hasta los márgenes de la laguna y observar el punto de embarque, ayer nombró al ciudadano José Ascensión Montezuma comandante para la defensa de los tres puertos de la laguna: Gibraltar, La Ceiba y Moporo». Muy de mañana, el grupo de jinetes inicia el descenso

por la travesía de la Vichú, siguiendo el camino que lleva hasta la gran hacienda «La Ceiba Grande». Bolívar ha querido mirar con sus propios ojos las manadas de vacas y becerros que pastan en los amplios potreros; la finca es propiedad del rey y en ella trabaja numerosa esclavitud que se ha adaptado a estas tierras de climas cálidos y peligrosos.

Durante aquel mediodía, y después de probar las costillas asadas entre las brasas con yuca blanca, el Libertador procede a la confiscación: «La hacienda La Ceiba Grande perteneciente al erario real queda confiscada, los esclavos a partir de este momento quedan perpetuamente libres y, por lo tanto, ciudadanos de Colombia, están comprendidos en este decreto así los hombres como las mujeres y niños con la sola condición que los hombres que puedan usar las armas apoyarán la independencia mientras que estemos en guerra. Dado y firmado de mi mano en el cuartel general Libertador de La Ceiba Grande».

DESCANSO EN BETIJOQUE. 24 DE OCTUBRE DE 1820

El coronel Pedro Briceño Méndez, secretario de Bolívar, escribe para el teniente coronel José Rafael de Las Heras, desde Betijoque, donde han llegado después de las 4 de la tarde, y le dice: «El Libertador está en marcha para Trujillo desde las márgenes de la laguna donde había ido».

Bolívar se ha enterado de los avances del ejército español sobre las posiciones de Carache y prende las alarmas: «Hay que tener mucha cautela hasta enterarse completamente del estado del enemigo a cuyo efecto se mantendrán constantemente los espías que nos instruyan de sus operaciones. Todos por Carora actuarán bajo las órdenes del coronel Reyes Vargas; necesitamos frecuentes informes, si fuera cierta la llegada de La Torre al Tocuyo mantendrá la distracción sobre él, y si se entera de nuevos refuerzos se vendrá usted por el camino más corto a Trujillo». Tarde se enteró Morillo de los

avances del ejército patriota por la cordillera, y la toma de Mérida y Trujillo; había pensado que eran verdad los movimientos por los llanos hacia San Fernando; por eso, en una carta de aquellos días le dice: «Debemos conversar siempre teniendo como base nuestra buena fe en el contrario».

PASADOS DEL OTRO LADO. 25 DE OCTUBRE DE 1820

Después del desayuno en Betijoque, la comitiva se mueve hacia Trujillo. Pasaron Ponemesa, donde algunos vecinos salieron para aplaudir a sus libertadores; todos quieren tocar a Bolívar. Él les corresponde estrechando sus manos y hablándoles sobre la independencia americana; pernoctaron en Valera, donde le llegó la noticia del salto de talanquera de algunos soldados y oficiales de las fuerzas realistas. Le escribe al coronel Juan Gómez: «Dígale al capitán Andrés María Álvarez que será admitido como oficial de la República, que aplaudimos su determinación de venir a informar sobre la situación y fuerza del ejército español y que lo esperamos en todo el día de mañana», y en otra parte de la carta le completa: “Que se manda a venir aquí al capitán Andrés María Álvarez, que lo haga verificar sin falta alguna y le dé los auxilios necesarios para que se presente de inmediato».

La moral de las tropas realistas andaba por abajo y muchos de aquellos hombres americanos ahora miraban al rey Fernando más lejano que nunca, por lo que las desertiones al campo contrario eran numerosas.

UN PASO ADELANTE. 26 DE OCTUBRE DE 1820

Bolívar llegó ayer a la ciudad de una vuelta por los pueblos cercanos a la laguna, y desde temprano, se dedicó a despachar la correspondencia y enviar las órdenes para los distintos frentes; ha dictado 16 cartas. Hoy se ha decidido llamar la atención de los españoles en lo referente a las negociaciones para un armisticio. La última comunicación la

envió hace más de un mes cuando, desde San Cristóbal, le dijo a Morillo que iría para esperar a sus comisionados en San Fernando. Pedro Briceño Méndez, el secretario, envía una misiva para el señor comandante de los puestos avanzados del ejército español: «Que su excelencia el Libertador me manda dirigir a usted el adjunto pliego para el excelentísimo señor general en jefe del ejército español, que espero sea transmitido a su dirección, devolviendo el portador con un recibo para estar seguros de que el pliego quedó en sus manos».

En aquella carta, Bolívar reabre las conversaciones, se disculpa por no poder ir a San Fernando, se lava las manos y de un solo tiro, le suelta las bases para un armisticio; podemos decir que desde territorio trujillano, se escribe la primera comunicación para las negociaciones. Esos pliegos los recibió el jefe español en Barquisimeto unos cuatro días después, y de inmediato activó las marchas y las órdenes para avanzar sobre Carache. Bolívar siempre marcó la pauta, y puso la música para el baile; le gustaba ir adelante, tener la supremacía en todos los momentos.

METIENDO CAÑAS. 27 DE OCTUBRE DE 1820

Bolívar sabe alardear cuando se lo propone y cuando le es útil para manejar los momentos en la guerra; en la carta de ayer para Morillo, le dice que está dispuesto a conversar pero que no es para los patriotas una prioridad, pues estamos en momentos favorables al éxito de nuestra causa; sólo nos preocupa, le dice, lo inmensos gastos que tenemos que hacer para mantener tropas tan numerosas.

Por estos días, hay un estado de alerta en la ciudad; los baqueanos han traído noticias sobre movimientos de los batallones del rey más acá de El Tocuyo; le escribe varias cartas al coronel Reyes Vargas, y en todas le repite que son necesarios los víveres y el ganado: «Sin reses no podrán obrar activamente ocho mil soldados que tenemos reunidos por estos lugares». Hoy sabemos que aquella cifra estaba doblada porque un papel como aquel en manos del enemigo era

más efectivo que una batalla, nunca las tropas que vinieron desde Cúcuta pasaron de cinco mil hombres, de todo se valía en la guerra para amedrentar porque más vale una caña bien metida que una palanca rota.

SAN SIMÓN. 28 DE OCTUBRE DE 1820

Es día sábado, amaneció en la ciudad de Trujillo, un día luminoso y con mucho frío. Bolívar se levanta temprano, saborea un café negro y sale de la casa para estirar las piernas. Siguió calle abajo, lo acompañan el coronel Pedro Briceño Méndez y el capitán Ambrosio Plaza; saludan a los vecinos y toman el camino que, junto al río Castán, lleva hasta el pueblo de San Jacinto; van conversando, descansan un rato en el recodo y regresan para integrarse a las actividades. Es largo el despacho de tantas órdenes que esperan la decisión del Libertador.

Un grupo de oficiales en la esquina de la iglesia lo saludan y le dan sus alegrías y felicitaciones; hoy es san Simón, y seguramente que con la noche tendremos baile. Bolívar, ya en la casa grande, le dice a su secretario: «Hoy es un buen día para premiar al Negro Infante». La misiva dice: «Al coronel graduado Leonardo Infante. Atendiendo a los méritos y servicios de usted, he venido en conferirle el empleo de coronel vivo y efectivo del ejército; mientras se libra el correspondiente despacho, anticipo este aviso para su satisfacción». Por la noche se ilumina la ciudad, y ya se escuchan los cuatros y mandolinas en tonos de alegría para el ambigú que los emocionados lugareños han organizado para el presidente de Colombia.

LA CIUDAD DE CORO. 29 DE OCTUBRE DE 1820

Hoy domingo sonaron las campanas de la iglesia Nuestra Señora de la Paz de Trujillo; hay muchos feligreses que asisten a los oficios religiosos. Bolívar sigue atento a los movimientos de la tropa enemiga; ayer envió dos compañías del batallón Tiradores de la Guardia para reforzar al coronel Reyes Vargas, que permanece en

Carora. Expide órdenes para que, una vez que estén municionados, avancen hacia Coro por Siquisique. La ciudad de Coro siempre fue monarquista, desde los tiempos en que Miranda desembarcó en La Vela con la bandera tricolor; después fueron contrarios en los tiempos de nuestra primera república, y ahora, en plena campaña de 1820, el Libertador aspira sumar la ciudad primogénita al caudal de la república. Bolívar ha proclamado a todos sus frentes: «¡Para llegar muy bien al armisticio debemos tomar la mayor cantidad de territorios!». Aquella expedición a Coro se quedó en el tintero, y en las emociones del genio hasta que el año siguiente Rafael Urdaneta la incorporó a la organización republicana.

RETARDOS DE SIEMPRE. 30 DE OCTUBRE DE 1820

Anoche llegó la correspondencia, y hoy muy de mañana Bolívar transmite las noticias para el vicepresidente de Cundinamarca: «La correspondencia de Angostura del 6 de septiembre contiene noticias muy lisonjeras». Casi dos meses tardaban los postas con sus papeles entre la ciudad del Orinoco y el cuartel general de Trujillo. Aquella tardanza era uno de los mayores dolores de cabeza para Bolívar, que todo lo quería luego luego. ¿Cómo poder comandar cuatro o cinco frentes de guerra con un sistema de comunicación tan precario? En un papel de aquellos días, Bolívar dice: “Tengo 10 semanas sin saber nada de la lucha contra Cartagena”, y en otro: «El general Lara parece perdido entre Valledupar y la Goajira».

¿Cuál sería el afán de un hombre como Bolívar, que despachaba y dirigía la guerra desde una ciudad enclavada en los andes trujillanos, que tenía un vicepresidente en Bogotá y otro en la angostura del Orinoco, y que, además, contaba con un congreso o poder legislativo sesionando y aprobando leyes para la organización de la república, que estaba en contacto con sus comisionados en Europa, que aspiraba tomar Caracas ese mismo año, pero que por sobre todo tenía esperanzas cifradas en las negociaciones de paz? Por estas

razones y dificultades para tener las comunicaciones a tiempo, dictó una circular que entre muchas cosas decía: «Los jueces encargados de posta y conductores de pliegos están sujetos aun a la última pena por la falta de cumplimiento, el suceso de la guerra depende de la rapidez de las comunicaciones y una falta o retraso acarrearía males infinitos a la república».

BUENOS UNIFORMES. 31 DE OCTUBRE DE 1820

En los días de la semana pasada, Bolívar le envió pliegos a don Pablo Morillo, y en ellos le propuso las bases para un armisticio. Hoy, pensando en el éxito de las negociaciones, dando como un hecho la aprobación de aquel adelanto, le escribe al vicepresidente: “Según todas las probabilidades Morillo aceptará el armisticio que él mismo propuso pero bajo mis condiciones y que en el punto número siete dice: «La división del sur conservará el territorio que haya dejado a su espalda en su marcha a Quito y las posiciones que ocupe al momento de la notificación del tratado’, por lo tanto la marcha del ejército debe ser rápida porque nuestras ventajas al acto de ratificar el armisticio influirán altamente en la paz».

Desde la provincia de Trujillo, Bolívar movía los hilos de la guerra y dictaba órdenes que milagrosamente seguían cumpliéndose; tenía una gran fe en su palabra y en el cumplimiento de sus hombres; no tenía aun respuesta de los españoles, y ya estaba acomodando las piezas sobre el tablero. El nivel de organización lo podemos ver en otra carta para el estado mayor general en Cúcuta en la que le dice: «Como ya estarán descansados los hombres que vinieron desde Guasualito, deben seguir hacia este cuartel con los fusiles y las municiones, y que además traigan los paños, sables y botones lo más rápido porque entramos ya en un territorio donde todos deseamos que los oficiales se presenten con decencia». La apariencia y presentación también eran importantes para cuando tocara saludar a los enemigos.

DIFERENCIAS NOTABLES. 1º DE NOVIEMBRE DE 1820

Bolívar envió a don Pablo Morillo unas bases para el armisticio, y quedó seguro y hasta convencido de que los españoles aprobarían aquel primer proyecto. Así lo expresa en la correspondencia a sus oficiales; sin embargo, hoy tenemos el informe del jefe español para su gobierno escrito aquel mismo día, y en él expresa: «El jefe disidente don Simón Bolívar rompiendo su palabra se puso en marcha sobre la tercera división de mi ejército; por este movimiento, ha quedado dueño de casi toda la provincia de Maracaibo, Mérida, Trujillo y una parte de Barinas; desde la ciudad de Trujillo, ha vuelto a escribirme proposiciones inadmisibles que no me creo autorizado a poder aceptar; por otros documentos que anexo podrá usted fácilmente concebir la perfidia de estos enemigos de la nación española, el dolo y mala fe con que proceden; difícil momento para un jefe que como yo no recibe auxilios para contrarrestar las empresas de estos súbditos rebeldes; por sobre todo, marcharemos sobre ellos dispuestos a costa de cualquier sacrificio para mantener la importante plaza de Maracaibo».

Eran los acomodos de las fuerzas: Morillo llegaba retardado al teatro de los acontecimientos, Bolívar estaba contando los pollos antes de nacer, y en los próximos días, se verá que no era tan fácil la reconciliación entre dos bandos que habían asistido a una larga y sanguinaria confrontación.

VIENE MORILLO. 2 DE NOVIEMBRE DE 1820

Bolívar amanece en la ciudad de Trujillo, y desde la mañana está ocupado en la correspondencia a los documentos que llegan y a las necesidades de dictar las órdenes para resolver diversas actividades; hay mucha preocupación sobre el reconocimiento de los movimientos españoles. Briceño Méndez, en carta para el general Páez, le dice: «según los avisos que se han temido hoy el general Morillo

macha de Barquisimeto al Tocuyo con un batallón de refuerzo, ya han batido al coronel Reyes Vargas y tomado a Carora».

Morillo llegaba retardado al teatro de los acontecimientos; había sido sorprendido por los rápidos movimientos de los republicanos, y ahora venía con las intenciones de mostrar sus dientes y exhibir los músculos de los batallones del rey. En la misma carta, el secretario escribe: «El Libertador va hoy a Carache, a hacer observar los movimientos de Morillo y a entrevistar a un parlamentario español que ha traído pliegos». Estaban marcando territorios y estableciendo cotas imaginarias de poder, mostrando fuerza y trotando sus mejores caballos para la fotografía de los espías que en un rato, volarían para contar de la presencia de estos o aquellos en las llamadas descubiertas enemigas.

MOSTRANDO FUERZAS. 3 DE NOVIEMBRE DE 1820

Bolívar llegó a Carache temprano en la mañana. Anoche pernoctó en Santa Ana. En el camino salió mucha gente para saludarlo; entrando al pueblo, estaba el batallón de tiradores en formación; al frente, el coronel Juan Gómez y don Julián Mellado, veteranos de los enfrentamientos contra las tropas selectas del general Barreiro, en Pantano de Vargas y Boyacá. Dicen que vienen los españoles; ahí descubiertas casi sobre Humocaró y los postas llegan volando a cada momento con las notificaciones.

En una carta para el general Páez le informa: «Según los avisos dicen que el general Morillo viene desde Barquisimeto al Tocuyo para reforzar a las tropas de línea, si Morillo avanza quedará sin protección Calabozo, Caracas y Valencia, es el momento para que usted, general Páez, se mueva sobre los llanos centrales amenazando así la capital». En otra carta dice Pedro Briceño Méndez: «Los batallones realistas han evacuado Barinas y Guanare por lo que su excelencia ordena movimientos por Boconó para ocupar aquellas importantes regiones». La campaña estaba en marcha: «Si vienen

de buena fe, conversaremos. Si no es así, este mismo año estaremos celebrando la independencia».

ANTES DE LA DIPLOMACIA. 4 DE NOVIEMBRE DE 1820

Bolívar, desde Carache, responde a los pliegos de Morillo fechados hace cinco días en Barquisimeto; sus palabras son duras para con los españoles y no parece que se estuvieran organizando las negociaciones para un armisticio. El jefe español le ha dicho: «De las proposiciones que usted me ha hecho en las bases de un posible armisticio, algunas no pueden convenir a los intereses de la nación española», y el Libertador le responde: «Usted asegura que algunas de mis propuestas no pueden convenir a los intereses de la nación española, ni se considera autorizado para admitirla, declaro entonces: que si no le conviene a España, menos conviene ninguna de ellas a la nación colombiana, puesto que nuestro único anhelo es expulsar de nuestro territorio a sus enemigos». Después le suelta cosas peores, y le dice: «La monarquía española desea la paz y la unión, y yo le responderé: así como la paz es nuestro más ardiente voto, la unión con la España significa nuestro más cruel suplicio». Los escuadrones españoles avanzaban sobre Carache mostrando sus fuerzas; los jefes intercambiaban mensajes en los que sacaban a relucir sus dientes: eran los movimientos de marcación y respeto en el acomodo propio para entrar en las negociaciones.

MENSAJEROS CON CARETA. 5 DE NOVIEMBRE DE 1820

El parlamentario español detenido en Carache que traía las cartas de Morillo para el Libertador regresó ayer hacia El Tocuyo con la correspondencia. Era el capitán Pascual Real quien había sido sometido por Bolívar a un interrogatorio; estos enviados especiales tenían dobles funciones, y miraban más de lo debido en la recolección de información importante para su cuartel general.

Morillo ya desde El Tocuyo, le informaba a uno de sus oficiales: «En este momento acaba de llegar el capitán Real, y según las noticias que ha adquirido de los enemigos la tropa rebelde es sumamente despreciable, y estoy decidido a abatirlos, pues podrán ser numerosos pero en calidad son muy inferiores; ayer desalojamos al traidor Reyes Vargas de Carora que con un bochinche y doscientos hombres que le mandó Bolívar creyó batir una fuerte columna que le envía aquel punto». Como puede verse estaban en pleno las acciones militares. La inteligencia de lado y lado sacaba sus ventajas; se hacían los movimientos respectivos, y en muchas oportunidades, aparecían hombres con banderitas blancas y en la cintura un puñal amolado por si las circunstancias lo ameritaban.

SOÑANDO DESPIERTOS. 6 DE NOVIEMBRE DE 1820

Bolívar está en la ciudad de Trujillo. Las noticias llegan de los distintos frentes de guerra. El enemigo llegó a El Tocuyo, y sus avanzadas se han asomado sobre Carache. Morillo, en la correspondencia con sus oficiales, dice que trae tropas de primera y muy disciplinadas como para tenerles miedo a los rebeldes. En una carta para el vicepresidente de Cundinamarca, el Libertador le advierte sobre los avances del ejército del sur: «Es necesario llegar a Quito porque si se firma el armisticio cada frente estará ocupando el territorio en que se encuentre»; en efecto, manda a anticipar las órdenes para que el general Valdés no se detenga y marchando, se aumente y se arme completamente; eran muchas las acciones a emprender y consolidar, largas las distancias y variados los actores en aquel teatro de la guerra; por eso, podemos entender cuántas serían las preocupaciones y tenciones para don Simón. En una carta dice: «Duermo poco, de día pienso en la paz mientras organizo la guerra y de noche sueño».

CARTAS DE VOZ. 7 DE NOVIEMBRE DE 1820

Una carta de este día para el general Páez dice: «Anoche ha llegado el edecán Diego Ibarra y ha puesto en consideración de su excelencia el Libertador las reflexiones de usted». Sabemos que Bolívar al llegar a Trujillo, y ante la necesidad de víveres y carne para la tropa, además de otros aspectos importantes en la organización de la campaña, envió a Ibarra con noticias de boca para el general Páez que comandaba el ejército de Apure. Las distancias eran muy grandes, y el riesgo de perder las cartas en el camino hacía necesario usar a los edecanes, hombres de confianza, conocedores de las rutas y sus atajos que llevaban papeles con noticias diversas por si caían en manos del enemigo, pero que habían recibido instrucciones verbales que transmitían personalmente a su destinatario. El coronel Ibarra había salido el 9 de octubre, casi un mes en el ir y volver: por Boconó, Niquitao, Calderas y después machar sobre territorio enemigo para encontrar el general Páez en Achaguas, conversar, discutir, copiar mentalmente y regresar.

Así se evitaban los peligros en la captura de mensajeros; también se aseguraba que las órdenes llegaran a su destino, soldados que ponían en juego su existencia por una nota que llevaban en su conocimiento y en su palabra.

AMENAZA DE MUERTE. 8 DE NOVIEMBRE DE 1820

Han llegado noticias a Trujillo sobre la evacuación de Guanare por las tropas del rey. Bolívar le ha pedido insistentemente a Páez que se mueva sobre Barinas, y el jefe llanero ha puesto achaques: «los caballos no están listos para salir de Achaguas, las crecidas de los muertos del río Apure y el Santo Domingo han hecho imposible los movimientos». Bolívar ha repetido que la posesión de Barinas es muy importante para cuando se firme el Armisticio; ahora es necesario averiguar la verdad y escribe al coronel Fernando Figueredo que es jefe de guarnición en Boconó, y le dice: «Hemos sabido que

el territorio hasta Ospino está libre; debe usted enviar a una persona que traiga noticias de la ocupación de Guanare por nuestras tropas, que vaya usted mismo con cuatro hombres, y en caso de no poder usted mismo pasar mande un vecino a saber lo que desea y se prenda toda su familia advirtiéndole que si no vuelve con las noticias, se le matará su familia». Esta carta firmada por Briceño Méndez causa sorpresa por la amenaza que encierra para seres inocentes; sin embargo, podemos adivinar que se trataba de presiones al coronel Figueredo para que entendiera tal vez la importancia de la misión asignada y el cumplimiento de la orden establecida.

MOVIENDO LOS CABALLOS. 9 DE NOVIEMBRE DE 1820

Hoy, de madrugada, salieron el coronel Ambrosio Plaza y el general Sucre hacia Agua de Obispos, para recibir a los comisionados españoles. Llevan las instrucciones y pliegos para el general Pablo Morillo. Bolívar ha escrito una carta para don Ramón Correa, Juan Rodríguez del Toro y don Francisco González de Linares, donde les dice: «He tenido la satisfacción de saber de su nombramiento para negociar con el gobierno de Colombia un armisticio que prepare el término final de las calamidades de una guerra desastrosa, me felicito por la acertada y sabia elección que se ha hecho en ustedes para llevar deberes tan honrosos», más adelante continúa agregando calificativos agradables para los representantes del rey hasta que, casi al final, les advierte sobre las aspiraciones republicanas: «Los planteamientos del gobierno de Colombia son los más moderados y legítimos, pero si se nos fuerza a la guerra, siempre que la victoria nos sea favorable, nuestras miras se extenderán sobre toda la América».

Por la tarde noche Morillo, desde Humocaro, acusa haber recibido los pliegos de Bolívar y envía la contestación con Sucre y Plaza. En carta para sus oficiales dice: «Yo continúo mis operaciones sobre Carache para llamar la atención del enemigo, pues según las conversaciones con los mensajeros deduzco que estarán planeando

tomar Maracaibo y nuestro movimiento distraerá sus actividades». Se movían las piezas sobre el tablero, se acomodaban las torres para la vigilancia, los alfiles exploraban sus avances y los caballos calentaban sus patas por los caminos de la serranía; mientras tanto, quedaba una luz de esperanza para doblegar a los diablos y entrar en las conversaciones del Armisticio.

DOBLE CONDUCTA. 10 DE NOVIEMBRE DE 1820

Sucre y Plaza escriben desde Agua de Obispos la tarde de este día para informar que no han encontrado a los comisionados españoles y que seguirán camino hacia Humocaro donde se ubican los puestos avanzados del ejército español, advirtiéndole a la vigilancia que van en comisión de paz para que tengan la bondad de anunciarlos, que el objetivo de su viaje es entregar un pliego que su excelencia el Libertador les manda, y quieren saber si tendrán el honor de ponerlo en sus manos o de remitirlo si es que dichos comisionados se dilatan. El general Sucre y el coronel Plaza han ido en misión de paz y tal vez fingiendo desconocer los movimientos de Morillo, mirando más de lo debido con instrucciones de Bolívar para espiar todo cuanto sea posible; la verdad era que los comisionados estaban, para ese momento, en San Carlos esperando las órdenes del general en jefe.

Morillo llegó a El Tocuyo y pretende moverse mañana para estar más cerca de sus enemigos. En carta para sus oficiales, les dice: «La doble conducta del general Bolívar prueba que está muy lejos de convenir con nuestros deseos; por un lado, ofrece relaciones amistosas y por otro ha logrado seducir una buena parte de las tropas que estaban a nuestro servicio; se ganó al indio Reyes Vargas para enviarlo sobre Coro, y si yo no hubiese llegado tan oportunamente todo estaría en su poder». Al parecer, Bolívar convenció a los húsares acompañantes del último parlamentario español, y aquello puso a Morillo furioso y alterado cuando dijo: «La mala fe del rebelde Bolívar llegó hasta su acción

personal para seducir a la escolta del capitán Real». Se usaban todas las armas para picar adelante en la contienda; Bolívar jugaba duro, y con su palabra llevaba ventaja en los campos del convencimiento y la persuasión.

CASTILLOS EN EL AIRE. 11 DE NOVIEMBRE DE 1820

El Libertador permanece en la ciudad de Trujillo desde donde mueve los hilos de los acontecimientos; todo es una expectativa con respecto a los próximos días. Los enviados Sucre y Plaza fueron al encuentro de los comisionados; en una carta con variadas informaciones Bolívar, usando su particular forma de escribir, le cuenta al vicepresidente de Cundinamarca: «Morillo ha venido al Tocuyo, y dicen que tienen 3.000 hombres; he mandado al general Sucre a encontrar a los comisionados españoles, para que les diga que se devuelvan a buscar nuevos poderes si no traen facultades para concluir el armisticio como lo he propuesto; les he escrito colmándolos de elogios y con bellas frases les digo que si no ceden les tomaremos el resto de la América», y termina esta parte con una frase popular «Veremos en qué paran estas misas».

En otro párrafo, dice: «He dejado de contestar algunas cosas, primero porque he estado algo malo y segundo porque tengo la cabeza llena de ideas pacíficas y militares que me atormentan noche y día, porque debe saber que jamás me he ocupado tanto de un negocio como el presente». Bolívar tenía mucha seguridad en su palabra; entonces, podemos especular que por aquellos días esperaba ansioso la oportunidad para poner sobre la mesa sus planteamientos: «Estoy contento también porque acaba de llegar el general Urdaneta ya restablecido de sus males y será mucho lo que me aliviará en la organización de la campaña y en las negociaciones; sumando las fuerzas españolas que están en San Carlos, Ospino, Calabozo, Valencia y Cumaná pueden llegar a 10 u 11 mil hombres, y lo peor es que todos están muy disciplinados; si no fuera por nuestra audacia

y nuestra posición ningún motivo tendríamos de lisonjearnos; esta es la verdad, la digo para que no hagamos castillos en el aire, aunque en esto, nadie será mejor arquitecto que yo».

UN SOLO MANDO. 12 DE NOVIEMBRE DE 1820

Pablo Morillo avanzó sobre la cordillera y pernoctó en el pueblo de Humocaro Bajo, hasta donde llegaron los enviados del cuartel general de los republicanos. El jefe los recibió alrededor de una mesa grande, en el improvisado campamento que se ha montado en una explanada que funge de plaza frente a unas pocas casas en su mayoría de bahareque y techos de paja; conversan mientras comen sopa de res con papas y arepas de maíz pelado. Morillo escribe para el Libertador: «Los señores general Sucre y coronel Plaza han puesto en mis manos la nota oficial que usted se sirvió dirigir a mis comisionados, ellos están en marcha, el mundo entero fija los ojos sobre la fratricida guerra en la América española, nosotros somos responsables de los nuevos desastres que la ambición y las pasiones exaltadas vuelvan a producir, nuestra gloria será conducirnos como españoles y hermanos». Con estas últimas frases Morillo, con muy buenas palabras, niega la independencia, y pretende encerrar a Bolívar hacia los intereses de la monarquía; más adelante, le dice que está dispuesto a negociar pero que no le pidan imposibles pues la constitución de la monarquía no contempla la entrega ni del más pequeño territorio.

Bolívar en su contestación el día siguiente le da una clase de dignidad y soberanía: «Con la mayor satisfacción he recibido la nota de su cuartel de Humocaro Bajo donde tuvieron el honor de conferenciar con usted los señores general Sucre y coronel Plaza. Hasta ahora, el gobierno de Colombia sólo ha tratado de colocar sus tropas convenientemente a su seguridad y subsistencia; no tenemos miras de conquista, queremos sí, restablecer el gobierno de la patria destruido y hollado por nuestros invasores. Esperaremos

a los comisionados, pero si usted adelanta sus posiciones pensando venir a dictar las condiciones, yo le aseguro que no lo aceptaré jamás y usted será responsable ante la humanidad y su nación de la continuación de esta sangrienta lucha, cuyo resultado final será la emancipación de toda América». Los españoles planearon conversar con otros oficiales patriotas, y existen evidencias de sus contactos y ablandamientos; pero en aquellos intentos se encontraron con el comando centralizado de Bolívar que no tenía medias tintas, era palabra y acción en favor al pueblo.

VIENEN LOS REALISTAS. 13 DE NOVIEMBRE DE 1820

Casi al anochecer llegaron a la ciudad los enviados al cuartel enemigo; el general Sucre y el coronel Plaza trajeron noticias recientes y papeles de Morillo. Los comisionados están retardados pues según se supo dieron una vuelta por Calabozo antes de aparecerse en San Carlos, y no se sabe bien por dónde andan. Morillo viene avanzando, trae buena tropa y caballería; lo más seguro es que llegará a Carache; fue cordial en la conversación, pero mostró la arrogancia propia del español. Quiere conversar sólo para exponer su proyecto de gobierno liberal, ofrece de todo menos la independencia.

Bolívar dicta las órdenes para retirar a sus hombres del valle del río Carache; que sólo actúen para crear dificultades sin comprometer batalla. Piden tregua y no detienen sus avances, tienen doble palabra, son muchos, vienen armados y muy disciplinados, si pasan el río Castán se encontrarán con buena compañía.

SABANA LARGA. 14 DE NOVIEMBRE DE 1820

En el cuartel de Trujillo hay mucho movimiento desde el amanecer. Bolívar autorizó la salida de las tropas hacia Sabana Larga, una explanada como a cuatro leguas de la ciudad, donde acampara la infantería en la espera de una posible batalla. Los caballos republicanos están bien montados por hombres con la experiencia de la

última campaña en la Nueva Granada; la furia de Leonardo Infante y Juan José Rondón están deseando una carrera de lanceros para probar su temple; Bolívar lo sabe, y ha encontrado los espacios necesarios para otra prueba de grandeza. En carta para Santander, le dice: «El general Morillo viene sobre Carache con una división de unos dos mil hombres y doscientos caballos, yo estoy retrogradando un poco al ejército hasta un excelente lugar para dar una batalla. Allí los esperaremos; hoy he enviado a un edecán Diego Ibarra hacia campo enemigo para llevar mi contestación; el acuerdo será la suspensión de hostilidades; pienso concentrar los cuerpos que están en los pueblos vecinos todos sobre Sabana Larga para donde me voy en cuerpo, vida y corazón».

Había mucha incertidumbre, conociendo la falta de palabra de los jefes españoles era necesaria la alerta, un ojo para dormir y otro para la vigilancia.

EL GUERRERO DEL HIGUERÓN. 15 DE NOVIEMBRE DE 1820

Desde muy temprano el grueso del batallón Tiradores de la Guardia se retiró de Carache; las avanzadas del ejército realista pernoctaron en Agua de Obispos, y hoy siguieron hacia territorio patriota; algunos cuerpos de dragones bajo el mando del coronel Juan Gómez y Julián Mellado quedaron para hostilizar a los españoles. Los valerosos republicanos desafiaban a los jinetes que llegaban con Morillo, tenían la amplitud de la playa del río para el ataque y la carrera; el jefe español destacó una compañía de los húsares de Fernando VII para acabar con los atrevidos soldados.

Allí se vio una muestra de la destreza de los lanceros americanos. Juan Gómez se replegaba ordenadamente, y cuando los españoles lo estrechaban volvían sobre ellos para lancearlos y continuaban en retirada; no consiguieron cortarlos y cada vez las cargas eran rechazadas por los patriotas, haciendo frente, matando españoles y volvían a retirarse. Al final, el coronel Gómez huyó por

entre las secas montañas en el camino hacia Santa Ana.

Uno de los jinetes perdió su caballo, y quedó de pie junto a un gran higuérón; usando el cadáver del animal como escudo, se preparó para enfrentar a los húsares del rey, logró herir a dos o tres, y aun con su lanza rota y sangrante se jugaba la vida en lucha desigual. Morillo gritó a sus hombres que salvaran al formidable guerrero; herido fue llevado al hospital y después devuelto al cuartel de Trujillo como una muestra de paz y amistad en los días previos al Armisticio.

ENCUENTRO DE EUROPEOS. 16 DE NOVIEMBRE DE 1820

El capitán Daniel Florencio O'Leary llegó ayer tarde a Carache, y fue recibido por el general Morillo. Los dos europeos cordializaron a pesar de las diferencias de edades, Morillo tenía como unos 45 años, en tanto que el irlandés no había cumplido las veinte primaveras.

El jefe español le dice al edecán que deben ya detener las armas para permitir las conversaciones que será el preludio de la tan deseada paz. «Dígale a su jefe que mis últimos movimientos han sido ejecutados a imitación de los que ustedes emprendieron desde San Cristóbal y que sólo aspiramos a mantener a Maracaibo bajo el gobierno del rey. Bolívar le responde con buenas palabras: «Mande usted los negociadores y con ellos deben venir oficiales autorizados por usted para que vayan con mis edecanes a los países amigos y enemigos a llevar volando las órdenes a los generales que mandan los cuerpos de ambos ejércitos». Los contendores estaban frente a frente separados por unas dieciocho leguas; los visores conectados informaban los más mínimos movimientos; desde ahora, los postas con rápidos caballos y remontas en el camino harían de telegrafistas, para seguir con el milagroso objetivo de juntar a los enemigos por un encuentro de paz.

Los jinetes salen de Trujillo por la ruta de Moco y hacia Carache, a cualquier hora; van y vienen en menos de 12 horas. Sobre las patas de los caballos, vuelan los mensajes de ambos cuarteles; los postas cambian sus cabalgaduras en algunos puntos del camino.

Morillo responde al Libertador al mensaje de ayer, y Bolívar escribe su contestación el mismo día en un intercambio epistolar único e interesante en el que se vislumbra un acomodo previo a la recepción de los comisionados que apurados vienen sobre Barquisimeto. Los ejércitos están ocupando sus puestos sobre el ajedrez de la cordillera andina; los españoles han llegado retrasados, pero ya quieren proceder para cumplir la principal de las órdenes del rey: Firmar un armisticio. Bolívar escribe: «Tengo el honor de contestar la nota de ayer de su cuartel general de Carache, en que conviene allá un armisticio provisorio, pero siento mucho no poder atender a sus pedidos; no podemos retirar las fuerzas que existen en la costa de la laguna de Maracaibo porque no he ofrecido, ni lo haré jamás retirar las tropas de Colombia del territorio que ocupan».

Es el lenguaje del acercamiento, pero dejando siempre las distancias militares y objetivos de la guerra por delante como un escudo de seguridad ante el contrario; al final de la carta, retoma la diplomacia y le dice: «Doy a usted las gracias por el acto de civilidad que acaba de ejecutar con los tres prisioneros de ‘Dragones’ que se ha servido devolverme de un modo tan generoso y yo en consecuencia enviaré a su cuartel otros tantos de los más veteranos y aguerridos de los que se hayan en nuestro poder». De esta forma, regresó a su cuerpo militar aquel valeroso soldado al que la memoria popular ha llamado el héroe del Higuérón que se enfrentó contra los jinetes españoles en un duelo desigual y mostró la garra americana, salvando su vida gracias a la orden extrema del mismísimo general Pablo Morillo.

CON LA MORAL EN ALTO. 18 DE NOVIEMBRE DE 1820

El secretario Pedro Briceño Méndez escribe una carta para informar a la vicepresidencia sobre los últimos acontecimientos: «Tenemos tomados todos los puertos de la laguna, hemos apresado varios buques de comercio de Maracaibo. El espíritu y la moral de nuestro ejército se aumentan en razón de la instancia del general español de tratar con nosotros de paz y amistad, y del entusiasmo de los pueblos que apenas se ven fuera del influjo español corren a presentarse a sus hermanos».

Por su parte, Morillo le informa a sus oficiales: «Hace tres días ocupé este pueblo de Carache batiendo con dos compañías de húsares el escuadrón de Gómez que fue completamente desecho y arrollado. Bolívar y los suyos no quieren pelear y sus fuerzas son como han sido siempre reuniones de hombres sin disciplina. Estoy esperando a los comisionados que ya me hacen suma falta para concluir el armisticio o para seguir adelante dando trancazos de firme». Se sacaban trapos rojos, había espías de lado a lado, cada quien hablaba mal de su oponente, se medían en números y actitudes, se escondían los recursos para fingir debilidades o se abultaban las existencias para mantener la expectativa. Guerra de apariencia para llegar fortalecidos a las negociaciones.

CUIDADITO CON BARINAS. 19 DE NOVIEMBRE DE 1820

Como todos los días hay mucho movimiento en la ciudad de Trujillo. Bolívar envía informes, pide cuentas y solicita noticias de los diferentes frentes de guerra; hay mucha preocupación por mantener Barinas en el poder republicano, y están en la preparación de una expedición por la laguna para tomar Maracaibo. Una propuesta de paz y un tiro al rey, así se viven los momentos de la guerra. Pedro Briceño Méndez ha enviado una carta hacia Barinas; los jinetes se mueven por Niquitao y van por el camino real de Calderas con

órdenes para el teniente coronel José Antonio Romero, quien ha ocupado aquella población, y le dice: «Ha prevenido a usted el Libertador que se conserve a todo trance en poder de las armas de la república la capital de Barinas, porque estando a concluirse un armisticio general con el enemigo, conviene sobremanera que poseamos esa ciudad». En otra carta para el vicepresidente que se encuentra en la angostura del Orinoco, le solicita que por favor aligere la venida de los vestuarios para este ejército que ya carece de este artículo; le imparte órdenes para el frente oriental, y le cuenta: «Nuestras operaciones sobre Maracaibo se aceleran».

La maquinaria de la guerra se movía en las grandes distancias. Hoy nos parece imposible, pero sabemos que fue así como se fue construyendo nuestra independencia con tantos sacrificios.

EXIGENCIAS ESPAÑOLAS. 20 DE NOVIEMBRE DE 1820

Ayer tarde llegaron los jinetes en compañía del enviado del cuartel enemigo, un militar español a quien Morillo autorizó para que pase junto a un representante republicano hacia Popayán para transmitir las noticias del armisticio. En gesto de cordialidad, fue invitado por Bolívar para compartir la cena y conversar con algunos otros oficiales. La ocurrencia de aquel momento es una muestra de la arrogancia del europeo: «El teniente coronel Domingo Antonio Pita dijo que para el éxito de las negociaciones era necesario que las fuerzas patriotas regresaran a Cúcuta». Bolívar lo miró con sorpresa, y levantándose le contestó: «No aceptaré jamás que los españoles vengán a dictar órdenes en mi cuartel general en momentos cuando cuento con un ejército triunfador, numeroso, disciplinado y estamos actuando de buena fe para un armisticio». Al amanecer el día de hoy, fue devuelto el teniente coronel con pliegos de protesta para Morillo bajo la custodia del edecán Diego Ibarra. Bolívar ha solicitado que se nombre otro representante que mantenga la atención en sus funciones y el respeto en sus interlocutores.

Por la tarde, el Libertador designó a los comisionados republicanos, y en una proclama dice: «Considerando que el medio más fácil para llegar al fin que deseamos es el de las conferencias verbales he tenido a bien comisionar y autorizar competentemente a los señores general de brigada Antonio José de Sucre, coronel Pedro Briceño Méndez y teniente coronel José Gabriel Pérez para que reciban, oigan y traten con los señores españoles». Los preparativos estaban muy avanzados; por la noche, el Libertador seguía muy irritado por la imprudencia del militar español, y se le escuchó decir: «Mañana me voy al campo, estaré en Sabana Larga con la tropa esperando el transcurrir de las negociaciones, no quiero interceder en nada y así no podrán decir que estaré tomando ventaja».

LLEGARON LOS COMISIONADOS. 21 DE NOVIEMBRE DE 1820

Muy temprano, el Libertador dictó las órdenes, desayunó y salió de la ciudad siguiendo el camino que, por el río Castán abajo, pasa entre las rocas de Tucutuco, donde las aguas se encajonan en un arreglo misterioso de las montañas que muestran el desgaste de los siglos por los efectos erosivos. Anoche se quedaron hasta tarde Sucre, Briceño Méndez y José Gabriel Pérez en larga conversa en la casa grande de la calle arriba. Bolívar les dejó las últimas instrucciones de boca y les anotó algunos puntos de honor para la república.

Al medio día, apareció la comitiva con los representantes españoles; desmontaron en la plaza, se sintieron extrañados cuando se enteraron que Bolívar no estaba en la ciudad; al rato fueron recibidos por sus homólogos republicanos; eran guerreros trastocados en parlamentarios, ninguno estaba armado; se saludaron de mano, y en aquel selecto grupo se oyeron palabras de acuerdo y cordialidad. Las campanas de la iglesia sonaron al cielo trujillano para dar la bienvenida a tan ilustres visitantes. El brigadier Ramón Correa le informa a su jefe: «Nos recibieron los comisionados que nombró Bolívar, nos presentamos para canjear los

respectivos poderes, entregamos las notas con las bases que usted envió para el armisticio, mañana entraremos en las deliberaciones».

Conversaron después camino a la posada, y aun se sentía el hielo en las palabras de aquellos hombres que después de diez años se encuentran por primera vez. Cada uno cuida sus palabras mientras se miden en sus apariencias. Cada cabeza es un mundo: de un lado los que pretenden mantener la dominación para seguir ordeñando la vaca de las abundantes riquezas americanas, y del otro, los que levantan las banderas y mantienen la esperanza por una república soberana.

MI GRAN AMIGO. 21 DE NOVIEMBRE DE 1820 (TARDE-
NOCHE)

Bolívar organiza su cuartel en el campo donde ha venido con propósitos bien definidos; había querido esperar a los representantes de la monarquía en la ciudad para saludarlos, pues los tres eran sus conocidos de los tiempos de antes; pero es mejor mantener la tropa alejada de los ojos de los espías que seguramente vendrán como escoltas y, mientras, diremos que estamos en ejercicios militares.

Ya con la tarde vienen los mensajeros para contar que llegaron los comisionados españoles, y traen una carta de don Juan Rodríguez del Toro, su amigo de niño de Caracas. El Libertador en la respuesta se expresa con su estilo epistolar de hermosas frases: «Mi querido Juan, hoy he tenido una emoción tiernamente agradable al recibir tus letras. Al saberte al alcance de mi vista he olvidado que vienes empleado por el enemigo; si el pobre Marqués y Fernando estuvieran aquí con nosotros ¡Qué agradable momento habrían experimentado! Me vine al campo porque me pareció prudente evitar una escena de dolor con personas como ustedes que me tienen arrebatado el corazón». Bolívar tenía un gran respeto por la amistad y con ellos, en especial con Fernando, había tenido sus más gratas compañías; tal vez recordaría al espigado muchachón que subió al Monte Sacro en

aquel verano europeo cuando juraron no descansar hasta encontrar la independencia de su patria. Cierra la carta diciendo: «Puedes ofrecer a los señores Correa y Linares los sentimientos más tiernos de mi aprecio y consideración».

SE ROMPE EL HIELO. 22 DE NOVIEMBRE DE 1820

Los comisionados, desde muy de mañana, asumieron la discusión del documento base del armisticio propuesto por don Pablo Morillo; aún se mantienen las tensiones propias de los acomodados y apariencias en los hombres que hasta ayer habían sido enemigos, y que ahora usando la diplomacia trataban de acercarse con la palabra. A la media tarde terminaron un documento que por duplicado será enviado con postas hasta Morillo en Carache y Bolívar en Sabana Larga para la revisión; durante la noche se moverán los jinetes por los caminos de la cordillera y mañana tendrán muy temprano las respuestas para continuar las negociaciones.

Bolívar recibió los pliegos en la noche en su cuartel de Sabana Larga, y se dispone a revisar las notas para dar respuesta. En una larga carta para el vicepresidente Santander, entre otras cosas, le dice: «Siempre tendremos un armisticio para dar tiempo al tiempo, porque la Europa está en la mejor disposición, los ministros ingleses están en nuestro favor, asegura Francisco Zea que sin la palabra república ya estaríamos reconocidos, Morillo se muestra muy adicto a la paz, y a mí tengo la cabeza trastornada de tanto pensar, ¡amanecerá y veremos!».

JUEGO TRANCADO. 23 DE NOVIEMBRE DE 1820

Al final el primer día de conversaciones, se vienen algunas dificultades en ambos lados; al parecer, muchas eran las aspiraciones. Los republicanos querían Barinas y Maracaibo dentro de sus líneas de acción, y los realistas no estaban dispuestos a ceder tan fácilmente; pidieron opiniones a los jefes; la respuesta llegó a la media mañana,

el pliego de los comisionados españoles para los republicanos es muy claro: «Acabamos de recibir una nota oficial del excelentísimo señor general en jefe don Pablo Morillo, sentimos que las sesiones que ustedes nos piden nos alejen de un acomodamiento que reclama tan imperiosamente la humanidad y el bien de estos pueblos. Tenemos que pasar por el dolor de regresarnos inmediatamente llevando el desconsuelo de haber sacrificado nuestro reposo y ver desaparecer la esperanza de la paz. Si ustedes se convencen de la justicia de nuestras propuestas y si moderan las suyas podremos renovar nuestras sesiones. Esperamos la contestación».

Ya Bolívar había dictado instrucciones. Sucre se reunió en privado con Briceño Méndez y Pérez, y emitieron una respuesta para calmar los ánimos de los monarquistas: «Los comisionados del gobierno de Colombia deseando allanar las dificultades siempre que sean compatibles con los derechos del gobierno que representamos tienen el honor de modificar las proporciones de ayer». Aquel cambio permitió que se continuaran las deliberaciones. A las siete de la noche llegó el coronel José Moles enviado de Morillo con otras notas; todos continuaron en diálogo hasta que, cercana la medianoche, llegaron a un acuerdo en siete puntos que plasmaron en pliegos que fueron enviados de inmediato con los postas para la confirmación de los jefes.

MARCANDO TERRITORIO. 24 DE NOVIEMBRE DE 1820

Bolívar recibió las informaciones de sus representantes en las negociaciones, y desde un principio no está muy de acuerdo con las propuestas españolas; los esfuerzos por tomar Maracaibo no habían resultado, y Páez, por muchos pedidos que se le hicieron, no avanzó sobre Barinas. El Libertador en su cuartel de Sabana Larga se entrevista y asesora con los hombres conocedores de la geografía en las diferentes regiones. Muy temprano escribe para los comisionados: «Acabo de recibir la comunicación de ustedes de ayer en la cual

constan los límites que nuevamente se han propuesto y por haber convenido los aceptaré».

Bolívar le pone peros y hasta se queja de estar en desventaja ante las propuestas españolas. Al final de la carta, dice: «No me gusta mucho pero es la que menos nos ofende, no más ofertas, si no se acepta prefiero la guerra y aún el exterminio que nos será más honroso». En otra conversación más tarde agrega: «Acabo de informarme con el coronel Rondón sobre la demarcación hecha en Oriente, y por sus opiniones quedo convencido de que es la línea divisoria más justa y razonable; por consiguiente están ustedes autorizados para concluir el armisticio que se ha convenido entre ambas comisiones».

CITA ARREGLADA. 25 DE NOVIEMBRE DE 1820

Pareciera que hay una luz de paz al final de diez años de combates; los comisionados se han puesto de acuerdo en la mayoría de los artículos; los mensajes volaron sobre la cordillera y, por el camino de Santa Ana, llegaron a Carache. Morillo escribe al brigadier Ramón Correa: «Muchas complacencias ha tenido con la llegada de las notas oficiales, empiezo ya a persuadirme que va a rayar la aurora de la paz en este continente; por nuestra parte, haremos los esfuerzos posibles para allanar las dificultades que se ofrezcan»; y más adelante agrega: «Después de concluido el armisticio, deseo tener una entrevista con el general Bolívar para darle un abrazo y que nos tratemos como amigos. Ésta se podría verificar en el pueblo de Santa Ana y si usted quiere puede insinuárselo para, si conviene en ello, acordar el día en que todos nos debemos reunir y celebrar las felicidades».

Quedará para los estudiosos de la psicología si el Pacificador quería saludar al Libertador sólo para conocerlo de cerca y ofrecerle su amistad o, si tal vez, la dominancia europea se jugaba la última carta para tratar de convencer al caraqueño sobre los beneficios de la adopción de la constitución española, y cumplir con la palabra empeñada ante el rey. Bolívar despachaba desde Sabana Larga. Sucre le envió la noticia:

«Que le manda a decir Morillo que si quiere lo espera en Santa Ana para conocerlo, que ponga el día para la conversa». Bolívar respondió como si ya lo hubiera pensado: «Mañana iré a esa ciudad, y después tendré la satisfacción de ver al general Morillo en Santa Ana».

CANSADOS DE ESCRIBIR. 25 DE NOVIEMBRE DE 1820 (EN LA NOCHE)

A las diez de la noche, estamparon la firma los comisionados en el acuerdo del armisticio, un documento de quince puntos para una tregua de seis meses. Cada grupo informó a su cuartel y se enviaron pliegos para la ratificación de los jefes; los realistas le cuentan a Morillo: «A las 10 de la noche firmamos el armisticio que tenemos el honor de acompañar a usted para su ratificación, a esta misma hora ha salido un edecán del general Bolívar con el duplicado para la ratificación». González de Linares dice: «Estoy cansado de escribir porque he sido el redactor de los artículos del armisticio y, al mismo tiempo, escribiente; estamos contentos y por mi parte, mi general en jefe, creo que he cumplido con lo que le ofrecí».

Ya el Libertador le había indicado a sus hombres que iniciaran las discusiones para un segundo tratado: «Autorizo a ustedes para que conforme al derecho de gentes más lato establecen y concluyan un tratado para humanizar la guerra, propongan que todos los prisioneros sean canjeables porque en las guerras el derecho de gentes debe ser más estricto y vigoroso».

PERDÓN PARA TODOS. 26 DE NOVIEMBRE DE 1820

Al anoecer de este día los comisionados seguían en las discusiones para el segundo tratado, los jefes habían dictado las instrucciones. Bolívar, siguiendo las recomendaciones del rey, no podía dejar pasar la oportunidad para normalizar la guerra, si es que después de los seis meses pactados para la tregua se volvía a los combates por la independencia.

Sucre presentó las bases enviadas desde el cuartel general sobre las que se centraron las discusiones, llevó la batuta en la propuesta y la dirección en el respeto del derecho de los hombres dentro del conflicto; la respuesta de los monarquistas decía: «Los comisionados del excelentísimo señor general en jefe del ejército expedicionario de costa firme, conde de Cartagena, han tenido el honor de recibir la nota de ustedes, fechada hoy, en que se sirven proponer las bases para un nuevo tratado. El gobierno español ha visto siempre con horror la guerra de exterminio que ha devastado estos pueblos, y quieren aprovechar este momento para dar al mundo un testimonio de filantropía». Se cumplían siete años de la proclama de guerra a muerte, y había corrido mucha sangre. España mantenía la ley de conquista; aquel decreto de Bolívar de 1813, preparó a los americanos para la conciencia por la independencia y equilibrio de las cargas de los movimientos bélicos; muchos españoles sintieron miedo de venir a la América y los que quedaban de la gran expedición, eran pocos y querían regresar a la península.

Había llegado el momento de hablar claro, firmar documentos y honrarlos; la experiencia no protegía a los realistas como fieles cumplidores. Bolívar propuso un perdón para todos, incluyendo los espías, los llamados pasados y hasta para los desertores. Los artículos seis y siete de las bases fueron negados por Morillo, demostrando que guardaban rencor por los que habían cambiado de bando y exponiendo argumento, sin razones lógicas, por el objetivo de la humanización de los conflictos. Quedará para la historia ese pecado en el proceder europeo que simplemente se dejó de un lado en el documento final. A las 10 de la noche, se firmaron los pliegos por duplicado, y los jinetes salieron a la noche cordillerana para llevar las buenas nuevas.

SALUDOS AFECTUOSOS. 27 DE NOVIEMBRE DE 1820

El Libertador llegó ayer tarde del campo, y casi sin descansar se sentó para conversar con los enviados españoles. Un buen abrazo para su amigo Juan Rodríguez del Toro y un estrechón de manos para su enemigo de ayer, el brigadier Ramón Correa, a quien seguramente recordaría en el combate de San José de Cúcuta cuando, herido y en plena huida, pasaba las crecidas aguas del río Táchira en la temprana oscuridad del 28 de febrero de 1813.

En diálogos muy discretos, aquella noche intercambió opiniones con don Francisco González de Linares sobre la tarea de la logia masónica en la búsqueda de soluciones para acabar con tantas dificultades. Hoy, muy de mañana, el secretario y teniente coronel José Gabriel Pérez le trajo el documento del tratado de regularización al Libertador para que lo refrendara; hay movimiento de bestias y aperos desde la madrugada; la comitiva se prepara para salir hacia Santa Ana.

Antes de salir, el general Sucre le deja una nota oficial al comandante general de la guardia, don Rafael Urdaneta: «Su excelencia el Libertador, va hoy a Santa Ana, citado por el señor general Morillo a una entrevista en aquel punto; le aviso para que esté usted en cuenta de la ausencia del Libertador sobre los puestos enemigos».

ABRAZOS EN SANTA ANA. 27 DE NOVIEMBRE DE 1820 (TARDE-NOCHE)

Con unos pocos oficiales y sus tropas, se mueve la caravana de jinetes por el camino de Mocoy Arriba. Después del mediodía se avistan en la cuchilla de la sierra, las casitas de palma de la aldea de Santa Ana. El capitán O'Leary se adelanta para informar a los españoles que se encuentran formados a la entrada del pueblo. Morillo y sus oficiales visten uniformes y condecoraciones. Bolívar se acerca, desmonta de la mula, se adelanta y se queda plantado esperando

al general español que camina para saludarlo y se estrechan en un abrazo de fraternidad.

La grandeza de lo imposible y el honor de los hombres permitió, junto al milagro de las providencias, aquel encuentro en una lejana aldea en el corazón de los andes trujillanos. Quedaran para la historia de aquel lunes de noviembre, en lo referente a la diplomacia, para resolver las diferencias políticas entre dos países, y los aspectos sociales y de acercamiento entre los hombres que, momentáneamente, doblegaron las fieras de sus antiguos procederes y se sumaron a las emociones de la humanidad, la razón y las luchas por la libertad.

DESPEDIDA. 28 DE NOVIEMBRE DE 1820

Amaneció en Santa Ana; fríos intensos y neblinas bajas que se mueven con la brisa. Bolívar y Morillo se saludan, traen el café negro para el deleite del paladar. Anoche fue una larga velada de conversa franca, única, entre aquellos paladines. Dijo don Pablo: «Me voy a Europa, ya no tengo nada más que hacer aquí, en España me espera mi esposa, cuente usted con que haré las gestiones necesaria para lograr la paz definitiva». Dicen que los reflejos de luz de los candiles se vieron en la ventana hasta más allá de la medianoche; después de una segunda taza de café, se les vio juntos cargando una piedra grande, pizarra gris, que movieron hasta el sitio donde se abrazaron por primera vez; sembraron la roca como símbolo de inicio de un monumento para inmortalizar los acontecimientos de aquel día; se subieron sobre ella, y de nuevo se estrecharon en un abrazo de despedida, milagroso día en el que se pronunciaron opiniones y propuestas, muchas de ellas desconocidas y otras que han sido develadas en las cartas y conversaciones de los dos hombres en su andar posterior.

Se agruparon los dos bandos en grata despedida, levantaron las manos libres de armas para reafirmar el armisticio, montaron en sus cabalgaduras para iniciar el regreso a sus cuarteles, un viaje sin

retorno; en cada cabeza, un mundo de ansiedades y planes para el porvenir. Maravilloso encuentro para sellar la paz sin perder jamás la esperanza de una república propia y soberana.

NUEVOS AMIGOS. 29 DE NOVIEMBRE DE 1820

La correspondencia despachada ayer fue numerosa, y hoy siguen saliendo los jinetes con notas hacia lugares diferentes. Un documento oficial para Santander es importante mencionar por cuanto nos indica los efectos que han surtido las entrevistas de los jefes y sus oficiales en Santa Ana. Bolívar cambió radicalmente en el trato y las comunicaciones con los españoles, le dice: «Estoy convencido de que las sátiras, dicerios, sarcasmos o críticas contra el gobierno Español, contra el general Morillo u otros jefes serían perjudiciales e injustas después que, variadas las circunstancias, muestran las mejores intenciones y deseos; por lo tanto, en los papeles públicos deberá guardarse la mayor moderación y decoro con respecto a aquel gobierno y sus jefes, muy particularmente respecto al general Morillo que se ha hecho acreedor a la estimación de todos, por los puros y sinceros deseos que lo animan en favor de nuestro país».

En otra larga carta, le cuenta muchos de los detalles del encuentro, las opiniones y acuerdos entre ellos, los brindis, el proyecto para un monumento, sus características, y en todas sus palabras hay concordia y simpatía por sus nuevos amigos; pareciera que se ha obrado un milagro en el corazón de los hombres que durante tantos años se habían buscado en los combates para la destrucción.

PREPARANDO LA MARCHA. 30 DE NOVIEMBRE DE 1820

Bolívar amaneció en la ciudad de Trujillo; son muchas las comunicaciones enviadas y las frases escritas para informar de los acontecimientos de los últimos días. Por su parte, del lado español, también han salido diversas impresiones en los papeles para contar las buenas nuevas. Morillo le escribió a uno de sus oficiales el día de su regreso

a Carache: «Acabo de llegar del pueblo de Santa Ana en donde pasé ayer uno de los días más alegres de mi vida en compañía de Bolívar y otros oficiales a quienes abrazamos con el mayor cariño. Bolívar vino solo con sus oficiales, entregado a la buena fe y a la amistad, y yo hice retirar inmediatamente una pequeña escolta que me acompañaba. Todos hicimos locuras de contentos, Bolívar estaba exaltado de alegría nos abrazamos un millón de veces y acordamos levantar un monumento para la eterna memoria».

Ese mismo día don Pablo Morillo le escribió una carta de amistad a Bolívar, y le cuenta de sus alegrías durante la entrevista a la cual el Libertador responde: «Con mucha satisfacción he recibido mi estimado amigo las primeras letras confidenciales y amistosas que usted se ha servido dirigirme; iguales recuerdos y sentimientos hemos experimentado por acá. Parece que una mutación universal se ha hecho en nuestras sensaciones para verlo todo bajo el aspecto más lisonjero, por mi parte confieso que mi corazón se ha mudado con respecto a mis nuevos amigos». Ha ocurrido la reconciliación, por lo menos entre los hombres principales; en el fondo de sus buenos deseos cada uno conoce su destino: el español ha recibido el permiso para retirarse a la península que es lo que había pedido, y que ahora lo desea con más fuerza; Bolívar, está convencido de haber ganado la batalla con la palabra, y desde ya se prepara para continuar la campaña por la liberación de su patria.

Para crear la república no hay descanso, por eso le escribe al vicepresidente: «Mañana me voy para Barinas a recorrer toda la línea de circunvalación, pienso ir a Cúcuta para la instalación del congreso y de allí me voy al sur a arreglar a Quito. El general Urdaneta queda con el mando de este ejército; a fines de mayo debo presentar doce mil hombres al enemigo o no hay paz gloriosa». En esta larga carta le dicta las instrucciones y le informa de todo lo que planea. Bolívar es una máquina que poco se fatiga y que cada

vez exige más de sus oficiales. Al final le dice: «Adiós mi querido general, en otra ocasión hablaré de otras cosas más pues estoy muy ocupado pensando y obrando para marchar».

BUENOS UNIFORMES. 1º DE DICIEMBRE DE 1820

El tiempo no le alcanzó al Libertador para cumplir con todas sus ocupaciones, y no pudo salir hoy hacia Barinas como lo tenía planeado. Un sinnúmero de órdenes, instrucciones, respuestas a la correspondencia y los últimos arreglos lo mantuvieron atareado en sus funciones. Ha dejado al general Urdaneta con el mando del ejército y de las provincias de Mérida y Trujillo. En carta para el vicepresidente le dice: «Calculando que si por desgracias volviesen a renovarse las hostilidades con la España tenemos que abrirlas con doce mil hombres por lo menos, los cuales deben equiparse y vestirse durante el armisticio, por lo tanto a Cundinamarca le corresponde contribuir con cuatro mil vestuarios completos, los que se harán de la mejor calidad, procurando queden elegantes por su corte y adorno, aunque sea simple y sencillo, particularmente se insta y recomienda la firmeza del material para que sean duraderos por la tela y por la costura, usted libraré sus órdenes terminantes y será responsable por los comisionados que nombre para su cumplimiento».

Así era el día a día en la preparación de las campañas, pequeñas cosas que por su eficiencia en la preparación eran determinantes en los avances: los clavos para los casquillos de las bestias, la selección de las áreas para forrajear, la eficiencia y rapidez de los postas, el control de las marchas y la alimentación para mantener la salud de los hombres y, en fin, una gran cantidad de tareas para las cuales era vigilante y contralor implacable. Por la noche hubo junta de altos oficiales en la casa grande de la calle real; Bolívar dictó las últimas instrucciones para los que se quedan, mañana muy temprano nos vamos a Barinas.

BOCONÓ. 2 DE DICIEMBRE DE 1820

Dice O'Leary en sus Memorias: «Deseando el Libertador inspeccionar él mismo la demarcación de los límites de las jurisdicciones de ambos contendores en la provincia de Barinas, salió de Trujillo por la vía de Niquitao».

Muy de madrugada marcharon los jinetes de la ciudad hacia el páramo de La Cristalina, pasaron San Jacinto y se empinaron sobre las altas montañas. Las notas del obispo don Mariano Martí que transitó esta misma ruta en 1777 dicen que existen unas quince leguas entre Trujillo y Boconó, lo que implica de 10 a 12 horas de viaje, contando además con altas pendientes y caminos escabrosos por entre la serranía. El Libertador viene acompañado por Ambrosio Plaza, Florencio O'Leary, Pedro Briceño Méndez, Sucre, además de los miembros de la caballería Julián Mellado, Leonardo Infante, Juan Gómez, Juan José Rondón y todos los lanceros triunfadores de Boyacá. Desde las alturas, se puede mirar el amplio valle de los cuicas, contraste de verdes surcados por el gris blancuzco de la playa del río Boconó, que se impone cual serpiente zigzagueante en la lejanía. Pasaron el río y subieron por El Recodo, desmontaron en la plaza; muchos vecinos salieron para saludar a la comitiva. Es la tercera vez que Bolívar visita la población de Boconó. El padre León, viejo capellán del ejército libertador, imparte las bendiciones y se abraza con todos. Las sombras de la noche y las neblinas llenan todos los espacios. Larga jornada. Mañana seguiremos hacia Niquitao.

NIQUITAO. 3 DE DICIEMBRE DE 1820

Amaneció el día frío en Boconó y con muchas nubes. Bolívar conversa en el corredor de la casa con sus oficiales; el humo caliente y aromático del café se esparce por entre los paredones; afuera, relinchan los caballos y suenan los aperos en los preparativos para

la marcha; salen a la calle y se organiza la caravana que empieza a moverse hacia el camino de Tostós y Niquitao.

En la Vega Abajo junto a la capilla de la Asunción, hay movimiento de vecinos que se han agrupado para saludar al presidente de Colombia. Han levantado arcos con flores y tienen refrescos y biscochos con chocolate para los marchantes; descansan un rato, pasan el río y se enrumban por la cuesta de la Loma de San José. El camino real los llevará por El Alto del Say, Escorá y finalmente, al pueblo de Niquitao, de casas blancas alineadas hasta el recuadro de la plaza donde se levanta la iglesia de San Bernabé. Hay buena cena, sopa de arvejas con albahaca morada, carne sancochada con papas de las faldas de Tirindí y arepas de harina con huevos revueltos; se reúnen alrededor de un amplio mesón para compartir. Ha llegado la correspondencia; Bolívar dicta las respuestas y Pedro Briceño Méndez escribe, entre ellas, una carta para el vicepresidente de Cundinamarca, en la que niega el pedido del capitán José Vargas para retirarse a ver de su familia. Sin embargo, el Libertador aprueba el pago de las partes del sueldo de los hermanos Vargas para la asistencia de su señora madre. Temprano cesan los ruidos en la noche cordillerana; es hora de dormir para madrugar mañana y seguir el camino de Barinas.

CAMINO REAL DE CALDERAS. 4 DE DICIEMBRE DE 2020

Tiemblan los arrieros que madrugaron para preparar las caballerizas; todo es ajeteo entre las neblinas del pueblo de Niquitao. Bolívar y su comitiva se preparan para seguir su andar hacia Barinas: «La tregua de los arreglos de Trujillo, no nos impedirá la organización del ejército para estar preparados por si fracasa la paz, queremos independencia y ya veremos en qué terminan estos días de armisticio». Van saliendo los jinetes por la calle empedrada y con las primeras luces, se puede mirar la majestuosidad de las serranías trujillanas: a la derecha, el imponente picacho que manda en los cielos azules

de los cuicas; a la izquierda, en una gran mole se levantan los picos de las montañas del Guirigay, desde donde se podrán observar las llanuras de Barinas.

La caravana llegó a Tirindí, desmontaron en el pequeño Llano del Ataque (como lo llaman los pobladores de estas serranías); Bolívar está en el lugar por primera vez, ninguno de los protagonistas del encuentro lo acompaña, hace más de siete años que José Félix Ribas y sus guerreros batieron a los realistas en este sitio, altar de la trujillanidad. Descansaron un rato, se sentaron entre las piedras que sirvieron de parapetos en la batalla; tal vez el Libertador recordaría las emociones de Ribas cuando le contaba los detalles del combate, las grandezas de Campo Elías, Urdaneta, Ortega y todos los patriotas que sacaron en pela al español José Martí y empezaron a doblegar al león ibérico en América. Siguen el camino hacia las alturas. Montaña arriba, van cambiando los tiempos, las plantas y las rocas; la vegetación se achaparra, el camino zigzaguea cuesta arriba; pasaron la piedra grande y llegaron a la cima; desde allí se extiende un altiplano en larga travesía por entre frailejones desde donde se pueden ver, en la lejanía, las serpientes de los ríos Masparro y Santo Domingo sobre la inmensidad de los llanos; bajando, cambian de nuevo los paisajes en hondo camino troquelado por los cascos de los arcos de mulas en largo trecho hasta la población de Calderas, en el piedemonte andino, lugar obligado para la pernocta y el descanso necesario.

UNA MUESTRA DE ARROGANCIA. 19 DE NOVIEMBRE DE
1820 (LOS DÍAS DEL ARMISTICIO EN TRUJILLO)

Al amanecer del día 19 de noviembre de 1820, salieron los jinetes de Carache por el viejo camino hacia Trujillo; anduvieron bordeando el río hasta el cruce en el que se aproxima la cuesta que poco a poco los llevará a Santa Ana, al frente el coronel Domingo Pita, enviado especial de Morillo como delegado para pasar a las tierras

de Popayán y Pasto cuando se tenga claridad sobre el armisticio. Llegaron a Trujillo con la tarde, fueron recibidos con aprecio, ubicados en los sitios de pernocta e invitados para el intercambio de ideas con el Libertador. Aquella noche, en la comida el coronel Pita en su arrogancia, se pasó en ofensivas palabras contra el Libertador y este lo puso en su sitio devolviéndolo de inmediato hacia su cuartel general de Carache por el camino de Mocoý.

CRECIÓ EL RÍO MOCOY. 20 DE NOVIEMBRE DE 1820

El día 20 de noviembre muy de mañana, salieron los tres comisionados españoles de Carache camino hacia Trujillo. Era día sábado de aquel año 1820; llevaban un escuadrón de resguardo; eran los representantes de la monarquía para las negociaciones de un armisticio. Al mediodía, se encontraron en Santa Ana con el capitán Diego Ibarra, enviado para servir de guía y acompañamiento hasta las cuadras del cuartel de los patriotas. Siguieron por la cresta de la serranía entre las neblinas, y cuando empezaron a descender después del sitio de Árbol Redondo, el cielo se llenó de nubarrones y se vino una lluvia estrepitosa; los caballos andaban poco a poco en tan escabrosos caminos, entre vientos, truenos y relámpagos; más abajo, ya no pudieron andar, el río Mocoý crecido trancaba todos los parajes para el transitar de los jinetes. Aquel enorme palo de agua detuvo momentáneamente los propósitos de paz y negociación.

Hoy, 200 años después, no tenemos claridad del sitio donde aquellos hombres pasaron la noche; lo cierto es que al día siguiente aparecieron por entre las playas abajo del río Castán y entraron a la ciudad entre la algarabía de todos los presentes.

LLEGARON LOS COMISIONADOS. 21 DE NOVIEMBRE DE 1820

El día 21 de noviembre de 1820, llegaron los tres comisionados a Trujillo; era un mediodía de sol radiante después de una noche de

lluvias y tempestades. Subieron por la calle principal y desmontaron en la plaza: don Francisco González Linares, el coronel Ramón Correa y el alcalde de Caracas Juan Rodríguez del Toro. Bolívar no estaba en la ciudad, conversaron con la gente y fueron llevados hasta la posada en la casa grande de la esquina diagonal con la plaza más arriba de la iglesia. Con la tarde noche se reunieron con los comisionados patriotas: el joven Antonio José de Sucre, el coronel Pedro Briceño Méndez y el secretario José Gabriel Pérez. Aquel primer encuentro sirvió para cordializar, se intercambiaron credenciales y trataron de mostrar sus alegrías, aun cuando se sentía una relación tensa que no terminaba de generar simpatías, sin aparecer la amistad que en los próximos días llegará a consolidarse: era la diplomacia como arma de una guerra silenciosa, en cada corazón una esperanza y en la mente el convencimiento del contrario como una medida de responsabilidad y cumplimiento con las instrucciones dictadas por la superioridad.

REUNIÓN EN LA CASA GRANDE. 22 DE NOVIEMBRE DE 1820

Muy de mañana se sentaron los hombres en el amplio salón de la casa de don Jacobo Antonio Roth y de su esposa doña Teresa Briceño de Roth, en la calle arriba, donde se hospedaba el Libertador en su estancia en Trujillo. Desde aquel mismo lugar, una madrugada de junio de 1813, en atormentadas calenturas de cuerpo y el corazón se había decretado la guerra a muerte. Ahora, siete años después, los comisionados se encontraban para iniciar la conversa; las cartas se pusieron sobre la mesa, las bases propuestas por Morillo sirvieron para iniciar la negociación del Armisticio. Era 22 de noviembre de 1820, el general Sucre y Gabriel Pérez escribieron notas para el Libertador, mientras que don Francisco González representante del rey lleva la relación del grupo. Era el primer día del encuentro para la paz, y ya se escuchan chanzas y risas entre ellos; por primera vez, en muchos años, se usaba la palabra como arma para encontrar la solución del conflicto. Paz y constitución española dicen los realistas, paz e independencia dicen los republicanos.

LOS POSTAS VAN Y VIENEN. 23 DE NOVIEMBRE DE 1820

Los comisionados, muy entusiastas, se sientan alrededor de la mesa grande del salón de la casa de don Jacobo Roth, en la calle de arriba; ya se conocen y tratan de cordializar para hacer muy cotidianas las difíciles tareas que tienen en su haber; antes del mediodía surgen las dificultades. Para los españoles existen exageradas apetencias republicanas y ellos no terminarán de aceptar nunca las grandes exigencias de todos aquellos atolondrados: quieren dominar el lago de Maracaibo, piden que Barinas sea republicana sin serlo, aspiran tomar Maracaibo como propio ¡Por Dios! ¿Cuándo se ha visto tanta insensatez en la gente después de que nuestro santo rey les ha ofrecido paz y tranquilidad?

Con la tarde se trancó el serrucho, y después de las 10 de la noche de aquel día salieron los jinetes de la ciudad para solicitar instrucciones de los jefes, unos por Mocoy arriba hacia Santa Ana y Carache, otros hacia Sabana Larga, para saber qué decía el Libertador. «Si no tenemos acuerdo nos vamos mañana y que la guerra se imponga sobre la razón de la existencia»; aquella noche la paz viajaba sobre los cascos de los caballos que en la oscuridad buscaba una luz de entendimiento.

YA SE PONEN DE ACUERDO. 24 DE NOVIEMBRE DE 1820

Con la luz de día llegaron los postas a Carache, y Morillo recibió los pliegos en junta de guerra con sus oficiales: «¿Qué se están creyendo estos bandidos, qué nuestra bandera de paz es de entrega? Si insisten en tomar territorios más allá de la línea planteada, nos levantaremos de la mesa y que sea lo que Dios quiera».

La respuesta de don Pablo no es tan fuerte como sus palabras, pide concordia y llama a sus contrarios a la conciencia; les dice que España está efectuando grandes esfuerzos y que el corazón del rey esta acongojado con la guerra; reponen los caballos cansados para los

mensajeros. En Santa Ana tienen la remonta, y pasada la media tarde chapotean las bestias en las aguas del río Castán y entran en Trujillo. Las instrucciones de Bolívar también son para el arreglo cediendo en algunos puntos: «Seguiremos hablando que en todo caso nos quedará el honor de haberlo pretendido». Al caer la tarde, ya han bajado las tensiones; se oyen nuevas propuestas, y casi a la medianoche salen de nuevo los postas enfilados callejón arriba, llevan antorchas y les sirve de guía el murmullo del río Moco. Entre las sombras los hombres tararean canciones; esta noche las cosas han cambiado y ya se empieza a ver una luz de alegrías para los arreglos del Armisticio.

LISTO EL ARMISTICIO. 25 DE NOVIEMBRE DE 1820

A las 10 de la noche del día 25 de noviembre de 1820, firmaron los comisionados el Tratado de Armisticio en Trujillo. Estamparon sus rúbricas los tres representantes de la monarquía española y los tres republicanos; después, se acomodaron los pliegos en las alforjas de las bestias para que salgan los postas en busca de los jefes para la ratificación.

El primero de los magistrados españoles en carta para el Libertador le dice: «Estoy muy contento y muy cansado de escribir, mañana después de verlo a usted, salgo para Carache». Después de las últimas deliberaciones aquella tarde, Bolívar y Morillo autorizaron la firma de los acuerdos, y en la carta enviada por el jefe español dice: «Después de terminar con éxito las negociaciones del armisticio, deseo ver al general Simón Bolívar para darle un abrazo de amigos», y Sucre se lo confirma: «Que dice el general Morillo que desea verlo y que si usted quiere lo espera en Santa Ana el lunes al mediodía». Bolívar le responde: «Mañana temprano iré a Trujillo y después nos veremos en Santa Ana». Eran los primeros momentos de paz y se esperaba una tregua de seis meses; mientras tanto, en cada cabeza un proyecto en las preparaciones para el futuro: las piezas sobre el tablero de ajedrez continuarán sus silenciosos movimientos.

FIRMAS A PIE DE PÁGINA. 25 DE NOVIEMBRE DE 1820

El 25 por la noche se firmó el Armisticio por los comisionados en Trujillo, y al día siguiente se discutieron las bases de la Regularización, un tratado adicional para acabar definitivamente con las tristezas de la guerra a muerte que Bolívar obligado por las circunstancias había decretado siete años atrás cuando buscaba afanosamente en la población la conciencia americana.

En el Armisticio se proponía silenciar las armas por seis meses; las tropas de ambos ejércitos permanecerán en los terrenos que ocupen para el momento de la ratificación. Las negociaciones se trancaban por el trazado de una raya imaginaria que dividiría los territorios entre realistas y republicanos, pero al final llegaron a los acuerdos necesarios; será una línea que viene por el río Apure hasta la unión con el río Canaguá, y desde allí por Pedraza siguiendo en rectitud hasta Boconó y Trujillo. Con la luz de los candiles, los comisionados pedían ayuda de los topógrafos y agrimensores, trabajaron hasta la medianoche y mientras tanto, los mensajeros van y vienen con las instrucciones de los generales: Bolívar en Sabana Larga en el lugar conocido hoy como La Cejita, y Morillo más allá de Santa Ana, en el valle de San Juan Bautista de Carache.

UN TRATADO DE HUMANIDAD. 26 DE NOVIEMBRE DE 1820

El día 26 de noviembre de 1820, el general Pablo Morillo refrendó en Carache el Tratado de Armisticio, e inmediatamente lo devolvió a Trujillo. Durante estos días y noches, los mensajeros han estado muy atareados; apenas tienen tiempo para comer, cambiar sus cabalgaduras y salir de nuevo en el ir y venir con los pliegos y las instrucciones. En Trujillo los seis comisionados se volvieron a sentar alrededor del mesón de la casa grande de la calle arriba; Bolívar y Morillo han enviado los pases para un convenio adicional que termine de una vez por todas con las tristezas y dificultades de la

guerra a muerte. Se discute ahora la posible humanización del conflicto: el intercambio de prisioneros, el buen trato con los heridos. El joven general Sucre sobresale en el grupo con sus aportes, escribe mucho, relee, tacha y agrega; poco a poco va surgiendo el proyecto definitivo de un santo tratado de regularización; han pasado todo el día en plena discusión, y después de las 9 de la noche se escuchan risas entre aquellos hombres dedicados a tan loable tarea; algunos se levantan para paladear el aromático café. A las 10 de la noche, el teniente coronel José Gabriel Pérez y secretario lee en voz alta el documento; se dan las manos entre todos y firman los pliegos que serán refrendados por los jefes en el día de mañana.

NOS VEMOS EN SANTA ANA. 27 DE NOVIEMBRE DE 1820

Amaneció el 27 de noviembre de 1820 en Trujillo, Bolívar llegó ayer tarde de Sabana Larga, el encuentro con los comisionados españoles fue de muchas emociones. Juan Rodríguez del Toro, su amigo de la niñez, no termina de abrazarlo y con el coronel Ramón Correa conversa hasta avanzadas horas; todo fue cordialidad. Hoy es un nuevo día; con el afán del viaje a Santa Ana todavía queda tiempo para dictar un par de cartas; le deja también las instrucciones a Urdaneta quien no ha querido ir a mirarse en los ojos de sus enemigos; su edecán, Pedro Briceño Méndez trae el Tratado de Regularización, lo leen de nuevo y sobre el mismo mesón del corredor el Libertador lo refrenda. Aquellos pliegos irán muy bien guardados en las alforjas de los jinetes para la aprobación de Morillo. Con la luz del nuevo día salen a la calle empedrada, y ya se mira la cabalgata bajando hacia la plaza central. Bolívar va de paisano montando la mula negra que es de su gusto y predilección; son pocos oficiales sin escoltas. Adelante sobresale el irlandés Daniel Florencio O'Leary con vistoso uniforme inglés. Bolívar conversa con sus hombres: «Si ofrecen paz, iremos en paz y sin muchos aspavientos, ya veremos cuanto han perdido de

arrogancia nuestros enemigos, ahora haremos una guerra a la vida, porque Dios y la razón están con nosotros».

ABRAZO EN LA CORDILLERA. 27 DE NOVIEMBRE DE 1820

Muy de mañana subieron los jinetes por el camino de Mocoay; en la cima se sintieron los vientos secos de las tierras caroreñas. Poco a poco van avanzando sobre la cresta de las montañas hasta que se vislumbran las casitas a lo lejos. En la cuchilla de la serranía está la aldea de Santa Ana de Trujillo, paso obligado en el viejo camino real. Morillo ha llegado y ya se prepara la comida de los invitados; los oficiales realistas muestran sus mejores galas, buenos caballos y tropa de lo más selecto de los batallones de rey. Morillo y su comitiva ven bajar la caravana y reconocen a Bolívar que viene montando una mula prieta; al llegar, se abrazaron y en adelante todo fue cordialidad. En Santa Ana ocurrió el milagro de la reconciliación; hablaron mucho, brindaron y se sentaron en un largo mesón dispuesto para degustar un sancocho de carne gorda con auyama, turmas y arracacha (papas y apios).

Unos años después, Bolívar le dijo a su edecán Perú de La Croix: «Fui a la entrevista con Morillo, cuando tenía todo a mi favor para vencerlo con la palabra». En Santa Ana nació Colombia.

CAPÍTULO III

Otra vez por los andes venezolanos

Después del armisticio, Bolívar fue a Cúcuta por Guasualito, y más tarde siguió hacia Bogotá donde estaba por enero de 1821; tenía la incertidumbre por ir al sur para ayudar con el avance sobre Quito o «volar» al norte para comandar la campaña para liberar a Venezuela.

La noticia del salto de Maracaibo y su gente hacia la república lo hizo tomar una decisión, y de inmediato inició la marcha hacia la frontera venezolana. Las cartas desde Trujillo, traían muy buenas noticias; la perla del lago, la ciudad de Maracaibo había entrado en la unión republicana sin plomo, ni sangre, y era un acontecimiento que alteraba la ubicación de las piezas en el tablero de la guerra. Para entonces, ya el Libertador había tragado las dulzuras de la entrevista de Santa Ana; ya se estaban sintiendo las dificultades propias en el mantenimiento de un ejército tan numeroso y la tregua del armisticio parecía muy larga; además, las noticias desde España no eran halagadoras como para entender que habría una posible paz y un reconocimiento de la independencia. Leyendo los documentos de aquellos días podemos descubrir que la noticia de Maracaibo tal vez llegó en los mejores momentos, porque aquella tregua era casi imposible sostenerla; su presencia en el lugar de los acontecimientos era necesaria, y también abrazar a su amigo, el general Urdaneta, estaba entre sus prioridades. Entonces Bolívar

extendió sus alas multicolores, y volando sobre las patas de hierro de las mulas santafereñas, pasó el río Táchira, y avanzó sobre tierra venezolana: era la tercera vez que seguía el mismo camino, y en esta ocasión el caraqueño estaría seguro de una campaña rápida y fulgurante para la liberación de su patria. Ya no era el mismo capitán de 1813, ni tampoco eran los mismos hombres sus compañeros. El andar en la guerra le había dado experiencias invalorable; tal vez cabalgando sobre las sierras andinas por aquellos días terminó de pulir el plan de operaciones para la campaña venidera; ya se preparaban los hilos y sus colorantes en el telar de la mente del genio de la libertad, bordando fino. En los próximos días, se podría admirar el hermoso tapiz que sellaría la independencia. En Trujillo, lo estaba esperando su amigo Urdaneta, y desde esta región, se organizó la campaña de liberación que terminó con las glorias de Carabobo.

Jalón DE OREJAS. 23 DE FEBRERO DE 1821

Bolívar está de viaje hacia Trujillo; viene avanzando sobre los caminos de la serranía. Llega por la tarde a Bailadores, una hermosa población enclavada en el valle del río Mocotíes que deja correr sus aguas hacia la olla del lago de Maracaibo. Su principal preocupación es la manutención del ejército, por lo que ha comisionado al general Manuel Cedeño hacia las llanuras de Casanare para traer a Barinas el ganado necesario para asegurar la próxima campaña. Desde Bailadores le escribe al comandante de la guarnición de Guasualito para que sirva de intermediario de este mensaje, y apenas reciba los pliegos los haga seguir de inmediato hasta su destino. Son órdenes que se cumplen a grandes distancias, y con largos períodos de tiempo, de las que depende la existencia de la tropa.

Bolívar todo lo que quiere es orden, y aspira con su ejemplo, y su palabra mantener a sus oficiales en el acuerdo necesario para el éxito. Por eso, aprovecha la carta para jalarle las orejas al jefe militar de Guasualito, y le dice: «He recibido repetidas quejas contra usted

por el poco interés en prestar los auxilios necesarios a los enviados del gobierno para la extracción de ganados que han de servir para la existencia del ejército. Igual indolencia y abandono se nota para el transporte del parque a San Cristóbal; por estas razones, le aviso que si no se considera capaz de llevar los deseos del gobierno cumpliendo formalmente las comisiones que se le confían, lo informe usted con claridad para mandar a otro que las ejecute en los términos que se le dicen y que tanto interesa en las circunstancias a la perfecta salvación de la república». Así era el Libertador, ofrecía las gracias, premiaba con su palabra a los subalternos que cumplían con las actividades asignadas, y también ponía orden sin mirar a quien, cuando la gente se salía del carril en la organización.

TARJETA AMARILLA. 25 DE FEBRERO DE 1821

El 25 de febrero de 1821, el Libertador entró a la ciudad de Mérida; había mucha gente en las calles, arcos con carruzos y flores en las encrucijadas; los curas de negras sotanas rociaban con agua bendita la caravana de jinetes. El coronel José de la Cruz Paredes, el barinés, era el jefe militar de la provincia; lo espera en la plaza y le desea las mayores alegrías por su visita.

Bolívar está de paso, pero no pierde la oportunidad para arreglarlo todo. Desde esta población, en el corazón de los andes, despacha órdenes y establece las normas para lo que viene; le dice al gobernador: «Habiéndome enterado que el comandante general interino de esta provincia teniente coronel Miguel Segarra [sic] ha castigado nuevamente a un español que existía prisionero en esta ciudad, confiero a usted comisión especial y lo faculto para que instruya un sumario, averiguando la verdad del hecho y muy particularmente el día en que tuvo lugar la ejecución, con la expresión de si fue antes o después de publicado el tratado de regularización de la guerra concluido en Trujillo el 26 de noviembre último. Está usted autorizado para examinar los testigos que

puedan deponer sobre el hecho y cuántos documentos haya que lo ilustren; recomendándole la pronta conclusión del sumario». El acusado era el trujillano, nacido en la población de Burbusay, don Miguel Cegarra, un hombre curtido en los caminos de la guerra, acompañante del Libertador en todas las campañas, y un fiel seguidor de las muchas por la liberación. Aquella acusación, no pasó de una amonestación tal vez para demostrar al campo realista que se estaba dando cumplimiento a la humanización de la guerra, y no dar más motivos a los españoles para elevar las protestas de violación de los tratados. Sabemos sí, que en la continuación del viaje a Trujillo y en la organización de la campaña de Carabobo, el trujillano Cegarra tuvo papeles y comisiones importantes que demuestran que el español que puso la denuncia se quedó azotado o que el ejecutante don Miguel Cegarra era una pieza valiosa en la maquinaria de la república y no pasto de un simple aviso o espaviento para dejar tranquilos a los jefes de la monarquía española.

LARGOS CAMINOS. 26 DE FEBRERO DE 1821

Los acontecimientos de nuestra historia en la guerra de la independencia, ocurrieron por todas estas tierras nuestras; largas distancias con muchas dificultades para las caravanas de hombres e interminables viajes para los mensajes y la preparación de la logística. Cuando Bolívar viene hacia Trujillo, en la preparación de la campaña que terminó en Carabobo, dicta órdenes desde la cordillera para el acopio de ganado en la llanura; habla de traer unas 4 mil reses desde Casanare y Arauca hasta Barinas, y autoriza a sus oficiales para el acarreo de novillos hacia Mérida y Trujillo, por Pedraza y Santa Bárbara, hacia los pueblos del sur meridiano: Canaguá y Mucuchachí. Le dice al vicepresidente: “Estas provincias de Mérida y Trujillo están reducidas ya a la última expresión de miseria; los habitantes no tienen de qué vivir, y quitarles lo poco que les queda para dárselo a la tropa, será necesario pagárselos a los subidos precios a que la carestía ha elevado todo; por lo tanto,

necesitamos sus auxilios oportunos y que vengan pronto, unos cincuenta mil pesos sin perder un día porque es imposible sostener un numeroso ejército sin carne, sin víveres y sin dinero”.

Cuando hacemos los cálculos sobre las distancias y los interminables caminos nos quedamos asombrados. Parece mentira que estas cosas pasaron bajo estos cielos: sin rutas definidas, ni calzadas firmes, sin cercas, ni puentes para cruzar los caudalosos ríos, sin comunicaciones rápidas para cambiar los destinos y además, con la incertidumbre de andar entre guerrillas enemigas durante largos períodos, noches oscuras, lluvias interminables. ¿Cuántos corazones fueron necesarios para esta empresa? ¿Cuántos ganaderos y banqueros en diferentes escenarios se necesitaban para mover 4 mil reses? Parecen cosas de otro mundo, órdenes de locos, pero sabemos que se dieron y se cumplieron; sabemos que nuestra emancipación ocurrió, que fue posible gracias a la participación decidida de un mundo: civiles muchos, militares, intelectuales e ilusos que sumaron voluntades para la gesta de la patria americana. Quiero agregar otra perla para los que aman el estudio de la geografía atada a la historia patria: En carta del 26 de febrero de ese año 1821, desde Mérida, para el coronel Bartolomé Salom que era el jefe del estado mayor del ejército en Cúcuta, le dice: “Recomiendo a usted la pronta remisión de los vestuarios, seguir las órdenes que le comunico a saber: 2 mil uniformes por la laguna a Moporo inmediatamente y 3 mil al señor coronel Plaza por el río Uribante; estos envíos deben ir al cargo de personas de gran confianza para que no se pierdan y sean entregados con prontitud” ¡Dios Santo! Un cargamento que vendría a Trujillo desde Cúcuta por los ríos Zulia y Catatumbo al lago de Maracaibo, de allí al puerto de Moporo, después en largas jornadas a Betijoque y a la ciudad capital de la provincia trujillana; otro paquete de 3 mil uniformes de Cúcuta hacia Guasdealto por las empantanadas selvas de San Camilo, andando Uribante abajo, después por el Apure hasta las cercanías

de Barinas donde los responsables deberían en palabras textuales: “Buscar al coronel Plaza donde esté y sin perderse, entregárselos; encarecido el cuidado en la marcha”. Eran las camisas y pantalones, eran las alpargatas y los aperos con que los soldados se presentaron en Carabobo. Dificultades y complicaciones para las voluntades capaces de pasar por encima de todo por encontrar la alegría de una bandera tricolor desplegada al viento en tiempos de grandeza y disposición de lucha incansable por la emancipación.

POR “LOS CALLEJONES”. 27 DE FEBRERO DE 1821

Por febrero, los días son claros y luminosos en la cordillera; queman los soles y la vegetación de las montañas se achaparra; días bonitos, dicen sus pobladores, con fríos amaneceres que obligan el uso de gruesas ruanas o bayetas traídas del reino. Bolívar ha salido de la ciudad de Mérida hacia los altos páramos, y pernocta en Mucuchíes. Desde allí, estudia las rutas, traen a los conocedores de los caminos. El punto de reunión del ejército será Barinas, y es necesario acortar las jornadas para la tropa en marcha; los batallones Tunja y Vargas irán por Los Callejones, un antiguo camino que llega a Barinas por entre los farallones del río Santo Domingo, aguas encajonadas más abajo del pueblo de Las Piedras, sin remansos, ni valles; ruta de esclavos y mulas para los cargamentos de tabaco y plumas de garza que, atravesando la serranía, iban desde el llano hasta el puerto de Gibraltar en el lago, donde los buques españoles montaban sus valiosas cargas para alimentar las ansiedades de los comerciantes sevillanos.

Arriba, en la cresta montañosa, junto al nacimiento del caudaloso Chama, los caminos se bifurcan en el llamado Apartaderos. En la campaña de 1813, Bolívar envió por la cuenca del río Santo Domingo a la vanguardia; esas fueron rutas de José Félix Ribas hasta el lugar de Las Piedras. En ese entonces, Barinas estaba ocupada por fuerzas del rey, y asomarse hacia la capital por el conocido camino de Los

Callejones era la muerte segura. Aquella calzada sobre las rocas del piedemonte ofrecía un muy buen lugar para la defensa; sólo un piquete de soldados era suficiente para detener un ejército que bajara con la intención de atacar la ciudad para entonces, más importante de los llanos. Ahora, en 1821, Bolívar ha tomado la decisión de reunir allí al ejército; los soldados se moverán por Los Callejones hasta Barinitas. En carta para el general Guerrero le dice: «Que los batallones que vayan saliendo por Los Callejones hagan escala, reposen y descansen en Barinitas para que se acostumbren allí donde el clima es más benigno; deben estar listas las provisiones y todos los auxilios posibles en el tránsito; que no falte nada y tomará usted las acciones convenientes para que estos hombres se les dé todos los días al amanecer un poco de aguardiente quinado que saben preparar en la hacienda 'La Calavera', para precaverse de las calenturas».

Había que estar pendiente de todos los recursos, detalles y pequeñas cosas que en el día a día darían el triunfo a la campaña. Bolívar movía todos los resortes y empujaba las voluntades con su accionar de carismático incansable: pagaba con buenas acciones, estimulaba la participación, cobraba y se daba los vueltos, así era nuestro Libertador.

UN CURA DE PALABRA Y OBRA. 28 DE FEBRERO DE 1821

El camino viejo llamado de los españoles desciende desde las altas montañas, donde los frailejones dominan todos los espacios; son las nacientes del río Motatán, tierras de los timotes, fronteras de la denominada conquista; desde las alturas, en amplio valle, se vislumbran los cielos trujillanos. Bolívar cabalgó junto a la caravana de jinetes, siguiendo el caudal torrentoso del río. En Trujillo, lo esperan las noticias de la paz o la guerra. Hace poco más de una semana que salió de Cúcuta, y en rápido viaje ha recorrido los andes. Con la tarde pasó el pueblo de Mendoza, en el verdor del valle de Bomboy, y por la noche pernoctó en la hacienda El Cucharito, cercana a Valera,

desde donde escribió una carta para el titular del arzobispado de Bogotá. Es una misiva en la que el Libertador pide justicia para un sacerdote que ha regresado de las prisiones de Cádiz, Fray Sebastián Mora Berbeo quien había sobrevivido a los sufrimientos y castigos impuestos por levantar las banderas de una república soberana: «Me siento conolido por los inauditos padecimientos del padre Fray Sebastián Mora en la larga y penosa prisión sufrida en España por causa de sus opiniones y sentimientos republicanos».

En los tiempos de la penosa pacificación y reconquista española, Morillo ordenó la captura de muchos civiles entre los que cayó prisionero este guerrero neogranadino, y sin pesares, fue cargado de cadenas y grillos, y enviado como delincuente para cumplir las penas injustas del despotismo europeo en la América. Fray Sebastián estuvo prisionero desde 1817 hasta finales de 1820, cuando el rey Fernando VII se volvió bueno de momento, y por los tiempos de los tratados de Trujillo, autorizó la liberación de los monstruos que en América habían osado actuar en contra del enviado de Dios. Fueron cuatro años en los calabozos del castillo de San Sebastián, que el valeroso sacerdote no desaprovechó para el estudio. En el movimiento liberal de la península ibérica, existió siempre un afán por la formación de hombres para la instrucción del pueblo; estaba en auge la educación mutua del pedagogo Joseph Lancaster, y el preso se dedicó con todas sus dificultades y sacrificios al estudio y al gasto útil de sus horas de encierro. Bolívar, desde tierras trujillanas, pide justicia al arzobispado de Santa Fe para un luchador: «Solicito de su bondadosa piedad se sirva colocarlo en un curato aunque sea interinamente, dando protección a un sacerdote desgraciado y perseguido, digno por tantas consideraciones de la asistencia y cuidados del gobierno».

No fue el prelado Mora Berbeo un hombre pasivo para asistir en su regreso a la administración de catecismos injustos; tampoco aceptó los ofrecimientos que por pedimento le dieron para un curato de

pueblo en el que sanara sus heridas y terminaran sus días. Tenemos documentos que nos cuentan de las actividades revolucionarias en el campo educativo de Fray Sebastián. Vino a la tierra tachirense, y fundó la primera escuela lancasteriana en América en la población de Capacho, cerca de Cúcuta, a finales de 1821; después, en Bogotá fue punta de lanza en las escuelas normales incluyendo a las niñas y a los pardos e indios que habían estado alejados de los derechos del hombre y del ciudadano. Fray Sebastián Mora fue ministro y enviado al sur para la instrucción, incansable trabajador en Quito y Guayaquil; defensor sin tregua, dijo un día en la población de Cuenca: «¿Decidme que tiene de malo esta escuela? yo no veo otra cosa en ella que el sepulcro de la ignorancia de vil preocupación y de su fanatismo que os enseñaron por principios los antiguos procedimientos de la tiranía». Bien sabía Bolívar, mientras cabalgaba por las sierras de los cuicas, que aquel cura guerrero era nervio, corazón comprometido y consecuente; ya vendrían los días en el sur para saludar la obra del maestro Fray Sebastián; mientras tanto, el genio de América se encuentra por tercera vez bajo estos cielos de Trujillo.

TRUJILLO. 1º DE MARZO DE 1821

Bolívar en su tercera visita a la provincia trujillana, activó dos planes importantes para la liberación. Primero, dio inicio a la campaña de Carabobo, y segundo, se ganó a la jerarquía de la Iglesia católica para la causa de la emancipación. Por estos días finales de febrero de 1821, el Libertador cabalgó por la serranía, salió de Cúcuta el 20 y andando por los caminos andinos llegó a La Grita, Bailadores, Mérida, Mucuchíes y Mendoza, en el valle de Bomboy, donde pernoctó el día 29 de febrero. Al día siguiente, despachó desde la ciudad de Trujillo.

Eran los tiempos en que la monarquía española y sus jefes gritaban fraude por los acontecimientos de Maracaibo, por lo que aquella ciudad se sumó a la causa republicana. Bolívar “voló” a estos cielos para abrazar y felicitar al general Rafael Urdaneta por tan importante

negocio; los españoles pedían la devolución de la ciudad, y aquel acto de inhumanidad no lo permitía la constitución; no se realizaría y lo más seguro era que entonces se reiniciaría la guerra. Bolívar lo sabía, y por eso ya había librado las órdenes a los diferentes frentes para alertar a sus oficiales sobre los preparativos para la contienda. Es desde estas tierras trujillanas, donde se pone en marcha el tren de la república que llegará con máximos honores a Carabobo unos tres meses después. Por aquellos días también Bolívar aceptó una entrevista en la iglesia matriz de Trujillo, con el obispo de Mérida de Maracaibo, don Rafael Lasso de la Vega, un prelado de origen panameño, que defendía a capa y espada a la monarquía española, y gritaba en los pulpitos a favor del rey Fernando VII, ofreciendo el infierno para los que se atrevieran a formar parte de los movimientos republicanos. El día primero de marzo de 1821, el Libertador abrazó al sacerdote y escuchó con atención sus palabras; hablaron largo y desde aquel día el Obispo se convirtió a la causa americana, actuando positivamente en las relaciones de Colombia con el Papado, sin pasar por las trabas de la Corona española; podemos decir, entonces, que la región trujillana seguía marcando la historia de Venezuela con su protagonismo en los acontecimientos por las luchas de independencia.

UN PREMIO PARA EL GUERRERO. 2 DE MARZO DE 1821

Desde la misma noche de su llegada a la ciudad de Trujillo, el Libertador se dedicó a escribir órdenes para ganar tiempo, previendo los acontecimientos a causa del movimiento de Maracaibo. Al día siguiente, 2 de marzo, entre otras cartas le escribe al gobernador y comandante de esa ciudad capitán mayor José María Delgado, quien había llevado la dirigencia de la sublevación en contra del gobierno español.

Ya Bolívar le había enviado algunas líneas para agradecer sus acciones cuando, llegando a Pamplona, se enteró de las buenas noticias; le dice: «He visto con la más pura complacencia el acta de libertad e independencia con que esa ciudad se ha sustraído del gobierno español y que usted me participa con fecha 29 de enero pasado». Como se puede ver,

el comandante Delgado le escribió al Libertador el mismo día en que las fuerzas patriotas del teniente coronel Rafael de Las Heras tomaron la ciudad; agrega Bolívar: «Usted merece una consideración muy distinguida en el ánimo del gobierno, la república abraza e incorpora con gusto en su seno, a una de las capitales más importantes de Venezuela, y sólo siente que a su pesar se haya visto privada tanto tiempo de las influencias de la libertad». Bolívar quiere premiar al maracaibero José María Delgado, y no deja de pensar en la utilidad de aquella ciudad para la capital de Colombia como lo expresó unos seis años antes en la Carta de Jamaica. Ahora está en Trujillo, y le dice que tiene muchas ganas de cruzar el lago para abrazarlos a todos y celebrar la independencia, pero que sus ocupaciones son muchas como para moverse de ese cuartel general. En documento oficial, ordena: «República Colombiana, Simón Bolívar, Libertador y presidente de Colombia: atendiendo a los méritos y servicios del ciudadano José María Delgado, capitán mayor de caballería, he venido en ascenderle a teniente coronel vivo y efectivo del ejército y nombrarle comandante del batallón Infantería de Maracaibo, haciendo que se le guarden y cumplan las honras, gracias, exenciones y preeminencias, que como a tal, le tocan».

Desde entonces, la lucha republicana ganó un soldado que con su carisma organizó el batallón Maracaibo. Un par de meses después, se incorporaron a la división Urdaneta, saliendo a la campaña de 1821; cruzaron el lago hacia los puertos de Altagracia, recorrieron las tierras secas de Urumaco, tomaron Coro para la república, avanzaron por la sierra, Carora, Barquisimeto hasta juntarse con el ejército libertador para llenarse de gloria en Carabobo, el día de San Juan 24 de junio de 1821.

UN JEFE PARA MARACAIBO. 3 DE MARZO DE 1821

El primero de febrero de 1821, el general Rafael Urdaneta, jefe del ejército republicano en Trujillo, le escribió al Libertador para

informarle sobre la sublevación de Maracaibo y ganancia para la causa republicana de la importante ciudad. La noticia la recibe Bolívar el 14 de ese mismo mes, y en la correspondencia le dice: «Le tributo las más sinceras gracias por la prudencia y tino con que ha sabido conducirse usted en este tan extraordinario y delicado negocio»; el acomodo de estas palabras casi nos cuenta del acuerdo que había entre estos dos hombres para influir y empujar el paso de Maracaibo al campo patriota; ahora Bolívar está en Trujillo. No tenemos detalles del encuentro de ellos; sin embargo, es posible adivinar las emociones, abrazos y larga conversación sostenida a su llegada, con aquel que fue uno de los más fieles oficiales que lo acompañaron durante la guerra y creación de la república.

En la mañana del día 3 de marzo de 1821, Bolívar envía a Urdaneta hacia Maracaibo para que asista en su representación y felicite a las nuevas autoridades. Con cuánto placer se embarcaría en Moporo para navegar por la laguna y cuáles serían sus emociones cuando divisó las casas y edificios de su ciudad natal. Bolívar en carta oficial le dice: «Pase usted inmediatamente a establecer su cuartel general en Maracaibo, para felicitar al pueblo por su generosa y noble conducta, y para asegurarle de los sentimientos de distinción y aprecio con que el gobierno de la república los pone bajo su protección». Ya vendrán las explicaciones diplomáticas para el jefe del ejército español. El paso se ha cumplido, y las órdenes son muy claras. Desde aquella importante ciudad, se formará un batallón que, sumado a la tropa de samarios y cartageneros, que ya se estaban moviendo, se entrenarían en los días siguientes para estar listos para cuando se cumplan los cuarenta días de la tregua que marcaría el inicio de las hostilidades en la campaña definitiva para la liberación de Venezuela. Hoy, conociendo todos los acontecimientos posteriores, sólo podemos decir que fue un poco tarde la llegada de Maracaibo a la república. Por aquellos días, ya se había convocado el Congreso de Cúcuta; ya los diputados provinciales estaban en marcha, y Santander, con

sus abogados santafereños, había hecho los primeros diseños para montar la trampa contra Colombia. Si Maracaibo hubiese sido la capital de la gran nación, casi estamos seguros que hoy tendríamos otro mundo americano.

GRANDES MARCHAS. 4 DE MARZO DE 1821

Una de las prácticas más comunes en los tiempos de la independencia fue la recluta de hombres para ser movilizados a grandes distancias, a otras regiones para disminuir la desertión, pues como sabemos el abandono de los cuarteles sería castigado hasta con la pena de muerte, y era necesario trasladar a los nuevos soldados a lugares desconocidos y sin querencias propias que alimentaran los deseos de escapar. Bolívar, desde Trujillo, planea y ordena el movimiento de batallones completos desde Ocaña y Bucaramanga, con la intención de aumentar el ejército que llevaría hacia el centro de Venezuela para una batalla decisiva.

En carta del 4 de marzo de 1821 para el coronel Bartolomé Salom, jefe del estado mayor en Cúcuta, le dice: «En la medida en que vayan llegando las tropas de Ocaña y los reclutas de Cundinamarca, los vaya usted remitiendo a Mérida dándole solamente el reposo necesario para que descansen; libre usted orden para el gobernador de Mérida para que los haga seguir por el camino de Pedraza para reunirse allí con los otros batallones que están marchando hacia Barinas». Cuando estudiamos los mapas y las distancias; cuando revisamos las dificultades de aquellas interminables caminatas nos quedamos impresionados por tan gigantescas empresas. Los cuerpos de infantería podrían hacer un recorrido de unas diez leguas en jornadas de ocho horas en rutas conocidas sin desfiladeros, ascensos exigentes, ni pasos de caudalosos ríos, es decir unos 50 Km por día andando sin mayores apuros a 6 Km/hora aproximadamente; pero, por mucha fortaleza que tuvieran eran seres humanos que necesitaban condiciones mínimas de pernocta, descansos y reposos necesarios después

de la alimentación. Para entonces, había mucha pérdida de hombres por enfermedades y agotamiento. El Libertador lo sabía; por eso agrega en la comunicación: «Encarezca usted y dé las órdenes más terminantes para que las marchas que hagan las tropas sean cómodas y lentas, sin estropearlas, ni fatigarlas sin necesidad, y que al entrar al llano se calcule de modo que tengan siempre agua y no caminen sino en las mañanas y en las tardes, evitando el rigor del mediodía que lo pasarán bajo sombra; además esos caminos despoblados y sin recursos requieren víveres anticipados y que los comisionados pongan el ganado necesario en el tránsito».

¡Ave María Purísima! En qué cabeza caben estos planes. Desde Ocaña a Barinas hay unos 600 Km en línea recta; entonces, no entendemos cómo ocurrieron aquellas gloriosas campañas; soldados venidos desde tan lejanas comarcas llegaron a Carabobo para poner su cuota de sangre y fuerza en la esperanza de una república soberana.

CARNE CON BUENA SAZÓN. 5 DE MARZO DE 1821

En este día el Libertador le escribe al general Páez, y le dice: «El enemigo ha visto como una infracción del armisticio y un acto hostil, la protección prestada a Maracaibo por nuestras armas; por lo tanto, se hacen urgentes las disposiciones planteadas en meses anteriores, no sólo para rechazar cualquier ataque inesperado, sino para obrar activa y ofensivamente al primer aviso que reciba».

Bolívar ha dispuesto la concentración del gran ejército en Barinas y, por lo tanto, la recolección de víveres y ganados es vital para la ejecución de los planes. Le agrega: «el regimiento de caballería de la guardia bajo el mando del coronel Juan José Rondón está en movimiento por el camino de Niquitao, y saldrá muy pronto a Barinitas. Este cuerpo junto a otros batallones que llegarán por Los Callejones y Pedraza ocuparán los cuarteles preparados por el coronel Ambrosio Plaza. No es posible, ni hay esperanzas de conseguir medios para sostener el ejército sino en

Barinas, confiando en el ganado de Apure, y en la actividad y celo de usted. Cúcuta, Mérida y Trujillo están arruinadas y expuestas a ser desamparadas por sus habitantes huyendo del hambre». En variados momentos de la guerra, la alimentación del ejército se realizaba sólo con carne de reses y caballos que se asaban en grandes hogueras, y cuando escaseaba la sal era obligado consumirla sin el importante condimento. Existen versiones fidedignas de que los soldados de caballería cortaban los tasajos de carne y al momento de colocar a sus caballos, las rústicas sillas de montar los dejaban a manera de sudadera directamente sobre el pelaje del animal y amarraban con cinchas los aperos; con la tarde y después de mucho cabalgar, desensillaban y allí estaban los bistecs sazonados, blandos y listos para las brasas, que junto a yucas asadas con todo y concha integraban la dieta repetida de los soldados durante las largas campañas.

DUELO A MUERTE. 6 DE MARZO DE 1821

La plataforma de la lucha se estableció en la angostura del Orinoco desde 1817; primero el general Carlos Manuel Piar y después Bolívar, cruzaron el Orinoco. En una importante campaña, lograron sacar a los españoles del estratégico lugar y armar el cuartel general republicano que fue muy eficiente y productivo. Por aquellos días, empezaron a llegar los buques con legionarios europeos, británicos, holandeses, alemanes que venían de las guerras napoleónicas y habían quedado desempleados, corazones liberales: unos que habían escuchado hablar del gran timonel por la emancipación americana, un tal Simón Bolívar, y otros, aventureros, mercenarios y buscadores de riquezas en otros mundos; muchos fueron hombres importantes y valiosos, algunos sufrieron grandes decepciones y los hubo también desordenados, exigentes, busca pleitos y mal agradecidos.

Tenemos una deuda eterna con los batallones de muy buenos guerreros que hicieron grandes aportes a los avances del ejército

republicano, ofrendando su sangre y muchos sacrificios en días determinantes para la independencia. Pero, por supuesto, que se presentaron muchas dificultades con tan variado número de conductas; cada corazón era una ilusión diferente en su enrolamiento y adaptación a las múltiples y complicadas situaciones en estas latitudes: el clima tropical desconocido, la peligrosa fauna, la barrera del idioma, las costumbres y exigencias en la alimentación y, tal vez lo más importante, la adopción de una vocación de lucha o lo que nuestro Libertador había llamado «la conciencia americana». Las crónicas dicen que dentro de las muchas exigencias eran vitales y muy necesarias las provisiones de los licores, especialmente el ron del que eran asiduos, pues según cuentan lo agregaban al agua de consumo para potabilizarla y eliminar los microbios malsanos.

Desde Trujillo, Bolívar le escribe al general José Antonio Páez, el día 6 de marzo de 1821, y toca el tema de los oficiales ingleses: «He recibido la nota de usted en la que me participa la desgraciada muerte del señor coronel John Blosset en un duelo, remitiendo preso el general William Power que la causó y a los demás complicados en el suceso, y que en adelante todos estos casos serán tratados según el decreto específico del 2 de noviembre de 1820». Según se conoce, en una reunión en Achaguas para la celebración del día de San Simón, después de haber consumido algunos tragos, el coronel Blosset levantó las copas e invitó para un nuevo brindis a su coterráneo general Power, el cual se negó a seguir tomando; aquella actitud fue considerada por el solicitante como una falta de respeto y ofensa en su honor, por lo que de inmediato lo retó para un duelo con pistolas. William Power se excusó ante todos por considerar que el contratiempo no tenía la necesaria importancia; sin embargo, el coronel Blosset reiteró su desafío, nombró los testigos y le gritó sus ofensas pidiendo el restablecimiento de su honor. El duelo se llevó a cabo en el mismo lugar cayendo fulminado el coronel John Blosset,

comandante del regimiento de infantería ligera de la legión irlandesa. Páez dice que a pesar de sus exigencias a la calma no logró detener a los contrincantes; entonces arrestó a Power y a los testigos, y los envió al cuartel general donde fueron juzgados en el consejo de guerra y absueltos de toda culpa. Estos hombres fueron protagonistas en la Batalla de Carabobo, entre ellos el coronel Thomas Farrier que había actuado como testigo en el duelo, quien fue herido en combate y murió unos días después en el hospital de Valencia.

Por su parte William Power fue comerciante, había venido acompañado de su esposa doña Margarita Windford, una escocesa que trajo al mundo en Achaguas a su único hijo Carlos Eduardo Power, quien formó numerosa familia en los llanos venezolanos.

UNA RECLUTA IMPOSIBLE. 7 DE MARZO DE 1821

Para 1821, Bolívar tiene el comando de todos los frentes de guerra, dicta las órdenes, piensa hacia al futuro y no descansa en los preparativos para cuando se abran las hostilidades; quiere mucho a Maracaibo, y dentro de la estrategia, es una plaza importante para la seguridad del occidente como también un punto de la ofensiva y base de suministros, armamento, víveres y recursos. Desde que se enteró de su ganancia para la república empezó a mover las piezas; por eso, le escribió al general Montilla, jefe del ejército de operaciones contra Cartagena: «Serán necesarios 800 hombres reclutas que vendrán por el mar en expedición sobre Maracaibo bajo el mando del coronel Manuel Manrique que estará allí a finales de marzo, lo más tarde, que esta expedición de reclutas venga armada y equipada». Tres días después, es decir, el 16 de febrero de 1821, le agrega: «Que si no tuviere usted armamento sobrante en abundancia, envíe los 800 reclutas para Maracaibo sin fusiles porque será más fácil armarlos allí».

Detengámonos a pensar un momento en la reacción del general Mariano Montilla ante las órdenes terminantes para levantar aquella cantidad de hombres: ¿Cuáles eran las condiciones y

facilidades para alistarlos? ¿Cuáles eran los transportes y disponibilidad de recurso? Pareciera entonces que Bolívar pedía mucho para que se cumplieran poco, siendo que no es la primera vez que encontramos órdenes extravagantes o imposibles de cumplir. En otra carta para Montilla, le dice que envíe también volando al batallón rifles de la guardia bajo el mando del coronel Carreño, y repite la orden para remitir los 800 hombres reclutas equipados o no.

Si se hace un seguimiento a estas solicitudes, vemos que Montilla no pudo darle cumplimiento a semejante exigencia. El día 7 de marzo de 1821, llegó a Trujillo su reporte: «Se acaba de recibir comunicación del señor coronel Montilla representando las dificultades que tiene para reclutar en la provincia de Santa Marta y sus temores de que este paso pueda causar insurrecciones en el país; es casi seguro, entonces, que no enviará los 800 hombres necesarios para completar la división». Ese mismo día Bolívar escribe una larga carta para Santander que encabeza con su estilo particular, y le dice: «Lleve usted cuenta con el almacén de cosas que voy a meter en esta carta»; y en efecto, salta de una cuestión a otra, y sobre el caso de los reclutas se queja: «Es muy cómodo el modo de gobernar de Montilla: pide todo y no manda nada; así todos son muy amables jefes, dice que no puede mandar un recluta, entonces yo le he dado orden para que vengan los rifles a Maracaibo ya que no tiene con que mantenerlos».

EL JUEGO DE LA DIPLOMACIA. 8 DE MARZO DE 1821

Muy de mañana, llegó la correspondencia a la ciudad de Trujillo, y entre las numerosas misivas hay una para el general Rafael Urdaneta, escrita por el jefe del ejército español, don Miguel de La Torre desde Caracas. Es una contestación ante el reporte hecho para informar al enemigo sobre la sublevación de Maracaibo. Bolívar abrió la carta, pues como sabemos, Urdaneta había ido a Maracaibo enviado como jefe de la división de occidente. La Torre en sus letras dice: «Me he impuesto de la ocurrencia de Maracaibo y usted me dice

que su gobierno no ha tenido parte por haber sido obra espontánea de aquel pueblo; pero el mundo podrá mirarlo como infracción pública del armisticio, faltando a la buena fe con que se pactó su cumplimiento, pues no debemos proporcionar protección alguna hasta la conclusión del referido convenio». Como podemos ver el jefe español no se traga el anzuelo sobre la imparcialidad de las fuerzas patriotas y al contrario dicta sus condiciones: «Yo espero pues de la sinceridad de usted, como una prueba que justifique la conducta de su gobierno, no disponga la ocupación de Maracaibo traspasando los límites acordados en el tratado, porque de ejecutarse lo consideraré como una medida hostil que no debo observar con indiferencia».

Lo que no sabía don Miguel de La Torre era que no sólo el batallón tiradores de la guardia había cruzado el lago, sino que Bolívar había autorizado la presencia del general Urdaneta en la ciudad de Maracaibo, desde donde despachaba y hacia donde se estaban moviendo tropas desde Santa Marta para la conformación de la división de occidente. Bolívar sabía también que las fuerzas realistas no estaban por aquellos días en sus mejores momentos; no tenían mucho con qué responder, así que las últimas palabras de su enemigo como en directa amenaza lo tenían sin cuidado; ya el mandado estaba hecho, y si querían la ciudad de nuevo del lado español, tendrían que venir por ella. Por eso, al contrario, de las solicitudes de don Miguel más bien va a la ofensiva diciéndole a Urdaneta que la reacción enemiga no es nada del otro mundo, y que la república seguirá en posesión de esa provincia. En otro punto, Bolívar agrega: «El armisticio no niega la probabilidad de amparar territorios que declaren la independencia e imploren nuestra protección y estando en los principios republicanos ésta sana política, puede usted recibir a cualquier otro pueblo que siga el ejemplo de Maracaibo». En la estrategia de Bolívar, ya estaba trazada la nueva campaña; estaban lejos los abrazos y brindis de Santa Ana, era hora de seguir, ya no habría más tregua para la nación española que no había mostrado

ningún signo para el reconocimiento de la independencia. Estas órdenes de Bolívar salieron para Maracaibo el día 8 de marzo de 1821; los postas seguramente fueron por Betijoque y Moporo; aquel itinerario llevaba unos tres días. Pues bien, el general Urdaneta al enterarse, le respondió a La Torre, el día 11 de marzo, sólo que la carta no está fechada en Maracaibo, sino en Trujillo para mantener el engaño sobre los españoles de que el juego era limpio, y su participación era neutral en aquel negocio.

EL III CONGRESO. 9 DE MARZO DE 1821

Bolívar se enteró en Trujillo de la enfermedad del vicepresidente de la república Dr. Juan German Roscio. Eran los tiempos en que se había decretado la mudanza de la capital de Colombia desde la Angostura del Orinoco hacia San José de Cúcuta. Aquella larga travesía por los ríos y llanuras, especialmente los avances por las montañas de San Camilo para acercarse a las faldas del piedemonte tachirense, eran muy peligrosas para la salud de los transeúntes. El Dr. Roscio cabalgó con dificultades, y se apareció en el valle de San José de Cúcuta con fiebres y dolores de tan largo viaje. Las noticias llegaron a Trujillo, y Bolívar previendo la falta, nombra un vicepresidente interino; encarga al general de brigada Luis Eduardo Azuola, un abogado santafereño adepto a la causa republicana. Era muy importante establecer de una vez por todas, el congreso que ya para entonces tenía un atraso importante. Uno de los artículos del decreto decía: «Durante la enfermedad del excelentísimo señor vicepresidente de la república Dr. Juan G. Roscio, se encarga al general Luis Eduardo Azuola del gobierno y funciones y en caso de muerte continuará según la constitución provisoria y las leyes del estado».

Ese día 9 de marzo de 1821, el Libertador escribe una larga carta para el mismo personaje en la que, usando términos amigables, le da muchas recomendaciones para el cumplimiento de su interinato: «Procure usted instalar lo más pronto el congreso con un discurso

muy sencillo pero noble, sin frases estudiadas, ni palabras anticuadas, mucho menos debe haber elogios míos. En seguida, se elegirá un presidente y un vicepresidente de Colombia; por mi parte, esté usted bien. Ciertamente que no aceptaré más la presidencia porque yo sólo sirvo para militar, y el gobierno estaría siempre en orfandad como ha estado hasta ahora. Permítanme recordarles que hay en Colombia tres sujetos que tienen reputación, talento y virtudes, estos son Nariño, Urdaneta y Santander. No tengo preferencia por ninguno, ustedes pueden decidir con más imparcialidad que yo en esta materia». Desde la comarca trujillana, Bolívar como sin querer marca la pauta. Ya ha enviado al Obispo de Mérida, monseñor Rafael Lasso de La Vega, como diputado hacia Cúcuta. Lo que más desea, es que el congreso se instale e inicie sus funciones. Ese mismo día, escribe: «Mañana me voy a Barinas para arreglar tantas cosas necesarias en la reunión del ejército» y O'Leary, en sus Memorias, dice: «Deseando el Libertador inspeccionar él mismo la demarcación en la provincia de Barinas y visitar los acantonamientos del ejército, salió de Trujillo por la vía de Niquitao». Para muchos lectores estas marchas parecieran paseos sencillos; sin embargo, cuando conocemos los andes venezolanos y estudiamos los caminos, descubrimos las grandes dificultades: el viaje de Trujillo a Barinas tomaba cinco largas jornadas, en la primera cabalgando al amanecer en las altas serranía para descender hasta el valle del río Boconó; después seguir hasta la población de Niquitao, cruzando ríos torrentosos y peligrosos desfiladeros; el tercer día, saliendo muy temprano con los fríos cordilleranos, subir hasta los paisajes floridos de frailejones en el páramo del Guirigay fronteras con Mérida y Barinas; descender por el piedemonte, entre selva húmeda, en ruta ancestral tallada en la piedra por los cascos de las bestias y la fuerza de los hombres, para llegar al pueblo de Calderas; otro día para acercarse al río Santo Domingo, buscando vadear sus espumosas aguas, pernoctar en la

meseta de Moromoy de Barinitas y, al final, por entre suaves parajes de la llanura, llegar a la ciudad del Barinas. Sólo una pincelada en las interminables rutas de don Simón.

BOLÍVAR EN BOCONÓ. 10 MARZO DE 1821

Muy de mañana, salió la caravana de jinetes por la calle real en Trujillo; van buscando el camino a San Jacinto que paralelo al río Castán, se va empinando hacia la serranía; con cada paso, el frío se hace más fuerte. Es una larga jornada que lleva a los hombres por el Páramo del Atajo hacia donde los paisanos llaman La Cristalina, en honor a las aguas claras de la quebrada que lo cruza. Bolívar llegó a Boconó, era la tarde del 10 de marzo de 1821. En su cabeza, traía los planes para la nueva campaña que lo llevaría a la gloria en Carabobo. Desde esta población andina rompió el Armisticio, que sería el punto necesario, abriendo las puertas para que los caballos se pusieran en acción. En carta para el jefe español don Miguel de La Torre, le dice: «Excelentísimo señor: al llegar hoy a este lugar he recibido noticias de Barinas que me confirman el aumento de los hospitales y falta de víveres para la tropa, por lo que entre el éxito dudoso de una campaña y el sacrificio cierto de nuestro ejército, no se puede vacilar. Es pues, de mi deber hacer la paz o combatir; por consiguiente, ha llegado el caso del artículo doce del Armisticio que con dolor lo notifico a usted».

Es en Boconó desde donde se rompe la tregua. Desde entonces, se contarán las horas hasta que los españoles reciban aquella carta, y después los cuarenta días necesarios para iniciar las hostilidades. Esas cuentas dan hasta el 28 de abril de ese 1821; ya no era posible sostener más a los batallones en quietud. España no había mostrado nunca verdaderas intenciones para reconocer la independencia. No queremos medias tintas, las cartas estaban echadas, y la liberación no podía esperar más. En su mente de guerrero estaría la máxima de don José Félix, su tío: ¡Necesario es vencer!

NIQUITAO. 11 DE MARZO DE 1821

Amanece el 11 de marzo de 1821; la caravana prosigue su camino, bajan por la calle principal y cabalgan junto al río Boconó, hacia la Vega Abajo. Tal vez desmontaron para entrar a la capilla de La Asunción que se levantaba en el camino antes del paso del río. Por aquellos días de marzo el caudal del río Burate es bajo; la ruta los lleva por la Loma hasta el Alto del Say, y desde allí, por los empedrados valles de Escorá hasta la población de Niquitao. En total, son unas diez leguas de tránsito. El Libertador no descansa en el trabajo de preparar la próxima campaña; encargó al coronel José de la Cruz Carrillo para organizar un batallón de milicianos en toda la provincia; por eso, en una de las cartas escritas desde Niquitao aquella noche, le dice: «He dictado las órdenes positivas para que a fines del próximo mes de abril se abran de hecho las hostilidades, y se ha avisado así al general en jefe del ejército español; por lo tanto, ahora le digo a usted: que proceda a organizar y armar la milicia de esta provincia, haciendo que se discipline e instruya con el mayor tesón, especialmente en el manejo de las armas, en la carga y en los fuegos, de modo que lo hagan pronto y con exactitud. Hoy entregué al comandante del pueblo de Tostós cuarenta fusiles de los que hay aquí, así iremos repartiendo las armas en cada pueblo».

Mañana seguirán hacia Barinas, pero en cada pueblo dejará la semilla sembrada entre la gente. Pronto serán miles aquellos agricultores de la serranía que estarán prestos para marchar con el corazón lleno de fuerza y patria, con la esperanza de aportar sus emociones para llegar a Carabobo.

SOLDADOS CONOCIDOS DE TOSTÓS

Uno de los cinco frentes de guerra en la campaña de Carabobo salió desde Trujillo hacia Carache, bajo el comando del coronel José de la Cruz Carrillo, un hombre de confianza de Bolívar, a quien nombró gobernador de la provincia por aquellos días del Armisticio. Las órdenes fueron avanzar sobre territorio enemigo, después de transcurrido

los cuarenta días estipulados en el artículo 12 del acuerdo, que para entonces se cumplían el 28 de abril de ese año 1821.

La formación y entrenamiento de esta columna se había autorizado desde hacía un tiempo. Bolívar dictó la normativa para el entrenamiento de milicianos de Trujillo y Mérida que conformaran la tropa de distracción en el plan general de ataque sobre Valencia. En varias cartas se especifica que los hombres que conformarán este batallón serán de voluntarios, agricultores milicianos y personal restablecido del hospital para no comprometer a los componentes militares que marcharán a Barinas para el reagrupamiento del ejército republicano. Muchos fueron los soldados que se alistaron por estas tierras nuestras. Ya en octubre del año anterior, Bolívar había hecho acto de presencia en Boconó para nombrar las autoridades civiles y militares, así como comprometer al sacerdote y a la población en la recolección de víveres y caballos. Ahora, cuando se presenta de nuevo bajo estos cielos camino hacia Barinas, ya tiene afinada la planificación. El 10 de marzo de 1821 pernocta en Boconó, y al día siguiente lo hace en Niquitao. Tenemos las cartas y las instrucciones; llevaba el entusiasmo de la patria en el alma, y con su palabra movía el mundo de todos por donde pasaba; organiza y manda: «Procederemos armar la milicia de esta provincia haciendo que se discipline e instruya con el mayor tesón, especialmente en el manejo de armas en la carga y en los fuegos de modo que lo hagan pronto y con exactitud. Repartiremos los fusiles a cada pueblo, su excelencia lo ha hecho ya con el de Tostós a cuyo comandante ha entregado cuarenta fusiles; para el 20 de abril debe estar reunida la milicia, pronta y dispuesta para emprender operaciones; marcharán con el coronel Cruz Carrillo y el coronel Vargas por el occidente de Caracas a cooperar con el ejército Libertador en la campaña que va a abrirse».

Fue así como se reunió la gente en todos estos pueblos; tenemos la evidencia que desde Tostós marcharon por lo menos cuarenta corazones. No eran soldados desconocidos. Hoy lamentamos no saber sus nombres

y apellidos pero para el momento, eran todos conocidos, miembros de las mismas familias de ayer y hoy, hombres y mujeres que existieron con la alegría de servir a la república con la esperanza de una patria soberana. Muy poco nos contaron de la efectiva participación de los soldados del pueblo, de sus aportes a los grandes triunfos de la emancipación, a pesar que fueron los que empuñaron las armas y formaron las columnas en el combate, los que padecieron los rigores del camino, los que sintieron caer a su amigo, y también los que pasaron el susto de la batalla y regresaron para contarlo. Honor al soldado reconocido.

CAMINO REAL DE CALDERAS. 12 DE MARZO 1821

Tiemblan las mandíbulas de los arrieros que madrugaron para preparar las caballerizas, suenan los hierros y relinchos; todo es un ajeteo con la poca luz entre las neblinas del pueblo de Niquitao. Es 12 de marzo de 1821.

Bolívar y su comitiva se preparan para seguir su andar hacia Barinas. Los tiempos han cambiado desde los días en que pernoctó en este pueblo hace unos tres meses. En aquel diciembre pasado todos llevaban la esperanza de una tregua para la paz; ahora ya prácticamente se ha roto el Armisticio, y se ordenan los preparativos para el inicio de la campaña. Van saliendo los jinetes por la calle empedrada, y con las primeras luces se puede mirar la majestuosidad de las serranías trujillanas: a la derecha el imponente picacho que manda en los cielos azules de los cuicas; a la izquierda, en una gran mole, se levantan los picos de las montañas del Guirigay, desde donde se podrán observar las llanuras de Barinas. Aquel día, la caravana de hombres pasó por Tirindí, desmontaron en el pequeño Llano del Ataque, altar de la trujillanidad, donde la fuerza y razón de la patria doblegaron al león ibérico en 1813. Descansaron sobre las piedras que sirvieron de parapetos en la batalla, ya no existían muchos de aquellos héroes que hicieron posible la gloria: Ribas y Campo Elías habían muerto en la cruenta guerra; Ortega y Urdaneta actuaban

en otros lugares y de todos aquellos soldados; sólo se sabía que regaron los caminos con su sangre para la creación de la república.

Montaña arriba, van cambiando los tiempos, las plantas y las rocas; la vegetación se achaparra, el camino zigzaguea en el ascenso, pasaron la piedra grande y llegaron a la cima, desde allí se extiende un altiplano en larga travesía por entre los frailejones desde donde se pueden ver en la lejanía las serpenteantes corrientes de los ríos Masparro y Santo Domingo sobre las inmensas llanuras. Bajando cambian de nuevo los paisajes en largo trecho hasta la población de Calderas, en el piedemonte barinés, lugar obligado para la pernocta y el descanso necesario para seguir mañana el camino hacia la cita con la gloria en Carabobo.

CAPÍTULO IV

Después de Carabobo

Después de la Batalla de Carabobo, Bolívar fue a Caracas, donde entró el día 29 de junio de 1821. Todo fue apoteósico; la gente lo esperaba con muestras enormes de cariño y agradecimiento. Hacía más de siete años que había salido de su ciudad natal en aquella triste caravana hacia oriente, en julio de 1814, cuando se derrumbaba la segunda república. Entre su gente caraqueña permaneció sólo una semana. Su presencia era necesaria en los valles de Aragua, la encrucijada de Carabobo y Puerto Cabello para organizar las tropas y administrar la victoria sobre el ejército español que se había refugiado en las murallas de la ciudad y en el castillo de San Felipe de Puerto Cabello. Unos días después, volvió a Caracas para despedirse, y en total se quedó sólo cinco días en sus querencias del Ávila, para iniciar el viaje al sur. No hay carta de aquellos días en las que lo diga con claridad, pero ya tenía la llama encendida, los planes en su intelecto y la ruta trazada sobre la América; sabía que el general San Martín estaba en el Perú y las provincias de Quito y Guayaquil corrían el peligro de ser anexadas a los territorios incaicos.

Salió de la capital el 6 de agosto de 1821, y siguió la ruta de La Victoria, Valencia, Tinaco, San Carlos y Barquisimeto, a donde llegó el 14. Desde todos los pueblos y sitios de pernocta, dictó órdenes y decretos para dejarlo todo arreglado; es por eso que desde

esta última ciudad decreta el libre cultivo del tabaco en los territorios de Guanare y Barinas, dejando una serie de beneficios para los agricultores que se dedicarán a este rubro, en especial al tabaco Curaseca que se vendía a muy buenos precios en el extranjero. Bolívar siguió su camino por El Tocuyo y Carora, donde se quedó tres días, y envió comunicaciones al general Páez y a los gobernadores de Maracaibo y Trujillo, les dice: «Ustedes agotarán todos sus recursos a fin de que esta columna, que es la mejor de la guardia no le falte nada nada, ni en su marcha, ni en la permanencia en esas ciudades». El Libertador viajaba en compañía de batallones completos; eran los veteranos de Boyacá y Carabobo que los estaba movilizandando en una marcha gigantesca hacia al sur: Tiradores, Vencedores y Rifles, los gallos de pelea para enfrentar a los españoles en el altiplano incaico. En algunos documentos posteriores habla de 2.500 hombres para los que sólo su poder de mando y ejecución podía ejercer la acción de logística y mantenimiento de una cantidad tan grande de hombres: «Ustedes deben saber que a la salud de la patria, todo ciudadano debe sacrificar el fruto de su inustria como sacrifica el soldado su tiempo, su dicha y su sangre».

El 21 de agosto durmió en Carora; hay algunas versiones que dicen que además de atender las urgencias de la tropa que iba por El Pedregal hacia Coro, le quedó tiempo para visitar a las hermanas de Pedro León Torres Arrieche, la familia de las siete torres, los hermanos de Pedro León, todos guerreros, que se sumaron al ejército republicano. Al día siguiente, siguió por Barbacoas y la quebrada del Vino, pasando la cordillera hacia tierras de la provincia trujillana.

EN LA CIUDAD DE TRUJILLO. 23 DE AGOSTO 1821

Pernoctaron en Carache y siguieron para Santa Ana en el camino a Trujillo, por las vueltas al río Mocoy. Allí, en el pueblo del encuentro con Morillo, el Libertador recordaría aquel momento de acuerdos

y alegrías; a menos de un año habían ocurrido muchos eventos en Venezuela; allí, al lado del camino, estaba la primera piedra de un monumento en pirámide que se había proyectado en las emociones de la conversación; aquella pizarra serviría entonces para el descanso de los transeúntes; por ahora, no había tiempo, ni recursos para cumplir con la palabra empeñada ante don Pablo Morillo.

Ese día, 23 de agosto por la tarde, Bolívar se sentó en la casa grande de la calle real donde posaba en la ciudad de Trujillo, dictó órdenes, cartas y firmó documentos hasta bien entrada la noche. Tenemos hasta 15 cartas de Bolívar aquel día, en Trujillo. Es desde Trujillo, desde donde se descubren los planes que Bolívar trae entre manos. Escribe al general San Martín, al chileno Bernardo O'Higgins, al vicepresidente Soubllette, al inglés almirante Cochrane, al vicepresidente Santander, a los diputados del Congreso de Cúcuta, a su amigo al general Urdaneta; son muchas cartas, largos documentos en los que se expone en detalles de lo que vendrá y donde ordena los acontecimientos y prevé las soluciones para las marchas: «Los batallones irán por la laguna a Maracaibo, de allí bien vestidos y apertrechados se embarcarán hacia Santa Marta, y después del descanso y la coordinación necesaria, seguirán hasta el istmo de Panamá, pasarán los territorios hasta el puerto de embarque en el Pacífico para navegar a Guayaquil».

Eran las grandes empresas en las que estaba montado don Simón. La gran hazaña de una larga campaña finalizada en Carabobo, era pasado. Ahora, venían cosas más grandes. Bolívar quiere saludar al general Urdaneta, y convencerlo para que se disponga a marchar para ser comando principal de las tropas colombianas: «Yo aún no he dado a usted la enhorabuena, ni de su campaña de Coro, ni de su nuevo empleo de general en jefe, ni de su restablecimiento, porque ahora necesito de usted. Me han asegurado que se encuentra usted mejor, lo celebro infinito por usted, por la patria y por mí, lo convido para que venga a Maracaibo a ayudarme a ganar nuevas glorias».

Al general Santander le ordena el arreglo de las tropas y su equipaje para seguir hacia el puerto de Buena Ventura: «Tome usted las medidas para que marchen al sur 3.000 o 4.000 hombres armados o desarmados, organizados o no; mande también mucha tela con qué hacer los vestidos. Haga usted prodigios, mi querido Santander, si usted ama mi gloria y a Colombia como me ama a mí».

Era entonces don Simón un vendaval de proyectos y de palabras, tenía 38 años, estaba en el momento de mayor actividad en su andar de luchador contra el despotismo español; tenía presencia, voz y credibilidad entre sus oficiales; vivía sus mejores momentos como creador de ideas y planes para la liberación.

PLANES DE ALTOS VUELOS. 24 DE AGOSTO 1821

Por la abundancia de documentos escritos en Trujillo, se podría decir que fue desde esta ciudad de los andes donde Bolívar hizo visible y proyectó la campaña del sur. Al día siguiente de su llegada, recibió noticias de la entrega de las fuerzas españolas en Coro y del abandono de los batallones que comanda el coronel realista Tello en movimiento por la costa hacia Puerto Cabello; aquellas notas le dan tranquilidad y libertad para seguir con los planes de mover la tropa por Maracaibo hacia Santa Marta y Panamá.

Escribe otra carta para el general San Martín y envía a su primer edecán, Diego Ibarra en larga misión hasta Lima con pliegos para diversos personajes en Bogotá, Quito, Guayaquil y las alturas del Perú. Le dice al general argentino: «Destruído en Carabobo el ejército español opresor de Venezuela y reducidas sus reliquias a la plaza de Puerto Cabello, tengo ya la satisfacción de anunciar a usted que me preparo a cumplir la agradable oferta que hice desde Pamplona, en 1819, de ir abrazar a los hijos del sol; mi edecán tendrá el honor de presentar a usted e informarle a la voz los planes que medito para cooperar a la grande empresa que usted con tanta gloria ha emprendido». Es desde esta tierra trujillana donde Bolívar devela sus planes de una

campaña a grandes distancias y con objetivos máximos; le agrega: «Como la principal división del ejército existe en Venezuela y su transporte por tierra es casi imposible, en atención a las inmensas distancias que nos separa, me he propuesto dirigirla por mar con el doble objeto de abreviar sus marchas y de ejecutar, de paso, otra importante operación sobre el istmo de Panamá».

Era casi imposible andar a pie y a caballo, y sin embargo, la gran mayoría de los soldados llegaron por tierra. Era lejos, muy lejos y fueron hasta las alturas del Cuzco; no existían naves para el mar y aparecieron; por Buena Ventura no había caminos y se abrieron; entre Popayán y Pasto el fanatismo de la población no aceptaba la república, y fueron doblegados. El obispo monarquista se oponía, y fue convertido a la emancipación. Y la caravana de hombres en su mayoría venezolanos, pasó las fronteras y siguió para enfrentar al león ibérico en Junín y Ayacucho. Bolívar lo planeo desde las montañas trujillanas y lo cumplió. Aquel día, en la ciudad, se recibió un pliego con muy buenas noticias desde el Congreso de Cúcuta, que autorizaba al vicepresidente para levantar un ejército de 6 a 10 mil hombres; para que contraiga una deuda de 400 mil pesos y declare libre el derecho de introducción de fusiles y plomo que vengan a la república. Bolívar escuchó la lectura de aquellas resoluciones del Congreso, y se alegró mucho del interés de la representación nacional por el bien y la seguridad del Estado.

BOLÍVAR ADMINISTRADOR. 25 DE AGOSTO 1821

Bolívar descansa en la ciudad de Trujillo de las largas cabalgatas, pero está muy activo en la administración del gobierno y en la organización de los aspectos mínimos para el buen funcionamiento de la joven república. Han llegado pliegos enviados desde Bogotá y Cúcuta, pero por estar numerados se pudo notar que faltan algunos; aquel detalle prende las alarmas, y de nuevo aparece el tema de la ineficiencia en el transporte y movimientos del correo. El secretario

Pedro Briceño le escribe al comandante de Barquisimeto, y le dice: «El Libertador se ha enterado que el servicio de posta en su departamento se hace con la mayor inexactitud y abandono». Cuando siguieron el hilo de los movimientos, encontraron que la correspondencia que venía para el presidente llegó a El Tocuyo, y en lugar de enviarla a Trujillo hacia donde transitaba Bolívar, fue empaquetada para seguir a Caracas. Poco después de Barquisimeto, fue devuelta a Quíbor y entregada al maestro de postas para que la enviara volando a alcanzar al destinatario, y sin embargo, hasta ahora, no ha aparecido, ni se sabe dónde anda. Dice el Secretario en la carta que: «Su excelencia quiere que se aplique la debida atención para reformar el servicio de posta para que se haga con exactitud y celeridad; que los maestros o administradores sean hombres inteligentes y patriotas. Que a los encargados en Quíbor y en El Tocuyo se les castiguen las faltas que han cometido esta vez con quince días de prisión, haciéndoles saber el motivo, para que se corrijan en adelante».

En uno de los documentos que han llegado desde el Congreso de Cúcuta está la aprobación hecha por Bolívar sobre el ascenso a general en jefe del general de división Rafael Urdaneta, y en la respuesta para el ministro del interior de justicia, el secretario Pedro Briceño Méndez hace la aclaratoria sobre lo que ellos llaman el sistema militar o lo que es el orden en los grados de la milicia: «Bolívar manda a decir que el verdadero orden es el que se propuso desde 1813, siguiendo la práctica general de las naciones más cultas de la Europa». El sistema, dice la carta, se ha conformado a la española en los grados inferiores, desde cabo y sargento hasta capitán, y en los superiores, desde mayor hasta coronel; se entiende, entonces, que en los rangos altos ahora existía el general de brigada, general de división y general en jefe para referirse a brigadier, mariscal de campo y capitán general del ejército a la usanza de las fuerzas españolas. También en aquel día el Libertador recomienda al Congreso, al señor general de brigada José Tadeo Monagas para su inmediato ascenso

a general de división, y entre otras cosas dice: «Se hace meritorio por los servicios que ha prestado a la República en esta campaña y en las anteriores desde 1812, distinguiéndose siempre por su valor y audacia, no menos que por su obediencia y absoluta consagración a la causa de la libertad».

Bolívar emite decretos, administra justicia, recibe comisionados de diferentes partes del país y del extranjero, tiene todos los resortes en actividad, pero su principal objetivo está puesto en las marchas del ejército y la organización de la campaña para acudir a Guayaquil, y mira de cerca los movimientos políticos y militares en las alturas incaicas, en las tierras del sol, como lo dice en sus cartas.

IREMOS POR LA LAGUNA. 26 DE AGOSTO 1821

«Mañana continúa Su Excelencia el Libertador presidente, la marcha que ha emprendido sobre Maracaibo». Así encabeza Pedro Briceño Méndez la carta que escribe desde la ciudad de Trujillo para el ministro de relaciones exteriores, interior y justicia donde le informa sobre la ruta a seguir por Bolívar, quien ha decidido ir a Maracaibo para organizar el embarque de la tropa hacia Santa Marta, enviar algunas compañías por la Goajira hasta Río de Hacha, donde tomaron los buques camino a Cartagena. En la carta, también se le informa al Ministro quien ejerce desde Cúcuta, para que envíe toda la correspondencia por los ríos Zulia y Catatumbo hacia la capital del lago, para evitar pérdidas y contratiempo.

Bolívar envió al coronel Diego Ibarra como emisario de paz hacia el Perú, para informar sobre los planes del ejército republicano en sus marchas hacia los territorios del sur americano, razón por la cual, en carta de aquel día, le dice al vicepresidente Soublette que haga el favor de entregarle a la señora Ana Teresa Toro la cantidad de dos mil pesos a cuenta de los sueldos de su hijo, el coronel Diego Ibarra, para que puedan enviar el dinero para pagar el viaje de regreso de España de don Vicente Isidro Ibarra, su padre, quien no

ha podido regresar a Venezuela y sufre aun los males, privaciones y penas del destierro a que fue condenado por su condición de patriota. Aquella dama era doña Ana Teresa Rodríguez del Toro, hermana del Marqués y de Fernando, los mejores amigos de Bolívar, que fueron firmantes del Acta de Independencia, y es gente con sobrado poder económico. Todos ellos habían salido de Venezuela en las emigraciones de la guerra; tal vez sus riquezas estaban agotadas, y después del triunfo de Carabobo, estaban planeando el regreso a la patria. Cuando el trujillano abogado y coronel Antonio Nicolás Briceño planeaba los avances desde la Nueva Granada para la recuperación del poder en Venezuela, en los inicios de 1813, estuvo en Cartagena, y ante la necesidad de recursos para armar a su pequeño ejército, acudió a los amigos en solicitud de dinero. Ocho años después, y cuando el Libertador estaba en Trujillo llegó una carta enviada por el teniente coronel Juan Antonio Gutiérrez de Piñérez solicitando que se le cancelara del Tesoro Público los mil pesos que su papá don Vicente Celedonio Gutiérrez de Piñérez le había prestado al militar venezolano para sostener las tropas de su mando. En virtud de aquella exigencia, Bolívar decretó el pago de la deuda y el documento al final dice: «Lo comunico a usted para su inteligencia [al vicepresidente Soublette] y el cumplimiento de dicha orden».

LA AMISTAD POR DELANTE. 27 DE AGOSTO 1821

Desde las montañas andinas Bolívar escribió por estos días una carta para el Congreso que es una verdadera clase magistral hacia el valor de la amistad y el agradecimiento, además que dar luces importantes para aclarar el episodio sobre la prisión de don Francisco de Miranda, momento de nuestra historia sobre el que se han tejido muchas especulaciones y sus detractores han tomado como bandera para descalificar al Padre de la Patria. Bolívar acude al presidente del Congreso General de Colombia instalado en Cúcuta para hacer una petición personal, y le dice: «Cuando el año 1812, la traición del

comandante de La Guaira coronel Manuel María Casas, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no puede evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano, porque mis compañeros de armas no se atrevieron a castigar aquel traidor o vender caramente nuestras vidas. Yo fui presentado a Monteverde por un hombre tan generoso como yo era desgraciado. Fue don Francisco Iturbe, quien me presentó al vencedor diciendo: “Aquí está el comandante de Puerto Cabello, el señor don Simón Bolívar por quien he ofrecido mi garantía; si a él toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya”».

Don Francisco Iturbe ha emigrado por punto de honor, no por enemigo de la República, y aun cuando lo fuese, él ha contribuido a librarla de sus opresores sirviendo a la humanidad: «Si los bienes de don Francisco Iturbe se han de confiscar, yo ofrezco lo mío como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso quiere hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben, yo soy el agraciado. Suplico a usted se sirva elevar esta representación al Congreso General de Colombia para que se digne resolver lo que se tenga por conveniente». Estas frases de Bolívar están llenas de sentimientos fraternos y de entrega hacia su distante amigo español. Es una muestra más de su altruismo característico que lo manifestó y cumplió en todas las épocas de su vida.

Un par de semana después, el secretario del Congreso Francisco Soto, escribió un anexo al margen del documento: «Resuelto. El Congreso accede a la solicitud del presidente Libertador de la República en favor de la persona y bienes del español don Francisco Iturbe, y quiere que se manifieste la satisfacción que ha tenido al ver este rasgo de moderación y generosidad de parte del referido Libertador presidente».

DESPEDIDA DE TRUJILLO. 28 DE AGOSTO 1821

Con las primeras luces, la comitiva estaba en marcha por la calle abajo: pasaron la plaza, el convento y siguiendo el camino viejo que va hacia Valera, cruzaron el puente de palos que existió en la unión con el río Moco, y después de las vueltas de Tucutuco, se pudieron mirar con claridad del amanecer los amplios valles de la comarca trujillana. Bolívar se despedía, entonces, de su fortaleza, de la gente buena que siempre apoyó sus luchas y donde encontró alegrías y colaboración. No dejaría de recordar, al pasar por Chimpire en la larga sabana, los sustos del año anterior cuando, en la incertidumbre de la guerra, no se sabía bien si era paz o preparar la batalla por la liberación.

Hoy es otro el panorama. Ya liberada la Patria, el caraqueño está en una nueva empresa, una gran campaña para emancipar la América toda. Muchos de sus acompañantes no lo entienden pero don Simón se impone, y siguen paso a paso, avanzando con su palabra y sus escuadrones de soldados. En Valera, Bolívar comparte con la población y recibe las quejas de sus dolores. Así es que don Francisco Domínguez, padre de familia, le entregó una carta donde expone la falta de atención por parte de las autoridades de la región y de la injusticia con las familias de pocos recursos económicos. Don Simón Bolívar escribe al pie del documento de puño y letra: “Informe al señor gobernador por qué no ha hecho justicia al que representa”, y le extrañó mucho semejante conducta así en este caso, como en otros, siendo continuas las quejas que se reciben de la falta de atención y del mal tratamiento que da por la justicia a los vecinos de esta provincia.

Bolívar siguió su camino hacia la grandeza y estas correcciones para mejorar la marcha de la República tal vez surtirían el efecto deseado tratando en lo posible de igualar las cargas de las desigualdades. Según los papeles y las distancias, al final de este día, pernoctó en

Betijoque que era la antesala para el embarque. Al día siguiente, 29 de agosto, estaría en viaje por la zona baja hacia el puerto de Moporo, para embarcarse con la tarde y navegar todo el día siguiente hacia la capital marabina. La próxima evidencia documental está firmada en Maracaibo, y dice: “Anoche recibí su carta en esta ciudad”, lo que nos hace pensar que el Libertador salió de la provincia trujillana en este su último viaje la noche del 29 de agosto de 1821, siguiendo por el lago hacia Maracaibo, y unos días después regresa por las mismas aguas y navegando por los ríos Catatumbo y Zulia, llegará hasta la ciudad de Cúcuta, donde lo esperaban en el Congreso para la ratificación de su cargo y de la nueva constitución de 1821.

Índice

| | |
|--|----|
| PRÓLOGO | 7 |
| CAPÍTULO I | |
| CAMPAÑA GRANDIOSA, CAMPAÑA ADMIRABLE: 14 DE JUNIO AL 5 DE JULIO DE 1813 | 13 |
| Camino a los cielos trujillanos | 15 |
| Junto al río Bomboy, territorio cuica 14 de junio de 1813 | 16 |
| Por primera vez en Trujillo | 17 |
| Proclama de la guerra. 15 de junio de 1813 | 18 |
| Tres balcones para la vigilancia. 16 de junio de 1813 | 19 |
| Por el camino de Mocoy. 17 de junio de 1813 | 20 |
| La organización de la guerra. 18 de junio de 1813 | 22 |
| Triunfo en Carache. 19 de junio de 1813 | 23 |
| Salieron las avanzadas. 29 de junio 1813 | 24 |
| Pongamos la vigilancia. 21 de junio 1813 | 25 |
| Mujeres guerreras. 22 de junio de 1813 | 27 |

| | |
|---|----|
| Apatía de mantuanos. 23 de junio de 1813 | 28 |
| Asamblea del clero y el gobierno. 24 de junio de 1813 | 30 |
| Sin permiso de la Unión. 25 de junio de 1813 | 33 |
| En Boconó. 26 de junio de 1813 | 34 |
| Jardín de Venezuela. 27 de junio de 1813 | 35 |
| Seguiremos mañana. 28 de junio de 1813 | 37 |
| Por el camino de Los Pantanos. 29 de junio de 1813 | 38 |
| Llegaron con la tarde. 30 de junio de 1813 | 40 |
| Iremos por ellos. 1º de julio de 1813 | 40 |
| Una mañana en Tirindí. 2 de julio de 1813 | 41 |
| Después de la batalla. 3 de julio de 1813 | 42 |
| Parte de guerra. 4 de julio de 1813 | 43 |
| Llegaron los guerreros. 5 de julio de 1813 | 44 |

CAPÍTULO II

SEGUNDO VIAJE POR LA CORDILLERA

| | |
|--|----|
| | 47 |
| Misión a Niquitao y Boconó. 6 de octubre de 1820 | 48 |
| Camino a Trujillo. 7 de octubre de 1820 | 49 |
| Las primeras órdenes. 8 de octubre de 1820 | 50 |
| Marcha por la cordillera. 9 de octubre de 1820 | 50 |
| El camino más corto. 10 de octubre de 1820 | 51 |
| Un ruego a Dios y un tiro a la monarquía. | |
| 11 de octubre de 1820 | 52 |
| Camino a Santa Ana. 12 de octubre de 1820 | 53 |
| ¡Vamos, Carache! 13 de octubre de 1820 | 54 |
| Un indio guerrillero. 14 de octubre de 1820 | 55 |

| | |
|---|----|
| Un baile en Burbusay. 15 de octubre de 1820 | 56 |
| En el Jardín. 16 de octubre 1820 | 56 |
| Aguas cristalinas. 17 de octubre de 1820 | 57 |
| En pleno despacho. 18 de octubre de 1820 | 58 |
| Un golpe bajo. 19 de octubre de 1820 | 59 |
| Con olores de trapiche. 20 de octubre de 1820 | 60 |
| Pongamos orden. 21 de octubre de 1820 | 60 |
| En Betijoque. 22 de octubre de 1820 | 61 |
| Un tal Mongo. 22 de octubre de 1820 (II) | 62 |
| Libertad de los esclavos. 23 de octubre de 1820 | 62 |
| Descanso en Betijoque. 24 de octubre de 1820 | 63 |
| Pasados del otro lado. 25 de octubre de 1820 | 64 |
| Un paso adelante. 26 de octubre de 1820 | 64 |
| Metiendo cañas. 27 de octubre de 1820 | 65 |
| San Simón. 28 de octubre de 1820 | 66 |
| La ciudad de Coro. 29 de octubre de 1820 | 66 |
| Retardos de siempre. 30 de octubre de 1820 | 67 |
| Buenos uniformes. 31 de octubre de 1820 | 68 |
| Diferencias notables. 1º de noviembre de 1820 | 69 |
| Viene Morillo. 2 de noviembre de 1820 | 69 |
| Mostrando fuerzas. 3 de noviembre de 1820 | 70 |
| Antes de la diplomacia. 4 de noviembre de 1820 | 71 |
| Mensajeros con careta. 5 de noviembre de 1820 | 71 |
| Soñando despiertos. 6 de noviembre de 1820 | 72 |
| Cartas de voz. 7 de noviembre de 1820 | 73 |

| | |
|---|----|
| Amenaza de muerte. 8 de noviembre de 1820 | 73 |
| Moviendo los caballos. 9 de noviembre de 1820 | 74 |
| Doble conducta. 10 de noviembre de 1820 | 75 |
| Castillos en el aire. 11 de noviembre de 1820 | 76 |
| Un solo mando. 12 de noviembre de 1820 | 77 |
| Vienen los realistas. 13 de noviembre de 1820 | 78 |
| Sabana Larga. 14 de noviembre de 1820 | 78 |
| El guerrero del higuerón. 15 de noviembre de 1820 | 79 |
| Encuentro de europeos. 16 de noviembre de 1820 | 80 |
| Contrapunteo. 17 de noviembre de 1820 | 81 |
| Con la moral en alto. 18 de noviembre de 1820 | 82 |
| Cuidadito con Barinas. 19 de noviembre de 1820 | 82 |
| Exigencias españolas. 20 de noviembre de 1820 | 83 |
| Llegaron los comisionados. 21 de noviembre de 1820 | 84 |
| Mi gran amigo. 21 de noviembre de 1820 (tarde-noche) | 85 |
| Se rompe el hielo. 22 de noviembre de 1820 | 86 |
| Juego trancado. 23 de noviembre de 1820 | 86 |
| Marcando territorio. 24 de noviembre de 1820 | 87 |
| Cita arreglada. 25 de noviembre de 1820 | 88 |
| Cansados de escribir. 25 de noviembre de 1820 (en la noche) | 89 |
| Perdón para todos. 26 de noviembre de 1820 | 89 |
| Saludos afectuosos. 27 de noviembre de 1820 | 91 |
| Abrazos en Santa Ana. 27 de noviembre de 1820 (tarde- noche) | 91 |

| | |
|--|-----|
| Despedida. 28 de noviembre de 1820 | 92 |
| Nuevos amigos. 29 de noviembre de 1820 | 93 |
| Preparando la marcha. 30 de noviembre de 1820 | 93 |
| Buenos uniformes. 1º de diciembre de 1820 | 95 |
| Boconó. 2 de diciembre de 1820 | 96 |
| Niquitao. 3 de diciembre de 1820 | 96 |
| Camino real de Calderas. 4 de diciembre de 2020 | 97 |
| Una muestra de arrogancia. 19 de noviembre de 1820 (Los días del Armisticio en Trujillo) | 98 |
| Creció el río Mocoy. 20 de noviembre de 1820 | 99 |
| Llegaron los comisionados. 21 de noviembre de 1820 | 99 |
| Reunión en la casa grande. 22 de noviembre de 1820 | 100 |
| Los postas van y vienen. 23 de noviembre de 1820 | 101 |
| Ya se ponen de acuerdo. 24 de noviembre de 1820 | 101 |
| Listo el Armisticio. 25 de noviembre de 1820 | 102 |
| Firmas a pie de página. 25 de noviembre de 1820 | 103 |
| Un tratado de humanidad. 26 de noviembre de 1820 | 103 |
| Nos vemos en Santa Ana. 27 de noviembre de 1820 | 104 |
| Abrazo en la cordillera. 27 de noviembre de 1820 | 105 |

CAPÍTULO III

| | |
|---|------------|
| OTRA VEZ POR LOS ANDES VENEZOLANOS | 107 |
| <i>Jalón</i> de orejas. 23 de febrero de 1821 | 108 |
| Tarjeta amarilla. 25 de febrero de 1821 | 109 |
| Largos caminos. 26 de febrero de 1821 | 110 |
| Por “Los Callejones”. 27 de febrero de 1821 | 112 |

| | |
|--|-----|
| Un cura de palabra y obra. 28 de febrero de 1821 | 113 |
| Trujillo. 1º de marzo de 1821 | 115 |
| Un premio para el guerrero. 2 de marzo de 1821 | 116 |
| Un jefe para Maracaibo. 3 de marzo de 1821 | 117 |
| Grandes marchas. 4 de marzo de 1821 | 119 |
| Carne con buena sazón. 5 de marzo de 1821 | 120 |
| Duelo a muerte. 6 de marzo de 1821 | 121 |
| Una recluta imposible. 7 de marzo de 1821 | 123 |
| El juego de la diplomacia. 8 de marzo de 1821 | 124 |
| El iii Congreso. 9 de marzo de 1821 | 126 |
| Bolívar en Boconó. 10 marzo de 1821 | 128 |
| Niquitao. 11 de marzo de 1821 | 129 |
| Soldados conocidos de Tostós | 129 |
| Camino Real de Calderas. 12 de marzo 1821 | 131 |

Capítulo IV

DESPUÉS DE CARABOBO

| | |
|---|-----|
| En la ciudad de Trujillo. 23 de agosto 1821 | 133 |
| Planes de altos vuelos. 24 de agosto 1821 | 134 |
| Bolívar administrador. 25 de agosto 1821 | 137 |
| Iremos por la laguna. 26 de agosto 1821 | 139 |
| La amistad por delante. 27 de agosto 1821 | 140 |
| Despedida de Trujillo. 28 de agosto 1821 | 142 |

Presencia de Bolívar en Trujillo
Digital
Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Venezuela,
en el mes de junio de 2025





El paso de Bolívar por la región andina evoca días de gestas heroicas. Se trata de movimientos determinantes para comprender la gran empresa que supuso retomar Venezuela. En este sentido, *Presencia de Bolívar en Trujillo* relata los cuatro momentos en los que el Libertador estuvo en tierras trujillanas. Se trata de una obra histórica que no teme ser narración, que no busca esquivar su condición de relato con todo lo que ello implica. Con una prosa limpia, clara y amena que transmite su entusiasmo patriótico, el profesor Ubaldo García nos invita a explorar aquellos momentos que no solo importan para una historia regional del estado Trujillo, sino que tiene impacto nacional y continental.

José Ubaldo García García (1958)

Ingeniero Agrónomo (UNET- San Cristóbal) y Licenciado en Educación (UNESR- Caracas). Es profesor jubilado de Educación Técnica y conductor del programa de radio *Al pregón de la historia* (107.3 FM), *Cabalgando hacia Carabobo* (Radio Nacional de Venezuela) y *Caminos del sur* (TV-FANB). Es autor de los libros *Cristóbal Mendoza* (2024), *Aquel año 1820. Los tratados de Trujillo* (2019), *Anécdotas de nuestra historia* (2014), *De Santa Ana a Carabobo* (2020) y *Sebastián Francisco de Miranda. De la capitulación al presidio* (2022). Fue presidente de la Comisión Especial Cristóbal Mendoza al Panteón.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA

